

N I C O L E S I L V E R

LOS HERMANOS
AMATO 1

UN
ACUERDO
ESPECIAL

Un Acuerdo Especial

Nicole Silver

Copyright © 2024 by Nicole Silver

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

1. Chapter 1
2. Chapter 2
3. Chapter 3
4. Chapter 4
5. Chapter 5
6. Chapter 6
7. Chapter 7
8. Chapter 8
9. Chapter 9
10. Chapter 10
11. Chapter 11
12. Chapter 12
13. Chapter 13
14. Chapter 14
15. Chapter 15
16. Chapter 16
17. Chapter 17
18. Chapter 18

19. Chapter 19

20. Chapter 20

21. Chapter 21

22. Chapter 22

23. Chapter 23

24. Chapter 24

25. Chapter 25

26. Chapter 26

27. Chapter 27

28. Chapter 28

29. Chapter 29

30. Chapter 30

31. Chapter 31

32. Chapter 32

33. Chapter 33

34. Chapter 34

35. Chapter 35

36. Chapter 36

37. Chapter 37

38. Chapter 38

39. Chapter 39

40. Chapter 40

41. Chapter 41

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

MELANIE

SI ALGUNA VEZ ME había preguntado cómo sería entrar en la guarida de un dragón, la experiencia de esta mañana habría respondido todas mis dudas. El despacho de Thomas Wingold, el director de Recursos Humanos de Trustworthy C.O., era una especie de cripta lúgubre en el cuarto piso de un edificio que, sin duda, había visto mejores días en los años setenta. Me sentía como un cordero a punto de ser devorado por un lobo.

Las paredes estaban revestidas con un papel tapiz marrón, descolorido y con un olor penetrante a humedad, mientras las lámparas de araña intentaran desesperadamente pedirle asilo político a algún foco más moderno. Me senté en una silla de cuero gastado que crujió ominosamente bajo mi peso, y me pregunté si no acabaría por colapsar bajo mí en cualquier momento.

La puerta se abrió con un chirrido, y allí estaba él: Thomas Wingold. Su imagen era exactamente como la había imaginado: un viejo verde con una sonrisa que sólo podría describirse como siniestra. Vestía un traje que alguna vez fue blanco, ahora más cercano al color de la nicotina. Su barba canosa y descuidada, junto con unos ojos pequeños y brillantes, completaban la figura que parecía salida de una película de terror de los años 50.

“¡Melanie Civic!”, exclamó con un entusiasmo, que solo un tiburón podría igualar al ver una foca bebé. “¡Siéntate, por favor!”.

“Gracias, señor Wingold”, respondí, esforzándome por mantener una sonrisa educada, aunque mi estómago se revolvía como si estuviera en una montaña rusa.

Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo, haciéndome sentir como un producto en exhibición. Me recordé a mí misma que necesitaba ese trabajo; mi cuenta bancaria lo necesitaba, y mis padres aún más.

“Melanie, veo en tu currículum que tienes mucha experiencia en atención al cliente”, empezó, con una voz que sonaba como si estuviera hablando a través de una toalla mojada. “Aquí en

Trustworthy & C.O. valoramos mucho a las personas con tus... habilidades”.

“Gracias, señor Wingold. Siempre he creído que una buena atención al cliente es esencial para el éxito de cualquier empresa”.

“Ah, pero claro, claro. ¿Y cuáles dirías que son tus mayores... virtudes?”.

“Bueno, soy muy organizada, trabajo bien bajo presión y siempre mantengo una actitud positiva”.

“Oh, excelente, excelente”, dijo, aproximándose a mí como una alimaña depredadora. De repente, su mano se posó sobre la mía con toda naturalidad.

“¿Y dirías que eres... flexible, Melanie?”.

Miré su mano sobre la mía como si fuera un insecto exótico que no sabía si aplastar o simplemente echar a patadas. Opté por la diplomacia, aunque sabía que no serviría de mucho.

“Depende del contexto, señor Wingold”.

“Mira, Melanie, voy a ser directo”, dijo, retirando su mano solo para mostrar una sonrisa que dejaba ver sus dientes amarillos. “Este trabajo viene con ciertas expectativas. Ya sabes... hay cosas que van más allá de las meras habilidades profesionales. Cosas que podríamos discutir... en privado”.

Ahí estaba, el lobo mostrando sus colmillos. Respiré hondo y me levanté con toda la dignidad que pude reunir.

“Creo que ha habido un malentendido, señor Wingold. Yo vine aquí por una oportunidad de trabajo, no para otro tipo de... asuntos”.

“Oh, vamos, Melanie, no seas tan... ¿cómo decirlo? ¿Rígida? ¿O tal vez debería decir frígida? Te aseguro que aquí podrías encontrar muchas satisfacciones”.

“Me temo que no estoy interesada en ese tipo de satisfacciones, señor Windgold. Gracias por su tiempo, pero debo irme”.

“Mucho me temo que con esa actitud no encontrarás trabajo en ningún lado, chica”, dijo el viejo guarro mientras me mostraba un condón, sacando un condón mugriento de su bolsillo.

La imagen me hizo hervir la sangre. No pude más. Me levanté y me dirigí hacia la puerta de aquel repulsivo y apestoso cuchitril. El viejo verde soltó una carcajada.

“Vaya, parece que además de estar buena, tienes carácter. Seguro que follas bien. Venga, no te hagas la estrecha; al final, todas pasáis por el aro”.

Me invadieron dos sensaciones simultáneamente. Primero, un impulso de vomitar, seguido por una ira descontrolada que me instaba a arañarle la cara a ese cabrón como un gato salvaje.

La diplomacia ganó de nuevo la partida, pero no pude evitar mostrarle mi dedo medio, un claro ‘vete a tomar por el culo’, antes de salir de ese agujero. Me sentía como si hubiera escapado de las fauces de un cocodrilo.

Salí corriendo de aquel lúgubre despacho, con el corazón latiendo a mil por hora y las mejillas ardiendo. ¿Cómo era posible que hubiera tanta gente desgraciada en el mundo laboral? No era la primera vez que me encontraba en una situación similar, pero, sin lugar a dudas, esa entrevista se llevaba la palma. Ni en mis peores pesadillas había imaginado algo así. Al abrir la puerta del edificio, el aire fresco me golpeó en la cara, recordándome que el mundo real seguía ahí fuera, indiferente a mi desgracia laboral. Saqué el móvil de mi bolso y marqué el número de mi madre.

“Hola, mamá”, dije, intentando mantener la voz firme, pero fallando completamente.

“¡Melanie, cariño! ¿Cómo te fue en la entrevista? ¿Ya tienes el trabajo?”.

“Mamá, fue un desastre. Un completo y absoluto desastre. Peor que el último intento de papá de hacer un pastel de cumpleaños”.

“¡Oh, no puede ser tan malo!”, respondió ella, con ese optimismo implacable que solo las madres pueden tener. “Cuéntame, ¿qué pasó?”.

“Para empezar, el entrevistador, el señor Wingold, parecía salido de una película de terror de los años 50. Te lo juro, mamá, tenía una verruga en la nariz, con pelos y todo. Y no dejaba de mirar mis zapatos como si fuera a morderlos. Bueno, en realidad miraba todo menos mi currículum”.

“¿Pero tus zapatos no son esos nuevos y preciosos que compramos juntas?”.

“Sí, esos mismos. Bueno, resulta que no son aptos para entrevistas con ogros. La cosa es que me preguntó por mis virtudes, y cuando le mencioné que era organizada, que trabajaba bien bajo presión y que siempre mantenía una actitud positiva, lo único que hizo fue acercarse a mí, tocarme y básicamente, hacerme proposiciones indecentes”.

Mientras hablaba, no me di cuenta de que el cielo se había oscurecido y comenzaba a llover. Las gotas de agua se deslizaban por mi cabello y ropa, pero estaba demasiado absorta despotricando que ni siquiera lo noté.

“¿En serio? ¡Qué grosero! ¿Y qué le dijiste?”.

“Le dije que creía que había habido algún malentendido. ¡Vamos, que yo no era ninguna fulana! ¡Ay, mamá, no sabes lo asqueroso que era aquel tipo! Salí corriendo, en ese momento me parecía lo más lógico del mundo”.

Mi madre soltó un gruñido como si compartiera mi disgusto.

“¡Ay, Melanie, siempre tan rápida con las palabras! Pero cuéntame, ¿pasó algo más? ¿Se disculpó cuando se dio cuenta de que había metido la pata?”.

“¡Qué va! El muy cerdo se rió de mí, e incluso sacó un condón para mostrarme que la propuesta iba en serio, diciendo que si no pasaba por el aro nunca conseguiría trabajo. ¡Creo que hasta me llamó frígida y estrecha! ¿Te lo puedes creer?”.

Para ese momento, la lluvia había alcanzado una intensidad apocalíptica. Sin paraguas y con los nervios a flor de piel, empecé a caminar más rápido, ajena en la conversación con mi madre, mientras sentía cómo el agua empapaba mi ropa.

La calle era un charco peligroso y resbaladizo, y mi mente un torbellino de pensamientos, revisando sin cesar lo que acababa de pasar. Crucé la calle sin mirar, completamente concentrada en mi historia, y no me di cuenta del tráfico hasta que fue demasiado tarde. Me encontré en medio de una sinfonía de cláxones y gritos, como en una comedia *slapstick*. Tropecé y, en un momento digno de un guión de cine, un coche frenó en seco a pocos centímetros de mí. El conductor se desahogó con la bocina.

“¡Melanie, cuidado!”, gritó mi madre a través del teléfono.

Desde el suelo mojado, levanté la mano en señal de disculpa, intentando salvar algo de dignidad. Al alzar la vista, me di cuenta de que había estado a punto de ser atropellada por un elegante automóvil clásico descapotable. El conductor, que había frenado bruscamente, me miró a través de sus gafas de sol, evaluando la situación con calma.

“Eh! ¡Cuidado!”, grité. Aunque, para ser sincera, era yo quien estaba desparramada por la acera. A pesar de mi aturdimiento, noté que era increíblemente guapo. Se bajó las gafas de sol, revelando unos ojos azules impresionantes, dignos de portada de revista de moda.

“¿Estás bien?”, preguntó con una mezcla de preocupación y... ¿fastidio? ¡Qué dulce!

“Claro, estoy perfectamente. Solo estaba comprobando la calidad del asfalto”, respondí, intentando mantener algo de decencia, aunque lo único que realmente estaba herido era mi orgullo.

Él esbozó una sonrisa, de esas que no sabes si es sincera.

“Deberías tener más cuidado, ¿sabes? Estos coches no se encuentran en cualquier concesionario, y por poco me lo abollas”.

“Oh, perdón, no sabía que los coches de lujo tenían prioridad sobre los peatones. ¿Te importa si tomo una foto para Instagram? Seguro que tendrá un montón de likes”.

Justo en ese momento, como si el universo hubiera decidido que la situación no era lo suficientemente dramática, apareció de la nada, un periodista con una cámara digital que parecía salida de una tienda de antigüedades.

“¡Sonríe!”, gritó el periodista antes de que una ráfaga de flashes me dejara medio ciega.

“¡Qué demonios!”, gritó el hombre del Porsche, bajándose del coche con una agilidad que no esperaba.

“¿Qué haces aquí, imbécil? ¡Lárgate!”.

“¡Oh, vamos!”, replicó el periodista. “Esto es oro puro, señor Amato. ¡Muchísimas gracias!”.

“Eres un pedazo de cabrón. Como te agarre, te vas a comer la cámara. No necesito que un paparazzi me arruine el día. ¡Fuera de mi vista!”. El hombre, al que el periodista había llamado Amato, estaba claramente furioso. Si las miradas pudieran matar, el periodista estaría en la portada del periódico, pero en la sección de esquelos.

En medio de todo el caos, me di cuenta de que, milagrosamente, mi madre seguía al teléfono.

“Melanie, cariño, ¿qué está pasando? Escuché gritos. ¿Estás bien?”.

“Sí, mamá. Solo tuve un encuentro muy surrealista con un Porsche y un paparazzi. Nada fuera de lo normal”.

El hombre del Porsche se giró hacia mí, con una mezcla de disculpa y urgencia en la mirada. Por más que intenté resistirme, sus ojos azules eran simplemente hipnóticos.

“Tengo que irme. Esto se está volviendo ridículo. ¿Estás segura de que estás bien?”.

“Perfectamente”, le dije, recogiendo mi bolso del suelo y poniéndome de pie. De cerca, él era aún más atractivo. Lástima que nuestro encuentro fuera tan accidentado.

Él se subió al coche de nuevo, y antes de arrancar, me lanzó una última mirada.

“Cuídate, y ten más cuidado por dónde caminas la próxima vez”.

“Claro, lo tendré en cuenta. Y tú, intenta no atropellar a más chicas distraídas, ¿de acuerdo?”.

Esta vez sonrió de verdad, y se marchó, dejando tras de sí un charco de agua que solo añadía más dramatismo a la escena. Mientras tanto, el periodista había desaparecido, y yo seguía allí, empapada y rodeada por los conductores más "encantadores" de Nueva York.

“Mamá, creo que tengo una historia increíble para contarte cuando llegue a casa”.

“Estas cosas solo te pasan a ti, Melanie”.



ENTRÉ EN MI OFICINA empapado de pies a cabeza, dejando un rastro de agua en el suelo de mármol. La capota de mi Porsche se había averiado, y la tormenta no tuvo piedad. Pasé varios minutos en el garaje apretando los botones de aquel dichoso juguete, y al quinto intento finalmente funcionó, “joder, estos incompetentes del concesionario no dan pie con bola”, pensé para mis adentros. Era una de esas cosas que, ni con todo el dinero del mundo, podías evitar. Intentaba secarme con una toalla que había sacado del armario cuando escuché una risa contenida

“Vaya, vaya, si es el gran Dwayne Amato”, dijo una voz inconfundible. Levanté la vista y allí estaba de nuevo, el mismo periodista que había presenciado el accidente con la chica hacía apenas media hora.

“¿Qué haces tú aquí, Malone? ¿Y cómo cojones has logrado entrar en mi despacho?”, le espeté intentando no resbalar en el charco que yo mismo estaba formando. Este maldito paparazzi parecía no tener límites cuando se trataba de invadir mi intimidad.

“Solo estoy haciendo mi trabajo, Dwayne”, respondió con una sonrisa. “¿Te importaría explicarme cómo lograste convertir un simple paseo en coche en todo un espectáculo de circo?”.

“Escucha, imbécil”, le dije mientras me quitaba la chaqueta empapada, “no tengo tiempo para tus tonterías. Fue un accidente. La chica se cruzó sin mirar”.

“Ah, claro. La culpa siempre es de otro, ¿verdad?”, interrumpió, sacando su grabadora. “Siento decirte que tu día no parece mejorar. Primero casi matas a alguien y ahora esto”, dijo mientras me miraba de arriba abajo con desdén. “¿Has considerado cambiar de coche? A lo mejor un tanque sería más apropiado para ti”.

“Y a ti, ¿qué te importa?”, gruñí, siendo consciente de que perder los estribos no jugaba a mi favor. “¿Qué es lo que quieres de mí?”.

“Una exclusiva, por supuesto”, afirmó mientras sonreía de oreja a oreja. “¿Cómo se siente Dwayne Amato después de casi atropellar a una joven inocente, y empaparse en su increíble coche de lujo?”.

“Pues se siente como si quisiera tirarte por la ventana, gilipollas”, resoplé entre dientes, intentando no perder la paciencia. “Quiero que te quede bien claro que no fue culpa mía. Esa chica salió de la nada, ni un maldito ninja hubiera podido evitar el choque y, aun así, logré frenar justo a tiempo. Ni un puto rasguño”.

“Oh, qué caballero eres, haciendo que la chica parezca la culpable del accidente”, respondió, riendo. “¿Te das cuenta de que cada palabra tuya puede ser un titular jugoso?”.

“Sí, y también me doy cuenta de que con cada palabra tuya me dan ganas de arrancarte la cabeza y, además, hacer que te prohíban la entrada a este lugar”, le respondí fracasando en mi intento de mantener la paciencia. “¿Qué te parece si haces tu trabajo en otro sitio, Malone? O, mejor aún: ¿por qué no te largas por tu cuenta antes de que yo te eche a patadas?”.

“Oh, Dwayne Amato, siempre tan considerado”, dijo levantándose con una reverencia exagerada. “Bueno, por ahora te dejaré en paz, pero no te relajes demasiado, porque aunque no me veas, siempre estoy cerca, listo para capturar tu próximo desliz”. Esta última frase fue la gota que colmó el vaso.

“Se acabaron las gilipolleces”, bramé lanzándome tras él con la intención de machacarlo. Malone, ágil como un zorro, salió corriendo a toda prisa y consiguió zafarse. Cuando estaba lo suficientemente lejos como para que no pudiera alcanzarlo, me detuve y le grité de nuevo: “Espero que no te mueras de frío allá afuera, Malone. Aunque, para ser sincero, sería un alivio para el resto del mundo”.

Malone salió de la oficina, mientras me inundaba la frustración. Me hundí en mi silla, observando por la ventana cómo la lluvia caía implacable. La próxima vez que me cruzara con ese maldito periodista, me prometí estar mejor preparado, y tal vez con una capota que no se averiara en medio de una tormenta.

Una vez seco, con una taza de café en la mano y habiéndome librado del insufrible Malone, estaba, al fin preparado para ponerme manos a la obra. Desde mi despacho en el último piso del rascacielos que dominaba la ciudad, recordaba con una mezcla de diversión y escepticismo el accidente con aquella chica bajo la lluvia. Allí estaba yo, el magnate todopoderoso, descendiendo de mi trono de mármol para entregar personalmente una carta de desalojo. ¿Quién hace eso hoy en día? Bueno, yo, está claro. Pero ese toque personal siempre añade un matiz de dramatismo. Además, los Amato llevamos grabada a fuego en nuestro ADN la impronta de ‘aquí mando yo’.

Recordé mi entrada en el local: una modesta floristería que apenas se sostenía en pie. El aroma de las flores frescas trataba de enmascarar el olor de la desesperación financiera. Las campanas sobre la puerta tintinearón, y de inmediato todas las miradas se volvieron hacia mí. Sin embargo, yo solo me fijé en la mujer de cincuenta años, con ojeras que revelaban noches en vela y manos ásperas por el trabajo duro. Era la clásica madre de familia que uno esperaría encontrar en una novela de *Dickens*. La escena se proyectaba en mi mente como una película en cinta de *Super 8*. “Buenos días”, le dije, sacando la carta de mi elegante maletín de cuero. Mientras lo hacía, pude ver el miedo reflejado en sus ojos.

“Por favor, por favor, no nos eche”. Su voz temblorosa y su mirada suplicante habrían podido conmover a cualquiera, pero no a mí. Lo mío es el negocio no es caridad.

Allí estaba yo, como un portavoz de la realidad, derrumbando sus falsas ilusiones. Le expliqué, con la paciencia de un buen maestro, que el edificio necesitaba renovaciones y que, como consecuencia, el alquiler inevitablemente aumentaría.

“No sé a dónde iremos”, murmuró en voz baja mientras las lágrimas comenzaban a brotar. Me costó no soltar una risa. ¿De verdad pensaba que unas lágrimas iban a cambiar algo? Sinceramente, solo hacían que mi trabajo fuera un poco más entretenido.

Mientras ella se desplomaba en un taburete cercano, su marido llegó cargado de flores. La escena tenía el aire de un melodrama barato: la mujer desesperada tratando de enfrentarse al villano de la historia.

“¿Qué ocurre, Laura?”, preguntó, dejando caer las flores y colocándose entre ella y yo con una actitud desafiante, como si eso pudiera protegerla.

“Estamos siendo desalojados”, dijo entre sollozos.

El drama alcanzaba su clímax. Le mostré la carta al esposo, quien la arrebató de mis manos con un gesto digno de un actor premiado.

“Esto es un error”, dijo, con una determinación que sólo realzaba su ingenuidad. Como si un hombre de mediana edad pudiera desafiar las leyes del capitalismo. Me permití un suspiro teatral.

“Mire, caballero, esto no es personal. Simplemente son negocios. Quizás debería considerar vender las flores en Instagram. Es lo que hacen los jóvenes hoy en día. Renovarse o morir”.

El hombre me lanzó una mirada capaz de fundir el acero. Si las miradas pudieran matar, yo habría caído muerto varias veces en ese instante.

“¡Esto no es justo!”, protestó.

“La justicia es un concepto muy relativo”, respondí con una sonrisa que reflejaba mi superioridad. Estaba siendo demasiado fácil.

Salí de la tienda con la satisfacción de haber cumplido mi deber, no sin antes recordarles que tenían treinta días para encontrar un nuevo lugar.

Desde mi despacho en el rascacielos, la floristería parecía aún más insignificante, un mero punto en mi imperio de concreto y acero. Sin embargo, el recuerdo de sus miradas furiosas y suplicantes aún rondaba mi cabeza. Quizás, después de todo, no fue tan divertido como había esperado.

O quizás... quizás esas lágrimas habían dejado una pequeña fisura en mi implacable coraza de millonario.

De alguna manera, estaba convencido de que esta sería la última vez que me ocuparía de este tipo de recados. La próxima vez, enviaría a alguna secretaria con la que hubiera follado en alguna de las galas benéficas organizadas por mi querida madre. De repente, recordé que debía hablar con mis hermanos sobre la puñetera gala a la que teníamos que asistir esa misma noche. Afortunadamente, ese pensamiento me había hecho recordar uno de los deberes más sagrados de mi familia, mantener las apariencias.

Salí de mi despacho y cerré la puerta con un golpe suave. Era uno de esos días en los que el aire de la oficina parecía volverse pesado y asfixiante. El edificio de nuestra familia, un coloso de acero y cristal, se erguía majestuosamente sobre la ciudad. Caminé por el pasillo hasta llegar a un amplio rellano iluminado por el sol, gracias a las enormes ventanas que adornaban aquel mausoleo que simbolizaba el poder de mi familia. Allí me estaban los despachos de mis hermanos Joe y Joker. Como si hubieran estado esperando mi llegada, ambos salieron al mismo tiempo, mirándome con una mezcla de sorpresa y complicidad.

“¿Qué pasa?”, pregunté, levantando una ceja. “¿Llevo un radar o algo así?”.

Joe se cruzó de brazos y sonrió.

“Nah, solo estábamos apostando sobre cuánto tardarías en aparecer. Joker dijo cinco minutos, yo aposté tres”. Joe hizo una pausa dramática. “Por cierto, gané”.

“¿En serio?”, respondí, imitando su tono. “¿No tenéis nada mejor que hacer?”.

Joker levantó las manos en señal de paz. “Vamos, chicos, todos estamos jodidos por la misma razón. Hablemos de la gala y terminemos con esta pesadilla”.

Joe soltó una carcajada.

“¿Gala de beneficencia? Más bien, tortura organizada por mamá y papá”.

“Todos sabemos que ir es un puto infierno”, dije. “Pero, ¿alguien tiene alguna idea brillante para escaquearse esta vez? Aunque, si no recuerdo mal, la última vez nos fue bastante bien. Tú, por ejemplo, acabaste con aquella rubia de tetas descomunales, y Joker se lió con esa morena que, por lo visto, había sido modelo de bikinis en no sé qué revista. Ahora bien, ninguna era comparable con el pibón que me tiré yo”.

“Eres un fanfarrón”, rió Joe admitiendo la derrota. “Pero volviendo al tema de escaparnos, yo no tengo ideas, pero si tú tienes alguna, soy todo oídos”, concluyó Joker con su habitual tono calmado.

“Podríamos simplemente comportarnos como adultos responsables y asistir. Además, es por una buena causa”. Joe puso los ojos en blanco.

“Sí, claro. Una buena causa que requiere que nos vistamos como camareros y que sonriamos a desconocidos toda la noche. Suena increíble”. No pude evitar reír.

“Tienes razón, Joker. Sabemos que es por una buena causa, pero eso no le quita lo insoportable. ¿Recordáis la última gala, cuando mamá nos hizo posar para la foto familiar con la tarta gigante de fondo?”. Joker asintió con una sonrisa torcida.

“Sí, y tú Joe derramasteis media botella de champán sobre el vestido de la tía Margie”.

“Accidente fortuito, lo juro”, dijo Joe, llevándose una mano al corazón. “Además, Margie debería haber sido más agradecida, ese vestido; era un crimen contra la moda”.

“Hablando de crímenes contra la moda, ¿alguno tiene alguna idea sobre qué vamos a ponernos esta noche? ¿O seguimos con los maravillosos trajes de pingüino de siempre?”. Joker se encogió de hombros.

“Yo ya tengo mi esmoquin listo. Intentemos soportar esto con dignidad”. Joe sonrió de oreja a oreja.

“¡Genial! Eso significa que podré ponerme mi corbata de Batman sin competencia”.

“Eres un caso perdido”, dije negando con la cabeza. “Pero bueno, si tenemos que ir, al menos vamos a divertirnos lo máximo que podamos”.

“Ese es el espíritu”, apuntó Joe, dándome una palmada en la espalda. “Después de todo, ¿qué es una noche de gala sin un poco de caos organizado por los hermanos Amato?”.

Joker soltó una sonora carcajada y no pude evitar sonreír. Aunque la idea de la gala no nos atraía en absoluto, al menos, con ellos a mi lado, cualquier evento se volvía un poco más soportable.

“Bueno...”, dije suspirando. “Supongo que nos veremos esta noche. No lleguéis tarde y por favor, no os tiréis a cualquier chica que vaya un poco emperifollada; tenemos una reputación que mantener”.

Joe y Joker asintieron, y con un último intercambio de miradas cómplices, nos dirigimos a nuestros respectivos despachos. Aunque la idea de la gala seguía siendo un suplicio, sabía que, con mis hermanos, al menos habría un buen rato de risas.

Regresé a mi despacho, esta vez con una sonrisa en la cara. Al entrar, vi que la pantalla del ordenador parpadeaba, era una llamada de *zoom*. Al acercarme, reconocí la foto de Winston, esperando. Pulsé el botón para unirme a la reunión y su cara apareció en la pantalla.

“¡Por fin decides contestar, mariquita!”, dijo Winston, con una exagerada expresión de impaciencia. “Te tomaste tu tiempo, ¿eh? ¿Estabas repartiendo más cartas de desahucio por la ciudad?”.

“Perdona, Winston”, respondí mientras me debajo caer en la silla. “Estaba ocupado practicando mi risa malvada en el espejo y discutiendo con mis hermanos cómo vamos a comportarnos en la gala de esta noche”.

“¿Risa malvada?”, rió él, mientras se ajustaba las gafas. “¿Y tus hermanos qué tal están? ¿Todo en orden?”.

“Todo en orden. Gracias. Pero dime, ¿Qué pasa con el proyecto del club de striptease? ¿Tan pronto y ya necesitamos una reunión de emergencia?”.

“Claro, porque convertir una floristería en un club de tías en bolas es pan comido, ¿no?”, dijo Winston arqueando la ceja. “He estado pensando en cómo podríamos reutilizar las rosas. Quizás los clientes podrían lanzarlas a las bailarinas cuando hagan algo exótico”, comentó entre risas.

“¡Muy buena idea!”, exclamé, intentando mantener la compostura. “O mejor, ¿qué tal si convertimos los ramos en lámparas? Así, cuando alguien se emborrache, puede disculparse regalando flores”.

“Oh, ese es el espíritu emprendedor que necesitamos”, respondió él. “¿Y qué tal la carta de desahucio? ¿La dejaste con un beso?”.

“No, Winston, con un beso no. Pero sí con mi mejor firma al estilo CEO: grande, ilegible y con un toque de soberbia”.

“Perfecto, justo lo que quería escuchar. Nada dice mejor: ‘nos importa una mierda’, como una firma arrogante”, respondió sarcástico. “Al menos tenemos un sitio para el club. ¿Qué opinas de llamarlo ‘El rosal de los pezones’?”.

“Me encanta. Es directo y conmovedor”, contesté siguiéndole el juego, “pero quizás deberíamos considerar ‘La Última Rosa’. Más dramático, ¿no crees?”.

“Definitivamente más dramático, como si estuviéramos en una telenovela. Perfecto para atraer a la clientela sofisticada”, respondió Winston con una sonrisa. “Bien, parece que tenemos todo

bajo control. Solo necesitamos un DJ que recuerde que ahora servimos cócteles, no margaritas”.

“Eso y quizás algunas bebidas con nombres florales, para no perder del todo la esencia del local antiguo”.

“Fantástico, ya estoy viendo el menú: ‘Rosa Roja’, ‘Tulipán Tóxico’ y ‘Orquídea Olvidada’. Somos unos genios, lo sabes ¿no?”.

“Lo sé Winston. Somos los visionarios que esta ciudad necesita”.

De repente, llamaron a mi puerta y entró mi secretaria, Mónica, con más papeleo.

“Tengo que dejarte, visionario. ¿Te veré más tarde en la gala?”, le pregunté por el auricular, mientras le hacía señas a Mónica para que entrase, mientras me preguntaba a mí mismo si podría sacar provecho a mi fortuna antes de ir a la gala.

“No me lo perdería por nada del mundo”, contestó Winston, mintiendo como el mejor.

“Eres un cabrón y lo sabes”, le respondí con el mismo sarcasmo. “Al menos sé que si vas, no me tendrán que ingresar por aburrimiento”.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The word "MELANIE" is centered within this decorative area.

MELANIE

CUANDO ENTRÉ AL APARTAMENTO de Helen en Brooklyn, lo primero que se notaba era el caos. Su *loft* ubicado en un viejo edificio industrial convertido, solía tener un aire bohemio, lleno de plantas y estanterías repletas de libros. Pero esa tarde, las plantas estaban marchitas y la estantería parecía haber sufrido un terremoto. La luz tenue de las lámparas vintage apenas iluminaba la botella de vino medio vacía que Helen abrazaba como si fuera un oso de peluche.

“¡Melanie!”, exclamó Helen con los ojos rojos e hinchados. “¡Me dejó!”.

“Lo sé, lo sé, querida”, intenté calmarla mientras me quitaba el abrigo. “¿Cuántas veces te dije que ese imbécil no valía la pena?”.

“¡Pero dijo que teníamos una relación liberal!”, gritó Helen gesticulando dramáticamente mientras derramaba parte de su copa de vino sobre el sofá. “¡Liberal! ¿Qué clase de gilipollas usa ‘liberal’ como excusa para ser un cabrón?”.

“El tipo de gilipollas con el que siempre sales, Helen”, me senté junto a ella y le quité la botella de vino antes de que terminara de derramarla. “¿Cuántas veces vamos a tener esta conversación? ¿Mil? ¿Dos mil?”.

Helen sollozó y se cubrió la cara con las manos.

“¡Pero, esta vez pensé que sería diferente!”.

“Claro, claro, porque la mejor frase para definir una relación seria es: ‘Puedes ver a quien quieras. mientras yo también lo haga’, ¡vamos!”, me reí con ironía, tratando de aliviar la tensión.

“¡No te burles de mí, Melanie!”, alzó la voz mientras me lanzaba una almohada. “¡Él juro que me amaba!”.

“¿Y también dijo que le encantaban la sopa de letras y los unicornios?”., le devolví la almohada fingiendo estar indignada. “Helen, cariño, tienes que dejar de salir con hombres que usan más emojis que palabras”.

Helen suspiró profundamente, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

“Es que... parecía tan encantador al principio. Me hacía reír, me llevaba a lugares bonito”.

“Sí, claro, hasta que te descubriste que sus lugares bonitos eran clubes donde coqueteaba con todas las camareras”, le guiñó un ojo, con la esperanza de sacarle una sonrisa.

“Es cierto”, dijo Helen, finalmente esbozando una sonrisa triste. “Pero, aun así, duele”.

“Lo sé, lo sé”, pasé un brazo por sus hombros. “Pero tienes que admitir que tienes un talento especial para atraer a los imbéciles más grandes de Nueva York”.

“Es un talento que no quiero”, respondió Helen, riendo entre lágrimas. “¿Crees que debería hacer un examen de selección de novios?”.

“¡Por supuesto!”, exclamé levantándome de golpe. “Hagamos una lista de preguntas. Número uno: ¿eres un idiota?, número dos: ¿tienes una relación con más de una persona al mismo tiempo?, número tres: ¿sientes la necesidad de decir ‘liberal’ para justificar tu comportamiento de mierda?”.

Helen rió de nuevo, esta vez de manera un poco más sincera. “Gracias, Melanie, siempre sabes cómo hacerme sentir mejor”.

“Para eso están las amigas, ¿no?”, le di un beso en la frente. “Ahora, vamos a terminar esa botella de vino, poner una película de mierda y olvidarnos de ese idiota. ¿Qué te parece el plan?”.

“Me parece perfecto”, respondió Helen mientras levantaba la botella y decía. “Por los idiotas que nos hacen darnos cuenta de que merecemos algo mejor”.

“¡Por los idiotas!”, repetí, chocando mi vaso invisible con su botella. Luego aparté la mirada, sumida en mis pensamientos.

Mientras mis ojos recorrían la caótica sala de estar de mi amiga, reparé en una revista del corazón que estaba tirada de cualquier manera sobre la mesita de café.

“¡No puede ser!”, grité, más para mis adentros que para Helen. Allí estaba él, el hombre que casi me atropella con su coche esta mañana. Solo que, en esta foto, en lugar de empapado y con cara de pocos amigos, lucía un traje caro y una sonrisa deslumbrante. Además, sus ojos azules parecían hipnotizarme desde el papel brillante.

“¿Qué pasa?”, preguntó Helen secándose las lágrimas con un pañuelo empapado. “¿Conoces a Dwayne Amato?”. Sacudí la cabeza con demasiada vehemencia.

“No, claro que no. ¿Quién es?”. Helen lanzó una carcajada que se convirtió en un hipo.

“¡Melanie, querida! Dwayne Amato es el magnate de negocios más cotizado de Nueva York. Es un auténtico playboy con mucho dinero. Lo llaman el ‘Rey Midas’, porque todo lo que toca se

convierte en oro”.

“Oh, genial”, murmuré, tratando de disimular mi interés. “¿Un millonario arrogante y peligroso al volante? Justo lo que necesitaba saber”.

“No seas tan exigente”, dijo Helen con los ojos brillando de repente. “¡Mira lo guapo que es! Y esos músculos... ¿te imaginas?”.

“Sí, me imagino cómo sería si me atropellara con su Porsche”, contesté con sarcasmo. “Sería una forma estúpida de morir, pero al menos tendría una historia interesante”.

Helen dejó escapar otro hipo antes de girarse hacia mí con una mirada traviesa.

“¡Casi me había olvidado! Tengo un par de entradas para una gala de beneficencia esta noche. Es en la sala de eventos esa tan prestigiosa... ¿Cómo se llama? ¡Wellington! Eso es. Después del día que hemos tenido, una distracción nos vendría bien, ¿no crees?”.

“¿Estás de broma?”, me quejé. “Estoy vestida con harapos, he estado consolándote mientras te ponías hasta el culo de vino y no parabas de sollozar, y ahora quieres que vaya a una gala llena de ricachones con sus amantes hechas de silicona”.

Helen se levantó tambaleante, apoyándose en la pared, y me apuntó con un dedo acusador.

“Sí, Melanie. Eso es exactamente lo que quiero. ¡Vamos! Será divertido. Además, tengo algunos vestidos. Puedes probar uno. ¡Vamos!”.

“No”, repliqué cruzándome de brazos.

“Sí”, me contradijo Helen, tirando de mi brazo con una fuerza sorprendente para alguien ebrio.

“Vamos, no seas aguafiestas. ¡Será épico!”.

“Helen, en serio...No estoy de humor. He tenido un día terrible, que solo hace que mi vida sea aún más horrible”, respondí, tratando de soltar un poco del veneno que me recorría. “Necesito un trabajo, o tal vez un milagro, pero no una fiesta”.

“Melanie, si no vienes, te juro que montaré una escena tan grande que los vecinos llamarán a la policía. Y luego tendrás que explicarles por qué tu amiga está llorando en el sofá un martes a las ocho”.

Me quedé en silencio un momento, pensando en el desastre que sería. Finalmente, suspiré y asentí.

“Está bien, iré. Pero solo porque no quiero lidiar con la policía. Que lo sepas, solo me faltaría añadir eso a mí ya inflado currículum”.

Helen sonrió victoriosa y me arrastró hasta su habitación, donde me arrojó una serie de vestidos que parecían más apropiados para una alfombra roja que para una simple gala de beneficencia.

Mientras me miraba en el espejo, en un vestido que acentuaba cada curva de mi cuerpo, no pude evitar pensar en esos ojos azules de la revista. Había algo en ellos que me hacía sentir que, tal vez, solo tal vez, había más en Dwayne Amato de lo que se entreveía en la prensa.

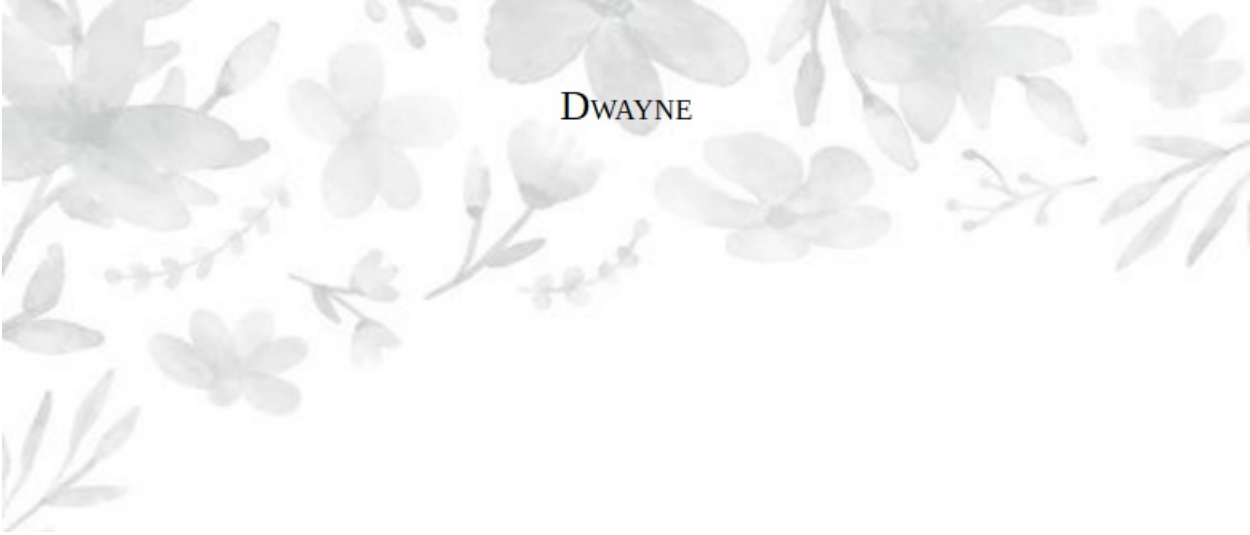
“¡Vas a dejar a todos boquiabiertos!”, dijo Helen interrumpiendo mis pensamientos. “Especialmente a algún que otro millonario”.

“Sí, claro”, murmuré. “Justo lo que necesito: un hombre rico y complicado para hacer mi vida todavía más caótica”.

Helen se echó a reír y me empujó hacia la puerta.

“Vamos, Mel. Esta noche, cualquier cosa puede pasar. Y quién sabe, tal vez hasta encuentres tu ‘milagro’, venga”.

Suspiré y salí del apartamento, pensando que, quizás, Helen tenía razón. Aunque con mi suerte, lo más probable es que acabara en otra situación embarazosa. Definitivamente, este no estaba siendo mi día. Pero, ¿qué más podría salir mal?

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The word "DWAYNE" is centered within this border.

DWAYNE

“¿CANSADO?”. MÓNICA DEJÓ UNA taza junto a mí. “Pensé que esto te podría ayudar”.

Le devolví la sonrisa, agradecido.

“Gracias. Eres un salvavidas”.

Se acercó un poco más, inclinándose lo suficiente para que su perfume dulce inundara mis sentidos. Sabía exactamente cómo provocarme.

“¿Qué harías sin mí?”, susurró, casi rozando mi oído con sus labios.

No pude evitar recordar lo que había pasado la semana pasada, mientras notaba como mi polla se ponía dura. En mi mente aparecieron *flashes* del intenso encuentro que tuve con Ana, la otra secretaria, justo donde ahora, Mónica estaba tratando de seducirme. Habíamos perdido la noción del tiempo, follando como animales hasta que el despacho quedó impregnado del olor a sexo y a perfume caro. La memoria de aquel episodio hizo que mi cuerpo reaccionara de inmediato. Todas aquellas memorias me estaban empalmando y sentí el impulso de cometer otra tontería más. Mónica, consciente de su efecto, jugueteaba con un botón de su blusa, cosa que no hizo más que empeorar la situación.

“Me preguntó lo mismo”, respondí, intentando mantener la compostura.

“Esta noche es la gala”, dijo Mónica, cambiando de tema, pero sin perder esa chispa en sus ojos.

“¿Estás listo para enfrentarte a los paparazzi?”. Soltó una risa.

“No, pero al menos no tendré que lidiar con imbéciles, como el tipo que me siguió hasta aquí. Tendría que haberle arrancado la cabeza”.

“Ah, ¿sí? ¿Acaso tienes algo que ocultar?”, Mónica arqueó una ceja.

“Siempre hay algo que esconder. La vida sería muy aburrida de otra manera”. Me encogí de hombros, aparentando indiferencia.

Mónica se acercó aún más, sus dedos rozaron casualmente mi brazo. Uno de ellos llevaba un anillo de compromiso que, por supuesto, no era mío. A ella no parecía importarle traicionar a su prometido, un pobre diablo que probablemente ya podría rivalizar con *Rudolf* en cuanto a la cornamenta.

“Hablando de esconder, he oído rumores interesantes sobre ti y alguien más en esta oficina”.

Mi mente voló de nuevo a Ana y el polvo salvaje del otro día. Me aclaré la garganta.

“Los rumores son solo rumores, Mónica. La gente tiene mucha imaginación”.

“Claro, claro. ¿Y esos rumores incluyen reuniones nocturnas en el despacho?”, preguntó con un tono insinuante que me puso más nervioso de lo que me gustaría admitir.

“Digamos que disfruto del trabajo extra. Nunca está de más organizar bien los negocios, ¿no crees?”, respondí, intentando desviar la conversación.

Mónica soltó una risa nada inocente, acercándose aún más, tanto que nuestras caras casi se tocaban.

“Bueno, yo soy muy buena organizando. Tal vez podríamos trabajar juntos en algún momento”.

El ambiente se cargó de una tensión palpable. Tomé un sorbo de café, intentando calmar mis nervios. La idea era tentadora, pero tenía demasiadas cosas pendientes antes de la maldita gala, y Mónica me estaba arrastrando a un terreno peligroso.

“Quizás. Pero por ahora, enfoquémonos en la gala. No quiero darles más material a los chismosos”, dije, tratando de mantener el tono ligero.

Mónica retrocedió un poco, pero sus ojos reflejaban ese toque travieso.

“Como tú digas, jefe. Pero sabes que siempre estaré aquí, lista para... lo que necesites”.

Justo cuando estaba a punto de caer en la tentación, la puerta de mi oficina se abrió de golpe. Mi hermano Leone, al que todos llamábamos Joker por su personalidad peculiar, apareció con su característica sonrisa.

“¿Interrumpo algo importante, o es solo una típica reunión de ‘negocios’?”, dijo en tono burlón.

Mónica se levantó rápidamente, ajustándose la falda.

“Maldita sea, Joker, ¿no sabes tocar antes de entrar?”, refunfuñó saliendo de la oficina.

“Esto no va a quedar así, Dwayne”, me dijo antes de cerrar la puerta tras de sí.

Joker se sentó en la silla frente a mi escritorio y, sin perder la sonrisa, sacó una revista del corazón de su chaqueta y me la lanzó.

“Mira lo que nuestro querido amigo Malone ha publicado esta vez. El cabrón está en racha”, dijo riendo.

Cogí la revista y pasé rápidamente las páginas hasta encontrar las fotos. Ahí estaba yo, rodeado por dos mujeres en un baile de máscaras famoso por su ambiente liberal.

“¡Maldito hijo de puta!”, grité. “¿Ese Malone no tiene nada mejor que hacer que seguirme por todas partes?”.

“Bueno, no se lo pongas tan fácil”, apuntó Joker. “¿De verdad pensabas que no iba a descubrirete en ese baile?”.

“Ah, claro, porque tú eres un santo, ¿no?”, repliqué. “La última vez que te vi esa noche, estabas con tres chicas y un enano en el jacuzzi”.

“Lo mío es arte, lo tuyo es amateur”, contestó encogiéndose de hombros.

Nos reímos los dos y, aunque seguía molesto, me relajé un poco.

“Prometo portarme bien esta noche y no darle ningún material a los paparazzi en la gala del Wellington”.

“Claro, claro”, respondió Joker, escéptico. “Lo mismo dijiste la última vez y terminaste con la sobrina del embajador en el cuarto de la limpieza. ¿O fue en la habitación del embajador? Lo tuyo es puro desenfreno, hermano”.

“¡Eso fue un malentendido!”, me defendí. “Estábamos hablando sobre política internacional... con nuestras lenguas”. Joker no pudo contener una carcajada.

“¡Eres un desastre, Dwayne! Pero en serio, alguna vez tendrás que aprender”.

“Te lo juro, esta vez no habrá escándalos. Ninguna foto comprometida. Me comportaré, palabra de honor”.

“Mira, hablando en serio, hermano”, dijo. “Solo ten cuidado por dónde caminas. No queremos otro titular que nos joda los negocios”.

“Lo sé, lo sé. Esta noche, seré un santo. Bueno, al menos hasta que termine la gala”, añadí con una sonrisa.

“Esa es la actitud”, dijo, guiñándome un ojo. “Ahora vamos a prepararnos. Tenemos una imagen que limpiar”.

“Joker”, repliqué, “ya verás que lo de esta noche será un coñazo. Al menos por mi parte”. Sin embargo, mientras le aseguraba a mi hermano que todo iría bien, mi mente ya empezaba a fantasear con la zona VIP del evento, donde cualquier cosa podría pasar.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style floral pattern with various leaves and flowers. The word "MELANIE" is centered within this border.

MELANIE

“¿TE DAS CUENTA DE la cantidad de dinero que debe haber aquí?”, dijo Helen, dando un pequeño traspié y aferrándose a mi brazo para no caer.

“Sí, suficiente para comprar una isla entera”, respondí, esquivando a una camarera que pasaba con una bandeja de canapés.

Estábamos en la gala de beneficencia en la lujosa Sala Wellington de Nueva York, y tanto Helen como yo compartíamos una mezcla de expectación y resignación. Helen había conseguido las entradas en una lotería que ni siquiera recordaba haber jugado. No todos los días se presenta la oportunidad de codearse con magnates y millonarios, pero, para ser honesta, no me emocionaba tanto como debería. Helen había traído a su nuevo ligue, Roger, y a un amigo suyo, Robin. Desde el primer momento, supe que esto sería un desastre.

La sala estaba decorada con una opulencia que rayaba en lo obsceno: enormes candelabros de cristal colgaban del techo, lanzando destellos que competían con las joyas de los invitados. Las mesas, cubiertas con manteles de seda, exhibían centros de mesa de orquídeas blancas y lilas, mientras el champán fluía como si fuera agua.

Nos movimos entre la multitud, buscando un rincón menos concurrido, pero pronto Helen se vio atrapada por Roger, quien ya empezaba a mostrar su verdadero carácter. La besaba de una manera tan lasciva que resultaba incómodo de ver, especialmente porque Helen parecía estar bastante ebria.

“¡Roger, cariño, aquí no!”, exclamó Helen entre risas nerviosas, apartándose ligeramente de él, aunque no con la suficiente firmeza. Roger parecía decidido a realizar una inspección bucal completa con su lengua.

Me alejé de la escena, buscando refugio entre los desconocidos, preferiblemente los menos cercanos y más sobrios. Robin, sin embargo, tenía otras ideas.

“Hola, preciosa”, dijo acercándose demasiado para mi gusto. “¿Te gustaría bailar?”.

“No gracias”, respondí con una sonrisa tensa, dando un paso atrás.

“Vamos, no seas tímida”, insistió, intentando tomar mi mano.

“Soy alérgica a bailar con desconocidos”, repuse, retirando mi mano con firmeza.

Afortunadamente, Robin decidió buscar otra presa y se dirigió a la barra. Me quedé observando la sala, mis ojos se detuvieron en la zona VIP. Allí, entre un grupo de personas distinguidas, creí reconocer una cara familiar. ¿Podría ser Dwayne Amato? ¿El mismo Dwayne Amato que casi me había atropellado esa mañana? Incluso a la distancia, esos ojos azules eran inconfundibles.

Helen, que había conseguido escabullirse temporalmente de Roger, se acercó tambaleándose y se aferró a mi brazo.

“¿Reconoces a alguien?”, preguntó con la voz pastosa por el alcohol.

“No, nadie en particular”, mentí, tratando de mantener mi atención en la conversación, aunque mis ojos volvían constantemente a la zona *VIP*.

“Oh, vamos, seguro que hay alguien interesante”, insistió, mirando hacia donde se dirigía mi mirada.

Roger y Robin se habían alejado, ahora conversaban con el camarero de la barra, y de manera sospechosa tomaron nuestras copas, como si estuvieran tramando algo.

“Helen, creo que deberíamos irnos”, sugerí, preocupada por la forma en que Roger y Robin manipulaban las bebidas.

“¿Irnos? ¡Pero si la fiesta está empezando!”., dijo Helen, riendo tontamente.

Mi mirada volvió a la zona VIP. Dwayne Amato, o alguien que se le parecía mucho, estaba mirándome fijamente. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. ¿Por qué parecía tan interesado en mí? Tal vez mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. Volví a mirar a Helen, que ahora se estaba quedando dormida sobre mi hombro.

Cuando miré de nuevo hacia la zona *VIP*, él ya no estaba allí.

“Está bien, Helen, nos vamos ahora mismo”, dije con determinación, sacudiéndola suavemente para despertarla. Roger y Robin regresaron con nuestras copas en la mano, sonriendo de manera inquietantemente exagerada.

“¿Qué estáis haciendo?”, pregunté con desconfianza.

“Nada, solo trajimos unos cócteles exóticos para unas señoritas igualmente exóticas”, dijo Roger, acercándose una copa.

“No, gracias. Helen y yo nos vamos”, respondí, tomando a Helen por el brazo e intentando guiarla hacia la salida.

“Vamos, no os hagáis las difíciles”, insistió Robin, bloqueando nuestro camino.

“Oh, créeme, ya hemos tenido suficiente por esta noche”, respondí firmemente, intentando esquivar a Robin.

‘Menudo día de mierda’, pensé para mis adentros. Si existieran los superhéroes, esta sería la ocasión perfecta para que se materializaran.



LAS LUCES BRILLABAN INTENSAMENTE, reflejándose en las copas de champán, mientras un murmullo constante de conversaciones y risas llenaba el ambiente. Estaba en la zona VIP, acompañado por mi amigo y colega Winston, que, como siempre, había encontrado la manera de rodearse de un par de señoritas ligeras de ropa. Winston tenía un don para convertir cualquier ocasión en una fiesta descontrolada, y esa noche no era la excepción.

“¡Dwayne!”, gritó Winston, con su inconfundible risa estruendosa. “¿Has visto a estas bellezas?”, agitó su brazo con entusiasmo, casi derramando su bebida sobre una de las chicas, que le sonreía coqueta.

“Sí, Winston. Estoy viendo tu circo”, respondí con una sonrisa burlona.

Mientras Winston seguía con su espectáculo, mi atención se desvió. A través de la pista de baile, mis ojos se posaron en una chica con un vestido azul que le quedaba como una segunda piel. La visión me dejó sin aliento, y por un instante, olvidé dónde estaba. Con un sobresalto, me di cuenta de que era la misma chica a la que casi había atropellado aquella mañana. Ahora, en ese vestido, parecía una estrella de cine.

“Eh, Dwayne, ¿a quién estás devorando con la mirada?”, preguntó Winston, dándome un codazo.

“¿Es tu próxima presa?”.

“Cállate Winston. No es lo que piensas”, le espeté intentando desviar su atención.

“Vamos, hermano, no te hagas el tímido. La estás mirando como si fuera el último pedazo de pastel en una fiesta de gordos”.

“De verdad Winston déjalo ya, solo estoy...curioseando, nada más”. Winston soltó una carcajada.

“¡Claro, claro! Curioseando dice. Sabes de sobra que no puedes mentirme”.

Las chicas a su lado reían, ajenas o indiferentes a nuestra conversación. Sabía que Winston no iba a soltar el tema fácilmente, pero finalmente, con un suspiro de resignación, decidió dejarlo pasar.

“Está bien, no quiero ser el aguafiestas. ¡Vamos, chicas, sigamos con la celebración!”, exclamó antes de largarse con las dos mujeres.

Finalmente, tenía un respiro. Volví a mirar a la chica del vestido azul. Estaba hablando y medio bailando con su amiga, una joven con un traje negro, acompañadas por dos tipos que parecían fuera de lugar. No podía sacudirme la sensación de que algo no estaba bien. Mis sospechas se confirmaron cuando vi a uno de los hombres retirar las copas de las chicas y sacar algo de su bolsillo. En ese instante, supe exactamente lo que pretendía hacer.

“Hijos de puta”, murmuré entre dientes.

No había tiempo que perder. Salí disparado de la zona VIP, llevándome por delante a un borracho que cayó al suelo con un gruñido.

“¡Vete a la mierda, imbécil!”, le grité sin siquiera mirarlo.

Me abrí paso entre la multitud, mi corazón latiendo velozmente. Llegué justo a tiempo para ver cómo el tipo estaba a punto de verter algo que parecía polvo en las copas mientras veía como la chica del vestido azul, forcejeaba con ellos, tratando desesperadamente de llevarse a su amiga.

“¡Eh, tú, imbécil!”, escupí mientras sujetaba de la mano al tipejo. “¿Qué coño crees que estás haciendo?”.

El tipo se giró, sorprendido y asustado, mientras la chica del vestido azul, me miraba con los ojos muy abiertos.

“¡Seguridad! ¡Estos dos cabrones estaban intentando drogar a estas señoritas!”, grité atrayendo la atención de los guardias cercanos.

En cuestión de segundos, se montó revuelo. La gente se apartaba, murmurando y señalando hacia nosotros. Los guardias llegaron rápidamente y se llevaron a los dos tipejos, que no dejaban de maldecir mientras los arrastraban fuera.

“¡Estás loco, hijo de puta!”, gritó uno de ellos mientras lo sacaban a rastras.

“Sí, sí, dile eso a la policía, ¡capullo!”, respondí con una sonrisa de triunfo.

Cuando el tumulto se calmó, me di cuenta de que la chica del vestido azul y yo estábamos solos. Ella me miraba con una mezcla de sorpresa y gratitud.

“Tú... eres el tipo de esta mañana, ¿verdad?”, dijo finalmente.

“Sí, soy yo. Y tú eres la chica que casi atropello. Bonita coincidencia, ¿no?”.

Ella sonrió, y por un momento el caos de la gala desapareció. Solo estábamos nosotros dos, en medio de la pista de baile, rodeados de luces y música.

“Gracias por lo que hiciste. Me llamo Melanie, encantada”, dijo suavemente. “No sé qué habría pasado si no hubieras intervenido”.

“No tienes que agradecerme nada. No podía quedarme de brazos cruzados mientras esos cabrones intentaban hacer algo tan sucio. Por cierto, me llamo...”.

“Dwayne Amato”, me interrumpió. “Lo siento, pero te reconocí esta mañana en una revista en casa de mi amiga Helen, quien es la responsable de que esté metida en este lío”.

“Así que tengo que agradecerle a tu amiga Helen, que supongo es la chica del vestido negro que está con la lengua en la campanilla de ese tipo de la camisa fucsia”, dije con tono burlón.

Melanie Miró hacia la dirección donde se encontraba su amiga y efectivamente corroboró lo que le había dicho.

“Va un poco borracha, no se lo tengas en cuenta. Ha sido un día duro”, comentó, llevándose una mano a la frente.

Melanie miró hacia donde estaba su amiga y asintió con una sonrisa resignada. “Va un poco borracha, no se lo tengas en cuenta. Ha sido un día difícil”, comentó, llevándose una mano a la frente.

Nos quedamos en silencio por un momento, simplemente mirándonos. Había una conexión entre nosotros que iba más allá de la simple casualidad.

“¿Quieres salir de aquí?”, pregunté, rompiendo el silencio. “Tal vez estemos más cómodos en la zona *VIP*”.

“No soy muy fan de las zonas *VIP*, pero después del numerito de antes, creo que aceptaré tu invitación”, respondió con una sonrisa.

Dejamos la pista de baile y nos dirigimos a un rincón más tranquilo del salón. El bullicio de la gala se alejaba mientras nos sentábamos en un par de cómodas sillas.

“Entonces, ¿qué hacías esta mañana?”, pregunté, intentando romper el hielo.

“Estaba en una entrevista de trabajo que fue un desastre. Luego, al cruzar la calle mientras hablaba con mi madre, casi me atropellas”, respondió con una sonrisa traviesa.

“Ah, entonces fue culpa tuya”, bromeé. Su risa era contagiosa.

“Bueno, creo que ambos tenemos algo de culpa. Yo por no mirar y tú por conducir como un loco”.

“Tienes razón, aunque prefiero pensar que fue el destino”, dije, mirándola a los ojos. “Quizá habría sido mejor que hubieras abollado el Porsche, así tendría una excusa para llevarlo al taller y

que finalmente arreglen lo que le pasa a la capota”.

“¿El destino? ¿Crees en eso?”, preguntó, arqueando una ceja.

“Antes no, pero después de hoy, empiezo a considerarlo”, respondí con firmeza. Justo entonces, un camarero novato se nos acercó con una bandeja.

“¿Les gustaría una copa de champán?”, preguntó, temblando un poco. Melanie asintió, y al pasarle una de las copas, el camarero tropezó, derramando un poco del líquido dorado sobre sus labios.

“Lo siento muchísimo, señor; por favor, discúlpeme”, balbuceó el camarero.

“Tranquilo, no pasa nada. Yo me encargo”, le respondí, indicándole que se marchara.

Sin decir una palabra, me acerqué despacio a Melanie hasta que nuestras caras quedaron a centímetros de distancia. No pude contenerme más y comencé a besarle el champán de los labios. Para mi sorpresa, Melanie no se apartó. Me detuve un instante para mirarla a los ojos, y vi una sonrisa y un brillo pícaro en su mirada. Eso fue todo lo que necesitaba. La atraje por la cintura y la besé con más pasión. Melanie me respondió con la misma intensidad.

Había empezado el día con el pie izquierdo, pero ahora, Melanie y yo estábamos completamente absortos en un beso apasionado en la zona *VIP* del *Wellington*, tan perdidos el uno en el otro que el resto del mundo había dejado de existir. De repente, una luz nos cegó, y me aparté bruscamente.

“¡Joder!”, exclamé, parpadeando para recuperar la visión. Un maldito flash había irrumpido en nuestro momento.

Cuando volví a ver claramente, reconocí al cabrón de Malone y su cámara. Melanie, aún parpadeando, tardó un segundo en darse cuenta de lo que estaba pasando.

“¿Otra vez tú, Malone?”, grité. “¿Es que no tienes otra cosa que hacer más que joderme la vida?”.

Malone, con esa sonrisa de baboso que tanto odiaba, se encogió de hombros mientras seguía tomando fotos como si le pagaran por segundo.

“El amor vende, chicos. Y vosotros sois material de portada”.

“¿Material de portada? ¡Te voy a dar yo material, hijo de puta!”, le respondí, avanzando hacia él con la intención de arrancarle la cámara de las manos. Pero Malone fue más rápido, retrocediendo justo a tiempo.

“Accidente, romance, drama. Sois como una telenovela andante”, dijo, sin dejar de disparar el obturador de su cámara. Cada clic era como una bofetada a mi paciencia.

Había llegado al límite. Miré alrededor y vi a un guardia de seguridad cerca, un tipo enorme y calvo con tatuajes que le cubrían el cuello.

“¡Eh, tú! ¡Sí, tú, el grandullón!”, grité, señalando al portero que parecía una montaña viviente.

“Ven aquí y líbrate de este pedazo de mierda”.

El guardia se acercó con una expresión que dejaba claro que no estaba para tonterías.

“¿Qué pasa aquí?”, preguntó, aunque la situación era bastante obvia.

“Este gilipollas no deja de molestarnos. Quítale la cámara y lánzalo a la calle”.

El guardia no necesitó más explicaciones. Con una rapidez impresionante para su tamaño, le arrebató la cámara a Malone y, antes de que el paparazzi pudiera reaccionar, lo levantó por la cintura como si fuera un muñeco.

“¡Eh, espera! ¡No puedes hacer esto! ¡Tengo derechos!”, gritaba Malone mientras lo sacaban del lugar.

“Claro, y yo soy el Papa”, respondió el guardia, sin detenerse.

Melanie y yo los seguimos desde una distancia segura, disfrutando del espectáculo. Cuando el guardia finalmente lanzó a Malone a la calle, una mezcla de satisfacción y alivio me invadió.

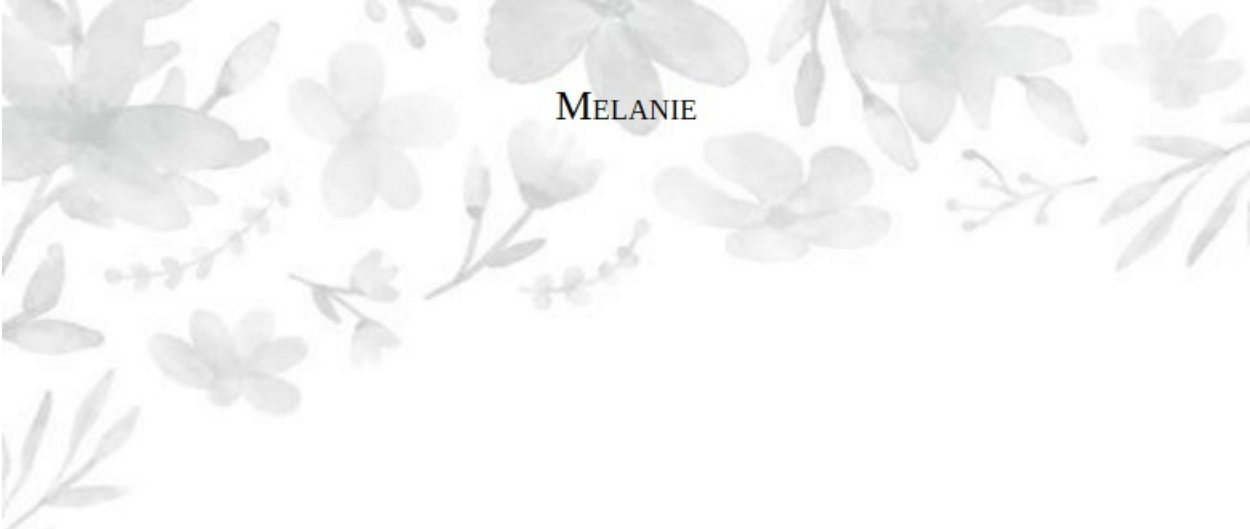
“Espero que disfrutes del vuelo, cabrón”, le grité, aunque probablemente ya estaba demasiado lejos para oírme.

Tomé la mano de Melanie, y ella me sonrió.

“Creo que esto hoy no podía mejorar”, dijo con ironía.

“Si no contamos la mañana de mierda y a este idiota arruinando nuestro beso, sí, ha sido un día genial”, respondí, cómplice. Melanie sonrió de nuevo. “Aunque tengo el presentimiento de que, si seguimos aquí, alguien más intentará aguarnos la fiesta. ¿Te apetece que vayamos a otro sitio?”.

Melanie dudó un instante, pero luego asintió. No hacía falta decir nada más, su mirada lo decía todo. Me tomó de la mano y juntos nos dirigimos hacia la puerta más cercana, mientras la expectativa de lo que podría suceder a continuación mantenía la adrenalina corriendo por mis venas.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'MELANIE' is centered within this decorative area.

MELANIE

SALIMOS DE LA SALA de eventos con la música aun vibrando en mis oídos, y su mano cálida sosteniendo la mía. Todo parecía tan irreal que no podía evitar preguntarme cómo habíamos llegado hasta aquí. Hace apenas unas horas, éramos dos desconocidos, unidos por un accidente en una bulliciosa calle de Nueva York. Ahora, caminaba hacia el garaje junto a un millonario con el que me había besado apasionadamente en una fiesta exclusiva. Helen habría afrontado todo esto con su típica confianza, sonriendo de oreja a oreja y ya fantaseando con los detalles que compartiría con el grupo. Yo, en cambio, estaba demasiado absorta sin estar segura de haberle respondido si aceptaba su invitación a su casa.

“¿Te estás divirtiendo?”, preguntó Dwayne, rompiendo el silencio.

“¿Divertirme? ¡Claro! Estoy de la mano con un millonario después de besarme con él en una fiesta exclusiva. Definitivamente una noche normal para mí”, respondí.

Él rió, y el sonido grave de su risa resonó en el garaje vacío. Me condujo hasta un Lamborghini negro que relucía bajo las luces fluorescentes. Abrió la puerta del pasajero con una sonrisa que parecía salida de una película, y aunque Helen habría saltado dentro sin dudar, yo vacilé un segundo antes de sentarme.

Dwayne se subió en el asiento del conductor y encendió el motor. El rugido del Lamborghini llenó el espacio, y sentí la vibración atravesando el asiento. Mientras comenzábamos a movernos, él puso su mano de manera casual sobre mi regazo, y mi corazón se aceleró. Helen estaría gritando “¡Sí, nena!” en su cabeza, mientras yo luchaba por mantener la calma.

“¿Cómo te sientes?”, preguntó, mirándome de reojo.

“Bueno, aparte de sentirme como si estuviera en una versión alternativa de mi vida, bastante bien”, intenté sonar relajada.

Él sonrió, y sus ojos azules como zafiros me atraparon de nuevo. Mientras charlábamos sobre trivialidades, como nuestras comidas favoritas y anécdotas de la fiesta, nos dirigíamos hacia su apartamento. Intenté no parecer demasiado impresionada cuando mencionó casualmente sus viajes a Europa y su colección de arte. Cuando llegamos a su edificio, un rascacielos imponente frente a Central Park, me sentí aún más abrumada. ¿Cómo había terminado aquí, siendo una chica del montón, ahora en la compañía de un millonario que me llevaba a su lujoso apartamento?

“¿Preparada?”, preguntó con una sonrisa burlona.

“Imagino que sí”, respondí, aunque en realidad no tenía ni idea de lo que me esperaba.

En el ascensor, la tensión se podía cortar. Nos miramos, y en un instante, nuestros labios se encontraron de nuevo. La chispa de antes volvió con más fuerza, y no pude evitar dejarme llevar. Sus manos, firmes pero gentiles, recorrieron mi espalda mientras el ascensor ascendía. Helen siempre decía que deberíamos aprovechar cada oportunidad, y en ese momento decidí seguir su consejo.

“¿Estás bien?”, susurró Dwayne entre besos.

“Más que bien”, respondí, sintiendo una mezcla de deseo y timidez.

El ascensor se detuvo y, aun besándonos, salimos al pasillo. Me condujo hasta la puerta de su apartamento. Entramos, y me quedé sin aliento. El lugar era impresionante decorado con un gusto exquisito y unos enormes ventanales que ofrecían una vista panorámica de Nueva York.

“Bienvenida a mi humilde morada”, dijo, observando mi reacción.

“Guau, esto es... increíble”, murmuré, sin saber qué más decir.

“Gracias, ¿te apetece algo de beber?”, preguntó, dirigiéndose hacia una barra que parecía sacada de una revista.

“Agua, gracias”, respondí, intentando mantener la compostura.

“¿Agua?”, replicó con una sonrisa socarrona. Le lancé una mirada que dejaba claro que no estaba para bromas. “Bueno, no hay problema. Agua para la señorita Melanie”.

Me trajo un vaso de agua, y nos sentamos en un sofá enorme. El silencio era cómodo entre nosotros y estaba cargado de curiosidad.

“Entonces, Melanie, ¿qué te trae a este tipo de eventos?”, preguntó, rompiendo el hielo de nuevo.

“En realidad, vine porque Helen insistió. Siempre tiene ideas locas y una suerte increíble. Le tocaron unas entradas para la gala y no quería ir sola”, respondí, encogiéndome de hombros.

“Entonces, debo darle las gracias a tu amiga Helen”, dijo con una sonrisa, mientras su mano volvía a posarse en mi muslo, desatando una ola de calor en mi interior.

“Ella probablemente ya estaría contándote toda su vida ahora mismo”, bromeé, intentando no perderme en sus ojos.

“Me gusta escuchar a la gente, pero contigo siento que hay más que solo palabras”, dijo en un tono bajo y seductor.

El ambiente se tornó más íntimo, y no pude evitar sonrojarme. Helen siempre decía que la vida era demasiado corta para ser tímida, pero para mí, la timidez era casi una segunda piel.

“Dwayne, esto es un poco surrealista para mí. No suelo... hacer esto”, admití finalmente.

“Eso me gusta”, dijo mientras su mano acariciaba suavemente la mía.

Nos miramos en silencio, y decidí que no iba a dejar que el miedo arruinara esta experiencia. Me acerqué y lo besé de nuevo, esta vez con más seguridad. Nos dejamos llevar por la pasión del momento, sus manos recorriendo mi cuerpo mientras mi timidez se esfumaba.

De repente, me levantó en brazos y me llevó a conocer su apartamento. Cada habitación era más impresionante que la anterior, pero lo que más me sorprendía era cómo me hacía sentir: como si realmente fuera especial.

“Dwayne, ¿puedo preguntarte algo?”, dije, mientras me dejaba suavemente en el suelo frente a una ventana con vistas al parque.

“Claro, lo que quieras”, respondió, rodeándome con sus brazos.

“¿Por qué yo? Quiero decir, podrías tener a cualquier mujer, pero elegiste a la chica que fue a la fiesta como acompañante de su amiga”.

No respondió con palabras, simplemente me besó, levantándose en brazos de nuevo como si no pesara nada. Nos movimos por el apartamento mientras seguíamos besándonos, y a pesar de lo que dicen, Dwayne Amato demostraba que un hombre podía hacer dos cosas al mismo tiempo. Me llevó como si fuera una pluma en sus brazos, besándome y descubriendo cada rincón de su lujoso hogar con una destreza que me dejaba sin aliento. Al llegar a su dormitorio, me deslizó suavemente sobre una cama gigantesca, cuidando de que mi cabeza descansara entre las numerosas almohadas.

“Aquí estarás segura. No hay forma de que puedas caerte”, me aseguró con una sonrisa, sentándose a mi lado y mirándome intensamente. Sus ojos, dos zafiros penetrantes, parecían desnudarme con la mirada.

“Eres preciosa, pero eso ya lo sabes”, susurró, y pude ver en sus ojos que no bromeaba. Me sonrojé, incapaz de responder.

Tras otra mirada que parecía detener el tiempo, se inclinó y me besó apasionadamente. Sus manos subieron mi vestido de manera sensual hasta la cintura. Sus caricias eran tan lentas y

deliberadas que el fuego que ardía en mi interior se avivaba con cada toque.

Sus dedos recorrieron mi vientre y mis costillas con una suavidad electrizante, jugando con calma, antes de deslizarse hacia zonas más íntimas. Dejé escapar un gemido de placer mientras sus manos hábiles se movían encima de mi tanga, que para ese momento ya estaba muy mojado, y cuando me lo arrancó con un movimiento rápido, supe que estaba perdida. Cerré los ojos, dejándome llevar, y para cuando los abrí de nuevo, lo vi levantarse de la cama.

Lo seguí con la mirada mientras se desnudaba por completo, plantándose delante de mí como un dios griego. Sus brazos eran grandes y musculosos, el pecho esculpido como si se tratara de una estatua de alabastro y sus abdominales, extremadamente bien definidos eran de los que normalmente sólo se veían en las portadas de las revistas de modelos de fitness. Su cuerpo era perfecto, esculpido como una obra de arte, y aunque me sentía como una chica común y corriente a su lado, nada de eso parecía importarle.

“Me estás volviendo loco”, susurró de manera sensual, volviendo a la cama conmigo. Me separó las piernas con cuidado, y comenzó a lamerme el clítoris con su lengua haciendo círculos. Cerré los ojos y me dejé llevar, me recorrían escalofríos de placer mientras su lengua experta no tenía piedad, pidiéndome más gemidos. Entonces, justo cuando iba a llegar al clímax se detuvo, se enderezó sobre mí y lentamente me penetró. Gemí de placer al sentirlo dentro de mí, mientras sus movimientos rítmicos me llevaban al borde de la locura.

Gemí nuevamente al sentir su dureza dentro de mí, que él empujaba despacio, intentando llegar a lo más profundo. Era una danza rítmica y muy sensual.

Mi respiración se aceleraba, mis manos y piernas rodeaban su torso, acercándolo más a mí, deseando sentir cada parte de su cuerpo contra el mío. Dwayne aumentó poco a poco el ritmo, empujando cada vez más profundamente y con más ímpetu. Entonces sentí que no podía aguantar más, él también lo notó y desaceleró el ritmo, sacando su polla de mí y mirándome con una expresión lasciva.

“Creo que llevas demasiada ropa. Podríamos decir que tu vestido sobra, ¿no crees?”, dijo con una sonrisa traviesa mientras me ayudaba a deshacerme de la cremallera. Mi vestido y sujetador cayeron al suelo, y vi cómo sus ojos brillaban cuando se detuvieron en mis tetas desnudas.

Luego, sus manos comenzaron a explorar mis tetas con una mezcla de sensualidad y energía que me arrancó un pequeño gemido, el cual pronto se transformó en un suspiro profundo cuando comenzó a jugar con mis pezones. Humedeció los dedos de una de sus manos en mi boca y los llevó de nuevo a mis pezones, pellizcándolos suavemente y tocándolos hasta que se endurecieron.

No pasó mucho tiempo antes de que Dwayne volviera a penetrarme, esta vez levantando mi pelvis y apoyando mis piernas sobre sus hombros. En esa posición, cada empuje se sentía más profundo e intenso, encendiendo cada fibra de mi ser. La excitación crecía dentro de mí, mientras la sangre fluía con tal rapidez que todo empezaba a girar a mi alrededor.

De repente, mi cuerpo se estremeció involuntariamente, y pequeños puntos de luz comenzaron a brillar ante mis ojos. El calor se expandió por cada rincón de mí hasta que, con un gemido que jamás había sentido, sentí el orgasmo más intenso de mi vida. Sentí a Dwayne alcanzar su propio éxtasis dentro de mí poco después, desplomándose agotado a mi lado.

Me acurruqué contra sus fuertes y musculosos brazos, y nos miramos con una mezcla de satisfacción y ternura antes de que él me besara suavemente. El cansancio comenzó a apoderarse de mí después de aquella sesión intensa de pasión. A pesar de mis esfuerzos por mantenerme despierta, la lucha contra el sueño se volvió cada vez más difícil. Mis párpados, pesados y traicioneros, empezaron a cerrarse lentamente. Dwayne murmuró algo suave y reconfortante, a lo que creo que respondí con un susurro casi inaudible, antes de rendirme completamente al abrazo de Morfeo, dejando que el sueño me envolviera por completo.



ME DESPERTÉ EN EL sofá de mi salón, con la luz del sol inundando mi apartamento frente a Central Park. Mi cabeza daba vueltas, y mis músculos protestaban por haber pasado la noche en una posición incómoda. Apenas empecé a moverme, los recuerdos de la noche anterior comenzaron a tomar forma en mi mente.

Había conocido a Melanie ayer por la mañana, justo después de casi atropellarla con mi Porsche. Fue un encuentro digno de una comedia romántica: mientras esbozaba una sonrisa arrogante, esperando calmar a una joven molesta, me encontré con una mirada fulminante y una lengua afilada que me dejó sin palabras.

Esa chispa en sus ojos y su actitud desafiante despertaron algo en mí. Nos despedimos de forma abrupta, pero no pude sacarla de mi cabeza. El destino, siempre caprichoso, quiso que nuestros caminos se cruzaran nuevamente esa misma noche en la gala del Wellington.

Me levanté del sofá y me dirigí al baño, sintiendo la urgencia de una ducha. Mientras el agua caliente caía sobre mi piel, dejé que los eventos del día anterior inundaran mi mente. ¿Qué estaba haciendo? Melanie no era como las otras mujeres que habían pasado por mi vida. Había algo en su franqueza, en la forma en que no se dejaba impresionar por mi fortuna o mi fama.

Al salir de la ducha, me envolví una toalla alrededor de la cintura y regresé al salón, disfrutando del frescor del aire acondicionado contra mi piel húmeda. Fue entonces cuando escuché un ruido proveniente de mi habitación. Melanie se estaba despertando.

Me asomé por la puerta, intentando no hacer ruido. La vi sentada en mi cama, con el cabello revuelto y una expresión de confusión.

“Buenos días, dormilona”, la saludé con una sonrisa. Ella parpadeó, claramente aturdida.

“¿Qué... qué pasó anoche? ¿Nos acostamos?”. Sonreí, disfrutando del momento.

“Sí, lo hicimos. Y déjame decirte, fue increíble”, añadí con un guiño, tratando de suavizar la tensión.

Ella se sonrojó y bajó la mirada.

"Dios mío, qué vergüenza... No suelo hacer esto. Necesito irme", murmuró, llevándose las manos a las sienes y cerrando los ojos, claramente afectada por el dolor de cabeza.

Melanie sacudió la cabeza, como si intentara deshacerse de un pensamiento incómodo. Su rostro se volvió a sonrojar mientras hacía el ademán de levantarse, pero se detuvo y se giró hacia mí.

“¿Te importaría esperar fuera?”, pidió con la cara roja como un tomate.

“Sin problema”, respondí, encontrando divertida su timidez. Comparada con las mujeres que, tras pasar la noche conmigo, se imaginaban que éramos pareja al amanecer, la actitud de Melanie me resultaba refrescante. Prefería su nerviosismo a cualquier otra reacción.

Poco después, Melanie salió del dormitorio tambaleándose, como un cervatillo recién nacido, con pasos torpes e inseguros. Su cabello estaba revuelto y llevaba los zapatos bajo el brazo, evitando a toda costa mirarme. Parecía que lo que habíamos hecho la noche anterior fuera un acto prohibido y castigado con la pena capital. Mientras observaba la curiosa escena, admití que había algo en su desconcierto que me incitaba a querer repetir todo lo que había sucedido la noche anterior, allí mismo en el salón. Pero su expresión dejaba claro que sus pensamientos iban en una dirección completamente distinta a la mía. A juzgar por su comportamiento, sospechaba que este tipo de aventuras no eran comunes para ella; tal vez incluso había sido su primera vez. Qué adorable.

“¿Podrías llamarme un taxi?”, pidió de repente.

“¿Por qué tan rápido? No querrás perderte el desayuno, ¿verdad?”, respondí, caminando hacia ella y sentándome en el borde de la cama.

“No quiero ser una carga”, dijo, aún sin mirarme.

Solté una carcajada.

“¿Una carga? Melanie, lo pasé genial contigo. No te preocupes por eso”.

Finalmente, me miró, con una mezcla de gratitud y vergüenza.

“Gracias, pero de verdad, necesito irme”, insistió.

Me levanté y fui a llamar un taxi, pero no pude evitar seguir bromeando.

“¿Estás segura de que no quieres quedarte? Te prometo que no todas las mañanas, despierto a las mujeres en mi cama solo con una toalla”, añadí, señalando mi atuendo.

Mientras esperaba al teléfono, noté que su mirada se había posado en una revista del corazón que Joker había dejado en mi despacho días atrás y que yo había ignorado por completo. Pero ahora,

aquella ‘prueba incriminatoria’ estaba a la vista sobre una mesita que había traído en uno de mis viajes a China. Melanie abrió la revista justo en la página que contenía un artículo sobre mí. Vi cómo sonreía brevemente, y fue entonces cuando comprendí que Joker tenía razón: la foto sin la máscara era mucho mejor que las otras en las que aparecía con aquellas chicas en esa infame fiesta.

“El taxista pregunta dónde quieres que te lleve”, dije, tapando el auricular de mi *smartphone* con la mano. Melanie se giró hacia mí, con una expresión de desconcierto, como si hubiera visto un fantasma.

“¿Tu dirección, por favor?”, insistí, sorprendido por su expresión.

Sin decir nada, me señaló un bolígrafo y una pequeña libreta en la mesa. Me entregó un trozo de papel con una dirección escrita con una caligrafía que denotaba unas manos temblorosas. Confirmé los detalles con el taxista, que me informó que el próximo taxi tardaría unos 10 minutos debido a la hora punta.

“Mientras esperas, al menos déjame ofrecerte un café, o té si lo prefieres”, le ofrecí.

Melanie no respondió a la oferta del café.

“Entonces, ¿siempre llevas a chicas que casi atropellas a tu apartamento después de las galas?”. Preguntó en su lugar, con un toque de ironía.

“Solo a las que tienen un sentido del humor tan retorcido como el mío”, respondí, añadiendo un poco de picardía. “Además, fue una coincidencia del destino. Tal vez deberíamos agradecerérselo a mi pésima conducción”.

“Sí, claro. Eso y tu irresistible encanto”, replicó con una sonrisa burlona, aunque de inmediato volvió a su estado de confusión. El momento había pasado.

“Tengo que irme. Lo del taxi fue una idea estúpida. Creo que iré caminando”, dijo, cerrando la revista y levantándose para marcharse. “Bueno, yo... adiós”, balbuceó, levantando la mano en un gesto incómodo, como una niña insegura.

“De acuerdo”, le respondí. “¿Nos vemos?”, le pregunté, mientras mi mente divagaba entre si su reacción se debía al alcohol, a la sorpresa de la situación, al maldito artículo en la revista o, quién sabe, a alguna intoxicación accidental de la noche anterior. Sea lo que fuera, no tenía importancia. Probablemente yo era la última persona en el mundo capaz de ayudarla en ese momento. Aun así, el hecho de que todavía existieran mujeres en Nueva York que no me conocieran me resultaba tan divertido como increíble.

Mientras seguía inmerso en mis pensamientos, escuché la puerta cerrarse detrás de mí, lo que hizo que una sonrisa finalmente asomara en mis labios. ¡Menuda vida, Dwayne! ¿Qué demonios

había pasado? Toda aquella escena parecía sacada del camarote de los hermanos Marx. Seguro que Winston se partiría de risa cuando se lo contara, y él tendría mil historias que contarme sobre su noche en el Wellington con esas dos mujeres.

Me vestí rápidamente, y en poco tiempo, el viento acariciaba mi rostro mientras conducía mi Porsche descapotable por las calles de Nueva York. Era una mañana perfecta: el sol brillaba, el cielo estaba despejado y el rugido del motor me proporcionaba una sensación de libertad incomparable. Pero esa paz no duraría mucho. Mi teléfono comenzó a sonar con el tono específico que tenía para mi madre. Suspiré, sabiendo que una llamada suya rara vez traía buenas noticias.

“Hola, mamá. ¿Qué pasa?”.

“Dwayne Amato, ¿quieres explicarme por qué apareces en todas las revistas del corazón besándote con una desconocida en la gala del Wellington?”.

La voz de mi madre era tan afilada como una navaja. Cerré los ojos por un segundo, maldiciendo en silencio a Malone, el bastardo que claramente había vendido las fotos.

“Mamá, no es lo que parece”.

“¡No me vengas con excusas baratas! Mientras yo me parto el alma organizando galas benéficas, tú aprovechas la oportunidad para revolcarte con cualquier niña bonita que se cruce en tu camino. Tu padre está furioso y quiere verte de inmediato en el edificio Amato. Y no creas que voy a cubrirte esta vez. ¡Esto ha ido demasiado lejos!”.

Suspiré profundamente, buscando las palabras adecuadas para calmarla.

“Mamá, por favor, relájate. Fue solo un malentendido. Estaré en el edificio en quince minutos, ¿vale?”.

“No tardes, Dwayne, y prepárate para enfrentarte a tu padre. No está nada contento”.

Colgué el teléfono y pisé el acelerador. Sabía que esto no sería solo una reprimenda. Si mi padre estaba involucrado, las consecuencias serían mucho más serias. Al llegar al edificio Amato, el imponente rascacielos de cristal reflejaba la luz del sol, cegándome momentáneamente mientras aparcaba el coche.

Entré en el vestíbulo principal, donde la recepcionista me miró con una mezcla de lástima y curiosidad.

“Buena suerte, señor Amato”, murmuró mientras me dirigía al ascensor.

“Me cago en la puta”, susurré, preguntándome cuántos empleados ya estarían al tanto del escándalo.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta principal, y allí estaba él. Mi padre, rodeado por mis hermanos, Joe y Joker. Ambos me miraban con expresiones que oscilaban entre la preocupación y el reproche. Mi padre, sin embargo, parecía a punto de estallar.

“Dwayne”, empezó, su voz resonando en la amplia sala de reuniones. “¿Tienes idea del daño que has causado a nuestra familia con tus gilipolleces?”.

“Papá, yo...”.

“¡Silencio! Esto ha sido la gota que colma el vaso. No solo has manchado nuestra reputación, sino que has demostrado ser un irresponsable, un egoísta”.

"Papá, de verdad, no era mi intención...".

“Me importa un carajo lo que intentaste. Lo que importa es lo que hiciste. Y ahora, vas a tener que arreglarlo”.

Tragué saliva, esperando lo peor. Mi padre se acercó a su escritorio y sacó un pequeño estuche de cuero de uno de los cajones. Lo abrió y sacó un anillo. “Dwayne, tienes un mes para encontrar una esposa y sentar cabeza. Si no lo haces, te desheredaré y te echaré de la compañía”.

“¿¡Qué!?”, no podía creer lo que estaba escuchando. “¿Casarme en un mes? Papá, ¿de qué coño estás hablando? Eso es una locura”.

“No te adelantes, no solo eso”, continuó, ignorando mi protesta. “Como sé que eres un mierda egoísta que siempre se las arregla para salirse con la suya, voy a hacerte las cosas un poco más fáciles. Si no te casas en un mes, también desheredaré a Joe y a Joker. Todos sufrirán por tu puñetera irresponsabilidad”.

Joe y Joker me miraron con los ojos muy abiertos.

“¡Eso no es justo!”, protestó Joe. “¿Por qué tenemos que pagar nosotros por lo que hizo Dwayne?”.

“Porque ya estoy harto de su jodido comportamiento egoísta”, respondió mi padre. “Quizás esto lo haga reflexionar”.

“Papá, esto es ridículo”, dije, tratando de mantener la calma. “No puedes forzarnos a todos a pagar por un error”.

“¿Ridículo? Ridículo es que a tu edad todavía no hayas aprendido a comportarte como un adulto”. Mi padre estaba definitivamente hablando en serio.

“Mira este anillo”, dijo, levantando el objeto para que todos lo viéramos. “Deberá estar en la mano de tu esposa en un mes o todos vosotros quedaréis fuera de mi testamento y de esta compañía”.

La tensión en la sala era palpable. Mis hermanos me miraban con una mezcla de desesperación y rabia. No sabía cómo salir de esta situación. Traté de apelar a la razón una vez más.

“Papá, necesito tiempo. No puedo simplemente encontrar a alguien y casarme en un mes”.

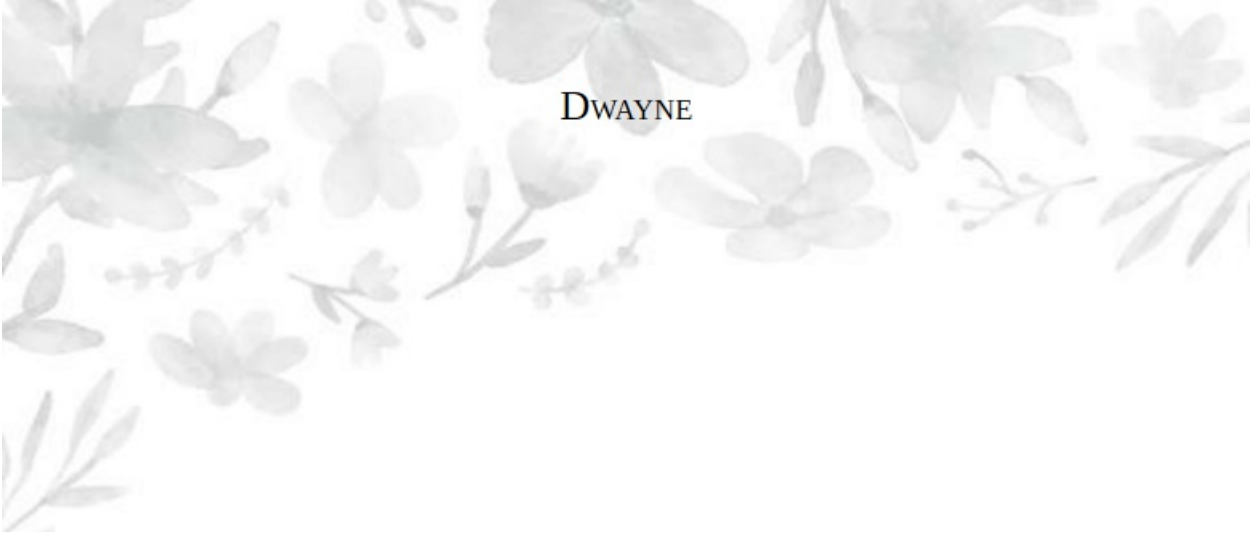
“Entonces haz lo necesario”, respondió fríamente. “Tienes un mes, Dwayne. Un mes”.

Me quedé en silencio, sintiendo el peso de las miradas de mis hermanos. Sabía que estaban tan atrapados como yo en esta situación. Finalmente, me acerqué y tomé el anillo. "Lo haré", dije, aunque en mi interior no tenía idea de cómo iba a cumplir con aquella locura.

Mi padre asintió, satisfecho.

“Bien, espero que lo tomes en serio. Y recuerda que no es solo tu futuro el que está en juego. Y ahora, si no os importa dejarme solo, tengo asuntos que atender”.

Salí del edificio con el anillo en el bolsillo y mi mente trabajando a mil por hora. Tenía un mes para arreglar este desastre y sabía que necesitaría toda la ayuda posible. Menudo marrón.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The word "DWAYNE" is centered within this border.

DWAYNE

SALÍ DEL GARAJE DEL edificio Amato como un demonio. Pisé el acelerador y, al doblar la esquina, casi atropello a tres de mis empleados que caminaban distraídos por la acera.

“¡Hey, jefe!”, me saludaron, sonriendo como si nada.

“¡Iros al carajo, imbéciles!”, grité por la ventana, sin aminorar la velocidad.

En ese momento, mi teléfono sonó. Era mi hermano Joker.

“Dwayne, ¿qué cojones te pasa?”, preguntó en cuanto respondí.

“¿Qué crees que me pasa, Joker? Estoy hasta los huevos de todo”. Apreté los dientes y cambié de carril bruscamente, adelantando a un taxi que iba demasiado lento para mi gusto.

“Tal vez necesites... no sé... ¿una esposa?”. Su tono era una calma irritante.

“Muy gracioso, Joker. ¿Qué pasa, me vas a decir que no estuviste en la reunión con papá? ¡Ya sé que necesito encontrar una esposa por la cuenta que nos trae a los tres! Pero entre tú y yo, preferiría tirarme de un puente”.

“Vamos, Dwayne, imagina lo agradecido que estará papá con su ‘adorable nuera’”, dijo con su maldito sarcasmo, disfrutando claramente de mi sufrimiento.

“Papá puede meter a su ‘nuera’ donde no brilla el sol”, resoplé, recordando la amenaza reciente de nuestro padre. Si no encontraba una esposa en un mes, nos desheredaría a mí y a mis hermanos. Menudo viejo lunático.

“Solo digo que podrías considerar la idea de comprarte una. Te sobra la pasta y seguro que hay más de una desesperada dispuesta a casarse por dinero. Ya sabes, todo por el bien de la familia”.

“Sí, claro, genial idea, Joker. Eres un genio de la resolución de problemas, además de un hijo de puta sarcástico. ¿Has terminado de tocarme los huevos o hay algo más urgente que decirme? Porque, la verdad, tengo mejores cosas que hacer”.

“Eres un puto gruñón, debe ser la edad. Solo pensaba en ayudarte, hermano”. Colgó antes de que pudiera responder.

Solté un gruñido y lancé el teléfono al asiento del copiloto. Unos momentos después, el teléfono volvió a sonar. Pensé que era Joker de nuevo, así que contesté sin mirar.

“¡Qué mierda quieres ahora, Joker!”, espeté.

“Uh... Dwayne, ¿qué mosca te ha picado? Soy Winston, colega”. La voz de mi socio resonó incómoda por el altavoz.

“Joder, Winston. Lo siento, pensé que eras el capullo de mi hermano”.

“Se nota que estás de un humor de mierda. ¿Qué ha pasado?”.

“¿No te has enterado ya de la amenaza de mi padre? ¡Si no consigo una esposa en un mes, nos desheredará a todos!”. Frené en seco en un semáforo en rojo, golpeando el volante con las manos.

“¿Qué?, eso es... una putada monumental”.

“Y para colmo, casi atropello a tres de mis empleados hace cinco minutos. Les dije que se fueran al carajo”, me reí amargamente.

“Suenas a un día típico para ti”, Winston soltó una risita nerviosa. “Bueno, al menos tenemos los planos listos para transformar esa floristería en nuestro soñado club de striptease”.

“Genial, justo lo que necesito escuchar”, puse los ojos en blanco.

“Oye, ¿por qué no le comentas lo de la esposa a Melanie?”, preguntó Winston de repente.

“¿Melanie? ¿Te refieres a la chica con la que me acosté anoche?”. Solté una carcajada.

“Vamos, Winston, fue solo una noche. Ni siquiera estoy seguro de recordar su apellido”.

“Bueno, ¿tienes alguna otra candidata en mente? Porque el reloj está corriendo”.

“Ni idea, Winston”. Suspiré, volviendo a arrancar cuando el semáforo cambió a verde. “Tal vez debería considerar eso de comprar una esposa como sugirió Joker. ¿Qué opinas?”.

“Podría funcionar. Aunque suena un poco... desesperado”.

“Desesperado es poco”, dije, mordiéndome el labio. “No puedo creer que esté considerando esto”.

“Tal vez deberías llamarla y ver qué dice. ¿Qué tienes que perder?”.

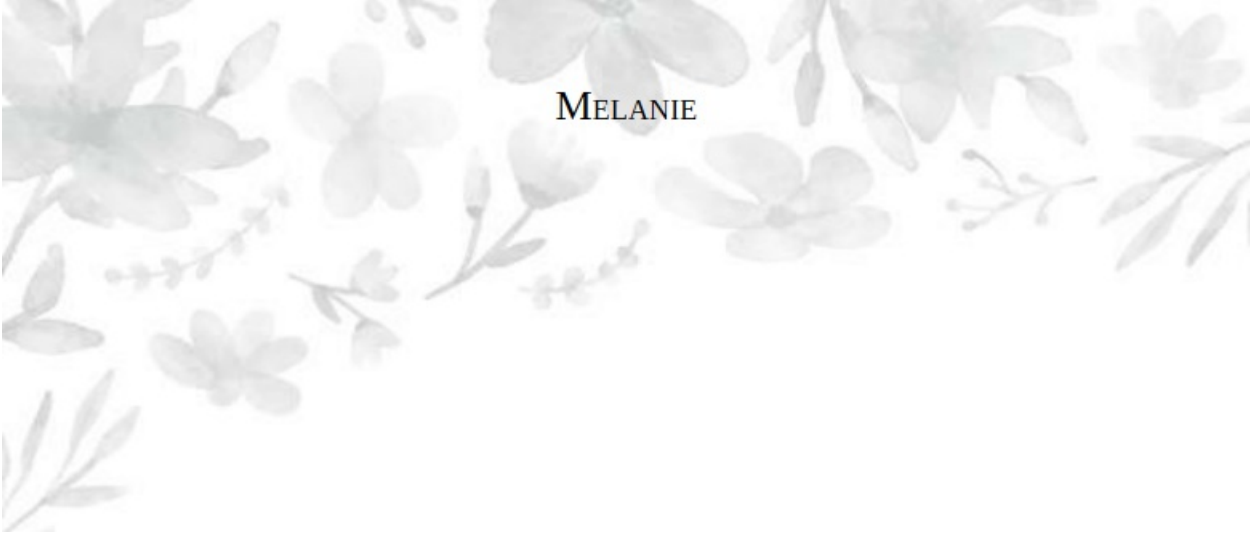
“¿Mi dignidad, por ejemplo?”, le respondí, dándole una palmada al volante. “Aunque imagino que ya está bastante jodida de todos modos”.

“Ese es el espíritu, Dwayne”, se rió. “Por cierto, ¿quieres que me encargue de la floristería esta tarde?”.

“Sí, hazlo. Y asegúrate de que esos propietarios no me causen más problemas. Ya tenemos suficiente con el viejo y sus ridículas demandas”.

“Entendido, jefe”. Winston colgó, dejándome solo con mis pensamientos.

Apreté el acelerador, dejando que el rugido del motor ahogara mis frustraciones. Tal vez Winston tenía razón. Tal vez debía llamar a Melanie y ver qué sucedía. O tal vez, solo tal vez, debería seguir conduciendo hasta el final del mundo y olvidarme de todas estas malditas complicaciones.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'MELANIE' is centered within this decorative area.

MELANIE

NO PODÍA CREER LO que había pasado la noche anterior. Mientras me miraba al espejo, recordé cómo había terminado en la cama con Dwayne Amato, uno de los magnates más poderosos de Nueva York. No era solo millonario; era una leyenda... y yo, Melanie, había estado con él. Decidí que no podía aguantar más y cogí mi smartphone para llamar a Helen.

“¡Helen!”, grité en cuanto contestó. “¡No vas a creer lo que te voy a contar!”.

“Melanie, cariño, ya sé lo que hiciste anoche. ¿De verdad no sabías que te estabas enrollando con Dwayne Amato?”. Helen respondió con ese tono sarcástico que siempre me ponía de los nervios.

“¿Lo sabías?”, pregunté, incrédula.

“Claro que sí, Mel. Todo el mundo conoce a Dwayne Amato. Lo raro es que tú no lo conocieras. Ahora, cuéntamelo todo”.

“Helen, fue surrealista. Estuvimos en la zona VIP y luego en su apartamento. Y, bueno...”, hice una pausa para añadir un toque dramático, “¡me llevó a la cama!”.

“Oh, ¡qué escándalo!”, Helen exclamó con un tono exagerado. “Estoy segura de que sus sábanas de seda fueron lo más impactante, ¿no?”.

“No es solo eso, Helen. ¡El hombre es increíble! Y además...”, murmuré, asegurándome de que nadie más pudiera escuchar, “está buenísimo”.

Helen soltó una carcajada.

“Melanie, creo que me hago una idea, al menos por lo que he visto en las revistas. No es por aguarle la fiesta, pero Dwayne es un playboy conocido. Ni fuiste la primera ni serás la última”.

“¡No seas mala!”, protesté, aunque en el fondo sabía que tenía razón. “De verdad me sentí especial”.

“Vale, vale, seguro que él pensó que fuiste realmente especial. ¿Qué más? ¿Algún detalle jugoso?”.

“Bueno, después de... ya sabes”, dije sonrojándome, “se fue a dormir al sofá”.

“¿En serio?”, Helen dejó de sonar sarcástica por un momento. “Eso sí que es interesante. Tal vez fuera una muestra de respeto”.

“Pues no sé qué pensar”, admití. “Cuando me fui, me dijo algo así como ‘Nos vemos’. ¿Y si solo soy un número más en su lista?”.

“Mel, no hay nada de malo en ser un número en la lista de un multimillonario. Al menos es un número muy bien pagado”, dijo Helen riendo.

“¡Helen!”, exclamé indignada, pero con una sonrisa en los labios.

“Vale, tengo una idea”, dijo Helen, mostrando un tono más serio. “Voy a pasar por Starbucks, te traigo un café y lo hablamos cara a cara. Esto necesita más que una simple llamada telefónica”.

“Perfecto, necesito un buen café para procesar todo esto”, dije suspirando.

“Nos vemos en veinte minutos... y por favor relájate. Es solo un tipo con mucho dinero y, aparentemente, buen gusto en mujeres”.

Colgué el teléfono y me desplomé en el sofá, aún aturdida por los eventos de la noche anterior. Tal vez Helen tenía razón; necesitaba relajarme y disfrutar del momento.

Justo cuando acababa de dejar el móvil sobre la mesa, el teléfono volvió a sonar. Miré la pantalla: ‘Mamá’.

“¿Hola?”, respondí.

“¡¿Qué demonios has hecho, Melanie?!”, la voz de mi madre retumbaba como si estuviera usando un megáfono.

“¿Qué? ¿Qué pasa?”.

“¡He visto la foto!”, vociferó. “¡Tú y Dwayne Amato, besándoos en la gala del Wellington!”.

Mi estómago se encogió. Sabía que esa foto iba a ser un problema, pero no imaginé que fuera a escalar tan rápido.

“Mamá, puedo explicarlo...”.

“¡Explícalo rápido!”, interrumpió ella, sin darme tregua. “Porque si no me equivoco, ese es el malnacido que no quiere renovarnos el contrato de alquiler de la floristería. ¡El mismo gánster que quiere dejarnos en la calle!”.

“¿Qué?”, me dejé caer en el sofá, aturdida. “Mamá, no sabía que...”.

“¡Por supuesto que no sabías, Melanie!”, me espetó. “¡Pero podrías haber investigado un poco antes de meterle la lengua en la boca!”.

“Mamá, fue una noche loca, no significa nada...”.

“¡No significa nada para ti, pero para nosotros significa perder el negocio familiar! ¿De todos los hombres en el mundo, Melanie, tenías que liarte con él?!”.

Suspiré profundamente, tratando de encontrar las palabras correctas, pero todo lo que conseguí fue un largo silencio incómodo.

“Mamá, lo siento, de verdad. No sabía quién era, simplemente pasó...”.

“Pues más te vale deshacer lo que ‘simplemente pasó’, porque si no, este mes será el último que trabajemos en la floristería. ¡Haz algo, Melanie!”.

“Está bien, mamá, haré algo. Te prometo que lo arreglaré”.

“Más te vale, jovencita”. Colgó de golpe, dejándome con el pitido del teléfono en el oído.

Apenas había dejado el móvil sobre la mesa cuando el timbre de la puerta sonó. Abrí y allí estaba Helen, con dos cafés de Starbucks y una sonrisa despreocupada.

“¡Buenos días otra vez!”, dijo alegremente, pero su sonrisa se desvaneció al ver mi cara. “¿Qué pasa, me he perdido algo por el camino?”.

“Oh, nada, solo que mi madre acaba de llamarme para decirme que el tipo con el que me acosté anoche es el mismo que quiere echarnos de la floristería. Ya sabes, solo un pequeño detalle”.

Helen dejó los cafés en la mesa y se sentó a mi lado.

“¿Estás hablando en serio?”, me miró con los ojos muy abiertos. “¿Dwayne Amato es el tipo que quiere tirar a tu familia a la calle?”.

“Sí, ese mismo”, dije, cubriéndome la cara con las manos. “¿Cómo pude ser tan idiota?”.

Helen estalló en carcajadas.

“Melanie, tú no tenías ni puñetera idea de quién era aquel tipo, y mucho menos de que era el capullo que estaba detrás de la evicción de tu familia. Venga, no te tortures, tómatelo con un poco de humor”.

“No tiene gracia, Helen. Mi familia podría perder la floristería por mi culpa”.

Helen dejó de reír y me miró con seriedad.

“Ok, tienes razón. Esto es grave. Pero, ¿qué vas a hacer al respecto?”.

“No lo sé”, dije frustrada. “¿Qué puedo hacer? No puedo ir y decirle: ‘Oye, Dwayne, ¿podrías no echar a mi familia de su floristería? Ah, y, por cierto, gracias por el increíble polvo de anoche’, ¿no crees?”.

“Bueno, podrías intentar hablar con él. Quizás haya una forma de razonar con él”, sugirió Helen.

“¿Razonar con un millonario que se dedica a echar a la gente de sus negocios?”, respondí con sarcasmo. “Claro, eso suena totalmente factible”.

Helen se encogió de hombros.

“Mira, Helen”, respondí. “Vamos a dejarlo por el momento. He pasado del cielo al infierno en medio segundo. Hablemos de otra cosa, si no te importa”.

“No te preocupes, Mel”, me consoló Helen de manera maternal. “Todo se arreglará. Ya lo verás”.

“Ojalá tengas razón”, asentí, completamente abrumada. “Menuda cagada”.



¡MIERDA! DE REPENTE, UN perro decidió que era un buen momento para cruzar la calle.

“¡Joder, tío!”, grité, pisando el freno con fuerza.

El coche se detuvo con un chirrido ensordecedor. El perro, ajeno a nuestra casi tragedia, siguió su camino sin inmutarse. Pero el taxista al lado no parecía tan indiferente. Bajó la ventanilla y, con una expresión que parecía sacada de una película de mafiosos de los años 80, me lanzó un grito.

“¡Rico, hijo de puta! ¿No sabes conducir, cabrón?”.

“¿Qué has dicho, capullo?”, respondí, sintiendo cómo la ira se encendía en mi interior.

“Déjalo, tío, no vale la pena”, me repetí a mí mismo como un mantra.

Pero no podía dejarlo pasar. Iba a bajarme del coche y darle una lección a ese imbécil cuando algo llamó mi atención en el asiento del copiloto: un papel arrugado. Lo desdoblé rápidamente y ahí estaba, la dirección de Melanie.

Una risa escapó de mis labios. Tal vez la solución a mis problemas estaba en esa dirección.

“¿De qué te ríes, loco?”, me preguntó el taxista desde su coche.

“Nada que te importe, capullo”, le respondí sin siquiera mirarlo.

El hecho de casi atropellar a un perro y pelearme con un taxista parecía haberme aclarado las ideas. Encendí el coche, ignorando los insultos del taxista que seguían volando en mi dirección.

¿Y qué iba a hacer exactamente? ¿Ofrecerle dinero a Melanie para que se casara conmigo?

Precisamente eso. Melanie parecía una chica práctica. Tal vez si le ofrecía la cantidad correcta, aceptaría.

“Joker, eres un puto genio”, pensé para mis adentros, entre risas. O un puto loco. No sabía cuál de los dos. Probablemente ambos, concluí con una sonrisa.

Se me dibujó una sonrisa en los labios. El puto taxista tenía razón. Era rico, asquerosamente rico. Estaba seguro de que podría encontrar la solución a mis problemas con la ayuda de un pequeño pastizal.

Introduje la dirección de Melanie en el navegador, preguntándome si mi padre, más astuto que un zorro, podría haber contemplado esta solución. Algo me decía que no, pero con él uno no podía estar nunca totalmente seguro. Era un hombre que se había hecho a sí mismo, impredecible.

El navegador me indicaba que llegaría a mi destino en unos veinte minutos. Traté de cerrar la capota del Porsche, pero se negó a cooperar. Todo me daba igual. Lo único que ocupaba mi mente era aquella jovencita tímida que había despertado desubicada en mi apartamento aquella mañana. Seguro que unos cuantos millones de dólares serían suficientes para que aceptara hacer el paripé y ganarse un buen Oscar a la mejor actriz de reparto.

El navegador me llevó a un barrio que nunca hubiera pisado por mi cuenta. Los edificios parecían sacados de una película de terror de bajo presupuesto, y el olor a basura flotaba en el aire.

Me acerqué al bloque de apartamentos cuyo número figuraba en el papel arrugado que Melanie había escrito con su delicada letra cuando me pidió un taxi. Justo cuando me disponía a entrar, un tipo pequeño, vestido con zapatillas de baloncesto, medallones, gorra y toda la parafernalia rapera, se cruzó en mi camino.

“¿Qué pasa, tío?”, me saludó con un gesto desafiante.

Suspiré. Esto iba a ser más complicado de lo que pensaba.

“Busco a Melanie”, dije intentando sonar amistoso.

Él soltó una risa burlona. “¿La morenita buenorra? Vaya, vaya... Esa tía está de escándalo, bro. ¿Qué te traes con ella?”. Apreté los dientes.

“No me interesa tu opinión sobre ella. Solo quiero saber dónde vive. ¿Me lo puedes decir o no?”.

El chico me miró de arriba abajo, evaluando mi traje caro y mi actitud de pez fuera del agua.

“Tú debes de ser uno de esos pijos con pasta, ¿eh? Bueno, bien por ti, tío. Te puedo dar la información que necesitas, pero comprenderás que tengo una familia que mantener y necesito ganarme la vida, así que la broma te va a costar 20 pavos”.

El enano cabrón tenía su gracia, así que saqué un billete de 50 dólares de la cartera y se lo entregué, no sin antes decirle:

“Vaya, vaya. Debes tener una polla enorme si con 14 años ya tienes una familia numerosa. No quiero imaginar lo que harás si llegas a los 30, aunque con el estilo de vida que llevas, no estoy

seguro de que lo consigas, campeón”.

“Jajajaja”, se rió el crío mientras me arrebatava el billete. “Me caes bien, viejo. Eres un tío vacilón. Melanie vive en el 4B. Sube por ahí y suerte, bro”.

“Gracias, *Tupac*”, gruñí, ignorando su tono condescendiente.

Subí las escaleras de dos en dos, maldiciendo mi suerte. ¿Cómo había terminado en esta situación? Me planté frente a la puerta del 4B, la misma que me había indicado el pequeño padre de familia.

“Vamos, Dwayne, no puede ser tan malo”, me dije a mí mismo, mientras me rascaba la cabeza y miraba el papelito con su dirección una vez más. Finalmente, respiré hondo y toqué el timbre.

En menos de cinco segundos, la puerta se abrió y Helen, la amiga de Melanie, apareció frente a mí.

“¡Dwayne!”, exclamó Helen con sorpresa. “¿Qué haces aquí?”.

Antes de que pudiera responder, escuché la voz de Melanie desde el interior del apartamento.

“¿Quién es, Helen?”.

Helen me miró con una mezcla de diversión y preocupación.

“Es Dwayne”, dijo, girándose ligeramente para mirar hacia adentro.

Melanie apareció en la puerta envuelta en una bata de baño blanca, su cabello mojado cayendo en rizos desordenados sobre sus hombros. Al verme, su rostro se puso tan blanco como la bata que llevaba.

“¿Qué estás haciendo aquí, Dwayne?”, preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho con una expresión tensa.

“¿Te importa si entro un momento?”, pregunté. Melanie me lanzó una mirada inquisitiva y, después de un breve momento de silencio, se envolvió aún más en su albornoz. Era un lenguaje corporal claro: no era bienvenido.

“La verdad es que preferiría que no”, respondió finalmente en un tono apenas audible.

“Melanie, entiendo perfectamente que esto te incomode. Pero no estaría aquí si no necesitara hablar contigo sobre algo muy importante”, comencé, percibiendo su incomodidad. Decidí ir al grano sin rodeos.

“¿Qué quieres?”, preguntó con tono arisco y sus mejillas sonrojadas.

“Necesito hablar contigo, Melanie”, dije, intentando mantener la calma. “Es algo importante”.

Melanie suspiró poniendo los ojos en blanco.

“¿En serio? ¿Qué demonios quieres de mí?”.

Helen, que observaba con una mezcla de curiosidad y diversión, parecía estar disfrutando del espectáculo como si fuera una película.

“Lo de la foto fue un malentendido”, dije rápidamente, levantando las manos en señal de rendición. “No quería que saliera en la prensa, de verdad”.

“Oh, claro”, bufó Melanie. “¿Y cómo explicas que nuestra foto haya terminado en el *Daily News*? La verdad es que no debería sorprenderme en absoluto. Cada vez que veo una revista del corazón, ahí estás tú, posando con alguna furcia de alto *standing*”.

“*Touché*”, admití, vencido. “Pero te juro que esta vez fue un malentendido. El guardia de seguridad no revisó bien a ese tipo de Malone. Melanie, sé que estás cabreada y te entiendo, pero necesito que me escuches”.

Ella negó con la cabeza, y su cabello mojado salpicó gotas de agua en todas direcciones.

“No quiero hablar contigo, Dwayne. Lárgate, por favor”.

Helen arqueó una ceja, claramente disfrutando de la tensión. Decidí que era momento de ser directo.

“De acuerdo, Melanie”, respondí, preparándome para lo que tenía que decir. “Necesito que te cases conmigo”.

El silencio se hizo absoluto. El reloj en la pared del pasillo parecía resonar con cada tic-tac, amplificando la tensión. Melanie me miró como si acabara de anunciar que quería convertirme en astronauta.

“¿Qué has dicho?”, preguntó lentamente, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

“Exactamente lo que has escuchado. Quiero que te cases conmigo”.

Helen soltó una carcajada que resonó en todo el apartamento, mientras Melanie se quedó paralizada por la sorpresa.

“No juegues conmigo, Dwayne”, dijo finalmente, su voz temblando entre ira y confusión.

“No estoy jugando”, aseguré, dando un paso hacia ella. “No es lo que parece. Escucha, esto es un contrato. Necesito que finjas ser mi esposa por unos meses, un año como máximo. Solo hasta que se calmen las aguas”.

Melanie parpadeó varias veces, intentando procesar lo que acababa de decir.

“¿Qué clase de broma es esta?”, quiso saber finalmente, su tono era gélido y desconfiado.

“No es una broma”, respondí, sacando un documento arrugado del bolsillo. “Aquí tienes. Es un acuerdo con una compensación bastante alta”.

Melanie tomó el papel, mirándolo con incredulidad.

“¿Cuatro millones de dólares?”, dijo, como si las palabras le resultaran venenosas.

“Sí, cuatro millones. Solo tienes que hacerte pasar por mi esposa durante unos meses. Nada más”.

Ella me miró como si acabara de perder el juicio.

“Esto es una locura, Dwayne. ¿Qué te hace pensar que aceptaría algo así?”.

“Sé que suena absurdo, pero necesito tu ayuda. Solo piénsalo, ¿vale?”. le pedí, sacando un anillo de mi bolsillo. “Este anillo era de mi padre”.

Helen dejó de reír y nos observó con una mezcla de curiosidad y compasión.

“Dwayne, esto es... es demasiado”, dijo Melanie, con su voz suavizándose ligeramente.

“Solo piensa en ello”, insistí, anotando mi número de teléfono y la oferta en un papel antes de entregárselo. “Tienes un par de días para decidir. Dame una respuesta, por favor”.

Melanie tomó el papel y el anillo con manos temblorosas. Se quedó en la puerta, mirándome con una mezcla de sorpresa y algo más que no pude identificar. Sin decir nada más, me di la vuelta y me dirigí hacia la destartada puerta, sintiendo su mirada fija en mi espalda.

“Nos vemos, Helen”, murmuré antes de desaparecer por el pasillo.

Mientras bajaba las escaleras, no pude evitar preguntarme si acababa de arruinar la única oportunidad que tenía de enmendar las cosas. Pero no había vuelta atrás. Había plantado la semilla, ahora solo quedaba esperar a ver si germinaba.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'MELANIE' is centered within this decorative area.

MELANIE

TODAVÍA ESTABA DIGIRIENDO LAS últimas palabras de Dwayne cuando la puerta se cerró detrás de él. Me giré para encontrar a Helen sentada en el sofá de mi apartamento, con una expresión de incredulidad y diversión.

“¿Te das cuenta de lo que acaba de pasar?”, pregunté, tratando de procesar la situación mientras abría la bolsa de *bagels*.

“Sí, Melanie. El tipo más atractivo de la ciudad acaba de ofrecerte un contrato matrimonial temporal. Esto es material de telenovela, amiga”, dijo Helen, tomando un *bagel* y masticando con entusiasmo.

“¿Atractivo?”, bufé. “¡Está loco! ¿No me has escuchado bien? ¡Quiere comprarme como esposa por unos meses! ¿Dónde estamos, en la Edad Media?”.

“Bueno, técnicamente... no es exactamente comprar. Más bien es como... alquilar”. Helen sonrió con picardía, disfrutando de su propio chiste.

“¡Ah, claro! Eso lo hace mucho mejor”, respondí sarcásticamente mientras untaba crema de queso en mi *bagel*. “Hola, soy Melanie. ¿Quieres alquilarme como esposa? ¿Por qué no? Total, el amor está sobrevalorado. Por el amor de Dios, Helen, esta propuesta tiene un sinónimo muy claro: puta”.

“Mel, tranquila. Eres una exagerada. Piénsalo”, dijo Helen, dejando su *bagel* y mirándome con seriedad. “Es un trato de negocios. Dwayne necesita una esposa por alguna razón loca de millonarios, y tú necesitas dinero para salvar la floristería de tus padres. Es una situación en la que todos salen ganando”.

“Sí, claro, porque casarme por dinero es justo lo que siempre soñé cuando era niña”, respondí, mi voz impregnada de sarcasmo. “Mamá, papá, algún día un hombre muy rico me alquilará como su esposa falsa y seremos felices para siempre”.

Helen soltó una carcajada, casi escupiendo el café.

“¿Ves? ¡Ya le encuentras el lado divertido! Además, ¿quién sabe? Quizá terminas enamorándote de él. O al menos tendrás algunas buenas anécdotas para contarles a tus nietos”.

“¡Ni siquiera me gustan los niños!”, protesté. “Además, no estamos en una comedia romántica de *Netflix*”.

“Lo parece, Melanie, lo parece”, dijo Helen, mirándome fijamente. “Y mira, seamos serias por un segundo”, añadió con voz grave. “Tus padres están a punto de perder la floristería. Si este acuerdo puede salvar su negocio, ¿no vale la pena considerarlo? Al menos, deberías pensarlo”.

Me quedé en silencio, mirando mi *bagel* medio mordido. Helen tenía razón. Mis padres estaban desesperados, y yo no tenía otra forma de ayudarlos.

“No puedo creer que esté considerando esto”, murmuré.

“Bueno, si te sirve de consuelo, yo tampoco puedo creer que estés considerando esto”, dijo Helen riéndose. “Pero me alegra que lo estés haciendo; y si decides hacerlo, al menos disfrutarás de un poco de merecido glamour y lujo, ¿no?”.

“Sí, porque es más *glamouroso* como ser una esposa de alquiler”, repliqué.

“Exactamente. Y piensa en todas las miradas de envidia que vas a provocar”, respondió Helen, levantando su taza de café en un brindis irónico.

“A tu salud”, dije, levantando mi taza también.

Ambas reímos y brindamos con nuestras tazas de café. La situación era surrealista, pero, de alguna manera, con Helen a mi lado, sentía que podía enfrentar cualquier locura que se me presentara.

“¿Sabes qué?”, respondí finalmente. “Tal vez hable con Dwayne de nuevo. Solo para aclarar algunos detalles”.

“¡Esa es mi chica!”, exclamó Helen, sonriendo de oreja a oreja. “Y mientras tanto, podemos disfrutar de estos *bagels* como si fueran los últimos de nuestra vida de solteras libres y sin compromisos”.

“Sí, la verdad que un buen *bagel* con café define perfectamente lo que es la vida de soltera”, respondí riendo.

“Creo que esta conversación va a requerir más de ambos”, dijo Helen con tono paternalista.

“Salgo un momento y vuelvo enseguida”.

Helen salió del apartamento dejándome a solas con un torrente de pensamientos difíciles de ordenar. Algo me decía que este viaje estaría lleno de baches y que tendría que prepararme para cualquier eventualidad. “Poco a poco, Melanie”, me repetía como un mantra. “Pasito a pasito”.



LA LUZ DEL SOL se filtraba a través de los ventanales de mi oficina, iluminando los muebles de madera oscura y el suelo de mármol pulido. Me acomodé en mi silla de cuero negro, contemplando los rascacielos de Nueva York. Mi secretaria, Mónica, permanecía de pie frente a mi escritorio, sosteniendo una carpeta y mirándome con una mezcla de escepticismo y curiosidad.

“Entonces, Dwayne”, dijo Mónica, arqueando una ceja. “¿Quieres que me case contigo de forma falsa durante un año, por 500.000 dólares?”.

Asentí, intentando mantener una actitud casual.

“Exacto. Solo un año. 500.000 dólares. Eso es todo. Transferiré el dinero a tu cuenta en cuanto firmemos el contrato”.

Mónica se cruzó de brazos, su mirada fija en mí.

“¿Y por qué exactamente debería hacer esto?”. Suspiré y me recosté en mi silla.

“Es una larga historia, pero básicamente, si no me caso en el próximo mes, mi padre nos desheredará a mis hermanos y a mí. Y no puedo permitir que eso suceda”.

“Ah, claro, el viejo truco del matrimonio falso para evitar la desheredación. Un clásico”, respondió Mónica con una sonrisa.

Antes de que pudiera replicar, la puerta de la oficina se abrió de golpe, y mis hermanos Joe y Joker entraron con la urgencia de una tormenta.

“¡Dwayne!”, gritó Joe, su voz resonando más alto de lo necesario. “Esto no puede esperar”.

Joker, con una expresión preocupada, se apoyó en el marco de la puerta.

“Necesitamos hablar ahora mismo”.

“Mónica, no te vayas demasiado lejos, aún necesitamos discutir algunos detalles”, le dije a mi secretaria.

Mónica asintió y salió de la oficina, cerrando la puerta tras ella. Me volví hacia mis hermanos, quienes se habían instalado frente a mi escritorio.

“¿Qué demonios pasa ahora?”, pregunté, anticipando la respuesta.

“¿Cómo diablos piensas encontrar una esposa en un mes?”, dijo Joe, golpeando la mesa con el puño. Joker asintió.

“Papá habló totalmente serio. Si no te casas, estamos en problemas. Sin dinero, sin herencia, sin nada”.

Suspiré y me pasé una mano por el cabello.

“Estoy haciendo todo lo que puedo, ¿vale? De hecho, tengo un par de opciones en mente”.

Joe arqueó una ceja.

“¿Opciones? ¿Qué opciones?”.

Antes de que pudiera responder, el teléfono en mi escritorio sonó. Levanté la mano para que mis hermanos guardaran silencio y contesté.

“¿Diga?”, la voz de Melanie resonó al otro lado de la línea. “Dwayne, he estado pensando en tu propuesta”.

“Ah, Melanie. Me alegra que hayas llamado. ¿Qué has decidido?”.

“Estoy dispuesta a considerarlo, pero tengo algunas condiciones”.

“Adelante, te escucho”.

“Quiero un adelanto de 2 millones de dólares y que la prensa se mantenga completamente alejada de esto. No quiero que mi imagen se vea afectada, quiero discreción absoluta”. Asentí, aunque ella no pudiera verme.

“Entendido. Podemos discutir todos los detalles cenando esta noche. Te aseguro que no habrá ningún problema”.

“Muy bien. ¿Nos vemos a las ocho?”.

“Me parece perfecto”, respondí con entusiasmo. “Pasaré a recogerte”. Colgué el teléfono y me volví hacia mis hermanos, sonriendo de oreja a oreja.

“Bueno, chicos, parece que he encontrado una solución”.

Joe frunció el ceño.

“¿Solución? ¿Qué solución?”.

“Melanie ha aceptado mi propuesta de matrimonio falso por un año. Solo tenemos que discutir algunos detalles esta noche”.

Joker se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

“¿Melanie? ¿En serio? ¿La misma con la que te liaste en la gala del Wellington?”.

“La misma”, confirmé, sin perder la sonrisa.

“Tienes huevos, Dwayne. No puedo creer que estés considerando esa estúpida idea”, dijo Joe, sacudiendo la cabeza en señal de incredulidad. “¿Y qué pasa con Mónica? ¿Qué estabas discutiendo con ella antes de que llegáramos?”.

“Mónica es mi plan B, pero con suerte no lo necesitaremos. Melanie parece interesada”. Joker suspiró.

“Espero que sepas lo que estás haciendo, hermano. Papá no se anda con rodeos cuando se trata de la herencia”. Me incliné hacia adelante, mirándolos fijamente.

“Confiad en mí. Tengo esto bajo control”. Joe se recostó en su silla, cruzando los brazos.

“Espero que tengas razón Dwayne. Porque si no, vamos a estar viviendo en la calle”.

En ese momento la puerta se abrió de nuevo y Mónica asomó la cabeza.

“¿Ya puedo volver?”.

“Sí, Mónica. Entra”.

Mónica entró cerrando la puerta detrás de ella y se dirigió a mi escritorio moviendo el culo como solo ella sabía hacerlo.

“Entonces ¿dónde estábamos?”, pregunté, tratando de retomar la conversación donde la habíamos dejado.

“Estábamos en que me estabas proponiendo un matrimonio falso por 500.000 dólares”, dijo Mónica sonriendo.

“Exactamente. ¿Lo has pensado?”, respondí.

“Claro, lo he pensado. Y tengo una condición”.

“¿Una condición?”, pregunté, arqueando una ceja.

“Quiero que me pagues 2 millones de dólares por adelantado. No voy a arriesgarme sin tener algo de seguridad”.

“Vaya”, respondí, algo sorprendido. “Creo que te has venido un poco arriba, Mónica. Mucho me temo que voy a tener que reformular la oferta”.

“Creía que estabas desesperado, dijo Mónica, mirándome fijamente. Joe se rió, golpeando la mesa con satisfacción.

“Me gusta esta chica, Dwayne. Tiene agallas”, dijo Joe, con una sonrisa de aprobación.

Joker asintió, sonriendo también.

“Sí, definitivamente tiene agallas”.

“Entonces, ¿tenemos un trato?”, preguntó Mónica, extendiendo la mano.

Empecé a pensar en los riesgos y me di cuenta de que esto podría descontrolarse rápidamente. Decidí abortar la oferta en el acto.

“Mira, Mónica”, comencé con firmeza, “aprecio tu iniciativa, pero creo que voy a tener que pensármelo”. Concluí con un tono resuelto.

A Mónica no le gustó nada mi respuesta. “Todos los niños pijos de Manhattan sois iguales”, escupió.

“Venga, Mónica, relájate”, le dije con tono conciliador. “Al fin y al cabo, tú ya estás comprometida, ¿no?”, le pregunté señalando el anillo de compromiso con el que siempre se pavoneaba.

“Eres un capullo, Dwayne. Pero bueno, estoy acostumbrada a tratar con capullos, y no tengo ninguna prisa”. Con esas palabras, giró sobre sus tacones y se dirigió a la puerta, moviendo el trasero con tal exceso de teatralidad que hizo reír a mis hermanos.

Cuando Mónica salió de la oficina, mis hermanos volvieron su atención hacia mí.

“¿Estás seguro de todo esto, Dwayne?”, quiso saber Joe, con una expresión grave.

“Sí, estoy seguro. Todo saldrá bien”.

“Por tu bien, espero que sí”, dijo Joker dejando entrever la preocupación en la voz.

“Vamos, chicos, relajaos un poco. Esta noche cenaré con Melanie y discutiremos los detalles. Si todo va como planeo, tendremos un contrato firmado y no tendremos que preocuparnos por la herencia”.

Joe y Joker intercambiaron miradas antes de asentir lentamente.

“Está bien. Te daremos el beneficio de la duda. Pero no te equivoques, Dwayne. Si esto sale mal, estaremos realmente jodidos”.

“Lo sé, Joe. Lo sé”.

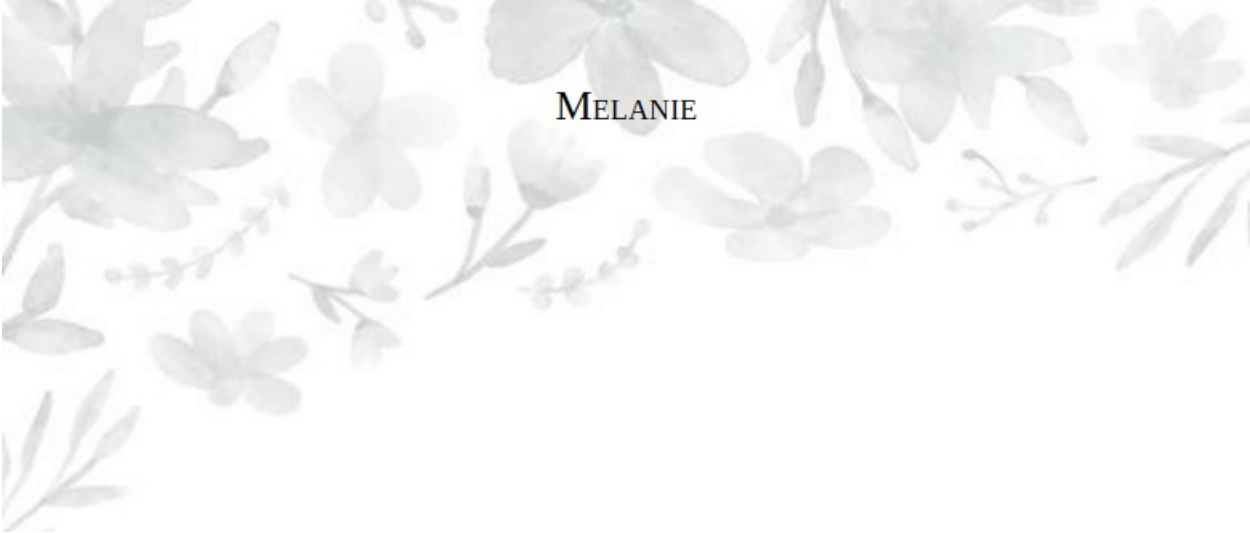
Mis hermanos se levantaron y salieron de la oficina, dejándome solo. Me recosté en mi silla, mirando al techo y respirando profundamente. Tenía que salir bien. No había alternativa.

Era consciente de que estaba metido en un lío monumental, pero no tenía otra opción. Papá había dejado claro que necesitaba una esposa antes de un mes, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para cumplir con esa exigencia. Incluso si eso significaba casarme falsamente con una chica que acababa de conocer, o con mi propia secretaria.

La cena con Melanie esa noche sería crucial. Necesitaba asegurarme que aceptara todas mis condiciones y firmara el contrato lo antes posible. No podía permitirme ningún error. Si todo salía según lo planeado, mi padre no tendría más remedio que aceptar mi matrimonio y mantener a mis hermanos y a mí en su testamento.

Miré el reloj. Aún faltaban unas horas para la cena. Decidí aprovechar ese tiempo para preparar todos los documentos necesarios y asegurarme de que todo estuviera en orden. Llamé a mi abogado y le pedí que preparara el contrato matrimonial falso con todas las condiciones que Melanie había solicitado.

Después de colgar, me sentí un poco más aliviado. Todo estaba en marcha y, con un poco de suerte, todo saldría como planeado. Tenía a Melanie como primera opción y a Mónica como plan B. No podía permitir que nada fallara.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'MELANIE' is centered within this floral area.

MELANIE

CUANDO TERMINÓ LA LLAMADA, exhalé aliviada, y una sonrisa se dibujó en mis labios, algo que no había experimentado en toda la semana. Dwayne no mostró resistencia al escuchar mis condiciones, las cuales había anotado cuidadosamente en una hoja de papel que ahora guardaba en el bolsillo de mi pantalón.

Me alegró ver que mantenía un tono sereno y que estaba dispuesto a discutir los detalles. Sin embargo, hacer todo esto durante una cena era sorprendente, y la palabra que mejor describía mi estado era ‘atónita’. Recordé nuestro encuentro en la gala del Wellington y lo que sucedió después. Mi cuerpo se estremecía al recordarlo, y una oleada de calor me recorría las partes más sensibles.

¿Qué era lo que realmente quería? Aparté esos pensamientos confusos, consciente de que ni yo misma tenía respuestas claras. En lugar de eso, me recordé la conversación con Helen la noche anterior y acepté sin más. Si no lo hiciera, me volvería loca.

La semana pasada había sido un desastre. Fracasé estrepitosamente en dos entrevistas de trabajo: llegué una hora tarde a una, y en la otra, tuve un bloqueo total sobre la empresa. El encargado de Recursos Humanos me miró con lástima y, poco después, concluyó la entrevista con un ‘le mantendremos en contacto’, que sabía que era un eufemismo para ‘no volverás a saber de nosotros’.

“Disculpe, solo una pregunta, por curiosidad. Me parece que su cara me resulta familiar”, había dicho el encargado mientras se disponía a cerrar la puerta. “¿Es usted la mujer del señor Amato que salió en la prensa recientemente?”. Asentí con una mueca de resignación y observé cómo el hombre se reía sarcásticamente mientras salía.

Mi cabeza daba vueltas, intentando desviar el torrente de pensamientos intrusivos. Estaba al borde de quedarme sin excusas. El último obstáculo era enfrentar a mi madre y cómo

reaccionaría. Sin embargo, me comprometí a que no se enteraría. Si pagaba al abogado, estaba segura de que se sentiría orgullosa de su hija, así que la oferta parecía cada vez más tentadora.

Hacía dos días que había empezado a redactar una lista de las condiciones que pondría para la cena de esa noche. Miré el reloj en la cocina y vi que tenía unas cuatro horas antes de que viniera a recogerme. Una mezcla de nerviosismo y anticipación se apoderó de mí, y una sonrisa se dibujó en mi rostro. ¿Cómo era posible? ¿Realmente estaba esperando con ansias pasar más tiempo con Dwayne?

Pensé en qué ropa ponerme y me pregunté si a Dwayne le gustaría más un vestido rojo o uno negro. ¡Tranquila, Melanie! Si realmente quería seguir adelante con esto, tenía que aprender a controlar mis emociones. ¡No olvides por qué estás aquí!

Finalmente, me armé de valor y llamé a mi madre. Contestó después de un breve timbrado.

“¿Melanie?”, preguntó con voz fría, aún afectada por la portada del *Daily News* de la semana pasada. Desde entonces solo habíamos intercambiado unos mensajes de texto, así que fui directa al grano.

“Hola, mamá. Quería decirte que pronto podré ayudarte económicamente. Ya puedes buscar un abogado; yo cubriré los gastos”, comencé.

“¿Hablas en serio, Melanie? ¿Sabes quién es nuestro casero?”, preguntó molesta.

“Lo sé, mamá. Y está bien”, respondí, esperando que se diera por satisfecha.

“¿De dónde has sacado el dinero?”, inquirió, esta vez con más interés.

“Tuve suerte en la lotería y el dinero llegará pronto”, inventé rápidamente, sintiéndome culpable por no decirle la verdad. Si le contaba, nunca aceptaría el dinero y perderían el negocio. Así que intenté justificarme pensando que era por su bien.

“¡Qué bien! Enhorabuena, Melanie. ¿Por qué no vienes a celebrarlo con nosotros?”, sugirió mi madre, más animada.

“No puedo. Tengo una cita esta noche”, le expliqué.

“¿Una cita?”, indagó con curiosidad.

“Sí”, afirmé, sintiendo cómo me sonrojaba.

“Me alegra, cariño. Te mereces algo mejor que ese señor Amato. ¿Nos vemos otro día?”.

“Claro, mamá”, respondí, sintiéndome aún peor.

“Bien, entonces llamaré al abogado. Hasta pronto, cariño, y diviértete esta noche”, dijo antes de despedirse.

Colgué y sentí remordimientos nuevamente. ¿Era correcto ocultarle esto? Ella siempre había sido honesta conmigo y me había ayudado en todo. Decidí que eventualmente se lo contaría. Se lo

merecía. Pero por ahora, me lo guardaría para mí.

En ese momento, sonó el timbre de mi apartamento. Helen apareció en mi apartamento con una bolsa llena de *bagels* y dos enormes vasos de café.

Desde la puerta, ya podía oler el aroma de los *bagels* recién horneados. Ella me miró, frunciendo el ceño, y dejó todo en la mesa de la cocina.

“Vaya cara traes, querida”, dijo, acercándose una taza de café.

Suspiré y me dejé caer en la silla, rodeando el vaso con ambas manos como si fuera un salvavidas.

“Acabo de hablar con mi madre”, dije tratando de no sonar derrotada. “Me siento como una mierda monumental”.

Helen arqueó una ceja mientras mordía un trozo de *bagel*.

“¿Otra vez con el tema de la boda fraudulenta con el tipo que quiere echar a tus padres de la floristería?”.

Asentí, casi al borde de las lágrimas.

“Sí. No sé cómo voy a salir de esta. Mis padres están tan ilusionados con la floristería y yo... solo estoy metiéndome en más problemas”.

Helen resopló y rodó los ojos, como si todo el asunto fuera una broma cósmica.

“Vamos, ánimate. Esto es lo mejor que te podría haber pasado. Piensa en ello como una solución temporal a todos tus problemas. Qué es un año, ¿eh?”.

Tomé un sorbo de café, buscando algo de consuelo en el calor del líquido.

“Un año en el infierno, eso es lo que es. Y, además, el tipo puede ser guapísimo e inmensamente rico, pero también es un gilipollas de primera”, concluí.

Helen se rió, casi escupiendo el *bagel*.

“¡Vamos! Ni estando en una telenovela mexicana te iría tan bien. Guapísimo, rico, y, por si fuera poco, parece estar loco por ti. ¿Qué más quieres? ¿Un unicornio que cague oro?”.

“Preferiría un unicornio que me saque de este embrollo, gracias”, dije con ironía, retorciéndome el cabello con nerviosismo.

Helen puso los ojos en blanco y me dio una palmadita en la espalda.

“Mira, sé que todo esto parece un desastre, pero en un año estarás libre y probablemente mucho más rica. Además, piensa en todos los regalos caros que te va a comprar mientras tanto”.

Suspiré de nuevo, esta vez con un toque de resignación.

“Sí, porque lo que más necesito ahora son zapatos de diseñador y joyas caras”, respondí. “No sé, Helen, todo esto me parece una locura. ¿Y si no puedo seguir adelante con esto? ¿Y si me

descubren?”.

Helen me miró fijamente, suavizando su expresión.

“Cariño, lo único que tienes que hacer es sobrevivir a este año y luego serás libre. No te preocupes por lo que pueda pasar. Confía en ti misma. Además, siempre puedes contar conmigo para cualquier plan de huida ridículo que se te ocurra”.

Solté una pequeña risa, agradecida por su intento de levantarme el ánimo.

“Gracias, Helen. A veces siento que eres la única cosa que mantiene mi cordura en su lugar”.

Helen sonrió y levantó su vaso de café en un brindis improvisado.

“¡Brindemos por la cordura dudosa y por las amigas locas! Ahora come un *bagel* y deja de quejarte. No puedo soportar tanto drama sin desayunar primero”.

Sonreí y levanté mi vaso en respuesta.

“¡Por la cordura dudosa y las amigas locas!”, repetí, sintiendo por primera vez en todo el día que tal vez, solo tal vez, podría sobrevivir a este embrollo.



HABÍA TENIDO UNA MAÑANA especialmente agotadora, y al regresar a mi despacho, anhelaba un momento de tranquilidad. Sin embargo, mi secretaria, Mónica, me recibió con su habitual sonrisa seductora y un escote que desafiaba la gravedad.

“¿No habíamos terminado nuestra conversación, señor Amato?”, dijo, inclinándose ligeramente para acentuar aún más su escote. La ausencia de su anillo de diamantes me indicó rápidamente hacia dónde se dirigía. Se apoyó en la esquina de mi mesa, mirando hacia mí y al cruzar las piernas, pude entrever a través de las transparencias de su tanga que todo lo que escondía estaba depilado a la perfección. Aunque la tentación era fuerte, me mantuve firme. Mónica sabía cómo jugar sus cartas, pero estaba decidido a no caer en su trampa.

“De hecho, Mónica, creo que sí la habíamos terminado”, respondí con frialdad, sin apartar la vista de los documentos en mi escritorio. Recordé mi acuerdo con Melanie y me esforcé por mantenerme firme.

“Vamos, no seas así, jefe”, insistió, acercándose y apoyando una mano en mi hombro. “Sabes que podemos divertirnos un poco, o mucho... lo que tú quieras. Ya lo hemos hecho antes, ¿qué te pasa ahora?”.

“Lo siento, pero no”, dije con un esfuerzo monumental para mantener mi voz estable y profesional. Me sorprendió mi propio autocontrol en ese momento.

Mientras Mónica intentaba un último esfuerzo para seducirme, noté una sombra moviéndose fuera de la puerta. Me levanté abruptamente y me dirigí a la entrada. Al abrir la puerta, encontré a Malone. Este periodista molesto nunca se daba por vencido. Allí estaba, agachado con su cámara lista para capturar alguna imagen comprometedora.

“¡Malone, puto chismoso! ¿Qué demonios crees que estás haciendo?”, grité, extendiendo la mano para arrebatarse la cámara.

“¡Eh, millonario, cálmate! Solo hago mi trabajo”, replicó Malone, resistiéndose un poco antes de que lograra quitarle la cámara.

“¿Trabajo? ¿Espiar a la gente cuenta ahora como trabajo?”.

“Vamos, gallito, pégame una ostia”, dijo Malone, con los ojos entreabiertos. Este tipo estaba como una cabra, pensé. A pesar de lo tentador que era, sabía que era arriesgado.

‘Magnate neoyorquino propina una paliza a un fotógrafo honesto’. Podía imaginar los titulares sensacionalistas en todos los periódicos de la ciudad.

Finalmente, lo solté, convencido de que no valía la pena.

“Señor Amato, ¿me permite una sugerencia?”, escuché la voz de Mónica detrás de mí y me giré hacia ella.

“Dispara”, le dije, curioso.

“Si no le importa, me encargaré de llevar a este caballero a seguridad y les informaré para que le prohíban volver a pisar las instalaciones”.

“De acuerdo”, asentí firmemente. “Pero, antes de nada, dame la cámara”.

No confiaba en las artimañas de Mónica, especialmente después del embrollo en el Wellington.

Miré a Malone con cara de pocos amigos y le hice un gesto para que me entregara la cámara.

“¿Por qué?”, preguntó, sorprendido.

“Porque eres un ladrón y un problemático”, respondí, arrancándole la tarjeta de memoria y la batería de la cámara. Malone trató de recuperar su equipo, pero Mónica intervino, poniéndose entre él y yo.

“Mejor vámonos, Malone, antes de que Mr. Amato llame a seguridad”, dijo ella, abriendo la puerta. Malone murmuró algunas amenazas mientras salía del edificio, escoltado por Mónica.

Cerré la puerta y me dejé caer en mi silla, contemplando el anillo que planeaba darle a Melanie. Era bonito y brillante, justo como la idea. Poco después, Winston entró en mi despacho.

“¿Qué coño ha pasado aquí?”, preguntó, mirando la puerta todavía entreabierta.

“Nada que no puedas imaginar”, respondí, guardando la tarjeta de memoria en un cajón. “Solo Malone siendo Malone”.

“Ese capullo es peor que una garrapata”, dijo Winston, tomando asiento frente a mí.

“Deberíamos haberle roto la cámara”.

“Créeme, lo consideraré”, contesté con una sonrisa irónica. “Pero tenemos cosas más importantes en las que pensar”.

“Hablando de eso, ¿cómo va el proyecto del club?”, preguntó Winston, cambiando de tema rápidamente.

“Justo lo que quería discutir contigo. Necesitamos acelerarlo. La competencia está ganando terreno y no podemos permitirnos quedarnos atrás”, dije con determinación en mi voz.

“¿Estás hablando en serio?”, dijo Winston, levantando una ceja. “Esto significa poner a todo el mundo a trabajar horas extras”.

“Lo sé, pero es necesario. Tenemos que impresionar a mi padre y demostrarle que podemos llevar el negocio familiar al siguiente nivel”, dije, pensando en la constante presión que mi padre ejercía sobre nosotros.

“Impresionar a tu padre siempre es un desafío, ¿eh?”, dijo Winston, riéndose. “No importa lo que hagamos, siempre parece que no es suficiente”.

“Exactamente”, dije suspirando. “Pero esta vez estoy seguro de que podemos hacerlo. El nuevo club será el mejor de la ciudad, solo necesitamos un poco más de esfuerzo”.

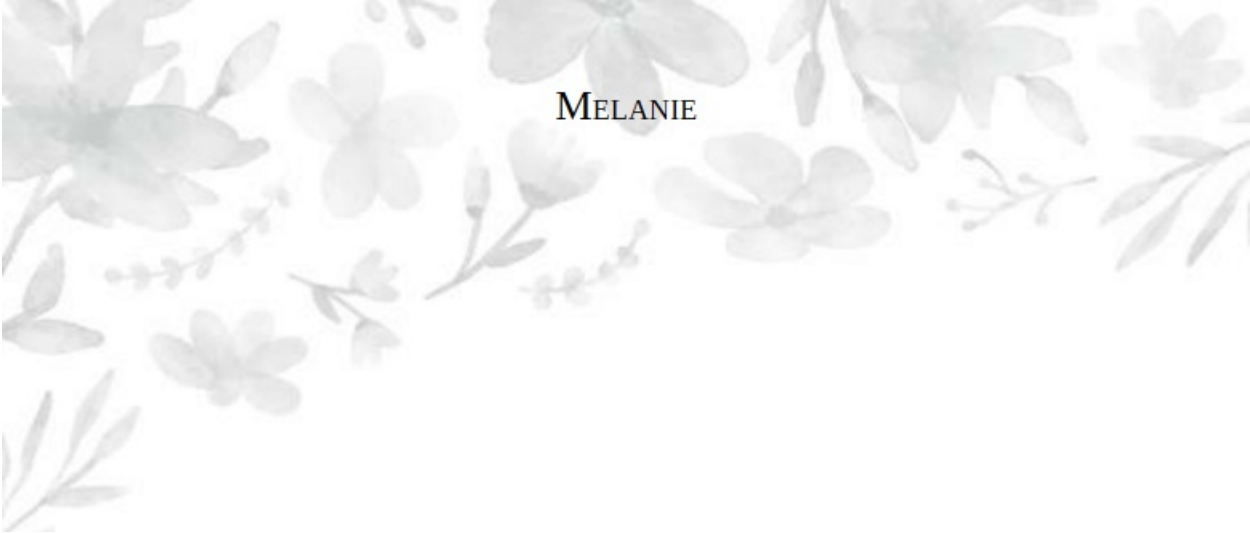
“¿Un poco?”, dijo Winston, rodando los ojos. “Nos estás pidiendo milagros, colega”.

“Sí, bueno, milagros es lo que hacemos aquí, ¿no es así?”, respondí.

“¿Por qué no vas a la floristería y ofreces un buen fajo de billetes a esos molestos inquilinos? Seguro que, si ven mucho dinero, reconsideran la ejecución del desalojo”.

“De acuerdo, jefe”, dijo Winston como un soldado. “Tus deseos son órdenes”.

Finalmente, cuando Winston se fue, me quedé solo en mi despacho reflexionando sobre el día. Pensé en Melanie, en la idea del matrimonio de conveniencia y en todo lo que me jugaba con esto. Todo el caos del negocio, de los paparazzi y de las tentaciones como las de Mónica valdrían la pena si al final conseguía mantener el tren de vida que llevaba.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light gray color.

MELANIE

A LAS 19:02 EN punto, los golpes en la puerta resonaron y mi corazón dio un vuelco. Sabía que era Dwayne; su puntualidad era infalible. Respiré hondo, intentando calmar el torbellino de nervios que sentía en el pecho. La última hora la había pasado lidiando con mi vestuario, finalmente decidiendo ponerme el vestido rojo. Aún dudaba si el escote era apropiado, pero no había tiempo para cambiarme

“Voy”, murmuré más para mí misma que para él, y me dirigí hacia la puerta.

Al abrirla, allí estaba Dwayne, relajado y despreocupado como siempre, con una sonrisa que parecía capaz de desarmar cualquier inquietud. Sus ojos recorrieron mi figura y vi una chispa de aprobación en su mirada.

“Estás deslumbrante, Melanie”, dijo con una calidez que casi me hizo olvidar mis nervios.

“Gracias, Dwayne”, respondí intentando mantener la compostura. “Pasa, por favor”.

Entró en mi pequeño apartamento con la misma familiaridad de quien ya ha estado allí mil veces. Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero junto a la puerta. Yo continué luchando con mi propio remolino interno, preguntándome si toda esta situación era realmente una buena idea.

“Toma asiento, por favor”, dije señalando el sofá.

“Antes de que nos acomodemos, hay algo que quiero mostrarte”, dijo sacando un sobre del bolsillo interior de su chaqueta.

Lo miré con curiosidad. Dwayne sacó un documento y me lo entregó. Mis manos temblaban ligeramente mientras lo tomaba y lo leía. Era un contrato prenupcial con un adelanto de 100,000 dólares.

“Sé que puede parecer frío y calculador, pero quiero que ambos estemos protegidos”, explicó con un tono amable pero firme.

Me quedé en silencio, sopesando sus palabras. Sabía que nuestra relación tenía un componente contractual, pero verlo en papel lo hacía todo más real y, de alguna manera, más intimidante. Sin embargo, el adelanto era una suma considerable, y siendo honesta conmigo misma, no podía ignorar la seguridad que ofrecía.

“Está bien, Dwayne”, dije finalmente, levantando la vista para encontrar sus ojos. “Lo firmaré”. Él asintió y me pasó una pluma. Firmé el contrato con una firmeza que no reflejaba cómo me sentía por dentro. Cuando terminé, Dwayne guardó el documento en el sobre y me sonrió.

“Perfecto. Ahora que eso está resuelto, ¿lista para la cena?”, preguntó con un tono ligero que me hizo sonreír.

“Sí, claro. Vamos”.

Nos dirigimos al restaurante italiano que había reservado. El lugar era encantador, con una atmósfera íntima creada por la luz tenue y las velas. Nos sentaron en una mesa apartada, y Dwayne, con su habitual encanto, comenzó a hablar sobre su día y a interesarse por el mío.

“Sabía que te gustaría este lugar”, dijo levantando la copa de champán. “Y traje tu champán favorito, por supuesto”.

“Eres todo un detallista, Dwayne”, respondí, levantando mi copa también. “Gracias”.

Chocamos las copas y bebí un sorbo, saboreando la calidad del champán. Dwayne continuó hablando, compartiendo anécdotas y demostrando un conocimiento asombroso de mis gustos y preferencias. A medida que avanzaba la cena, me sentía cada vez más relajada y, de alguna manera, más encantada con él.

“Entonces, Melanie”, dijo de repente, cambiando su tono a uno más serio. “Hay algo importante que quiero preguntarte”.

Lo miré intrigada, preguntándome qué podía ser.

“Dime”.

Dwayne metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña caja de terciopelo negro. Mi corazón comenzó a latir con más fuerza al ver el objeto, anticipando lo que venía.

“Melanie, sé que nuestra relación comenzó de una manera inusual, pero en el poco tiempo que hemos pasado juntos, he llegado a conocerte y a apreciarte mucho más de lo que imaginaba. Quiero que disfrutemos de este contrato. Melanie, ¿quieres casarte conmigo?”.

Abrió la caja y reveló un anillo de diamantes que brillaba bajo la luz de las velas. Me quedé sin palabras, atrapada entre la sorpresa y una oleada de emociones contradictorias.

“Dwayne, yo... esto es... increíble”, balbuceé, tratando de ordenar mis pensamientos.

“Lo sé, y entiendo que es algo abrumador, pero los dos sabemos que es lo mejor para ambos”, dijo con una sinceridad que me golpeó con fuerza.

No era solo la propuesta, sino la sinceridad en su voz y la intensidad en sus ojos. Me sentía emocionalmente aferrada en el momento, confundida sobre lo que realmente sentía por él. Sabía que había algo más que una simple atracción física, pero la naturaleza contractual de nuestra relación seguía pesando en mi mente.

“Dwayne... sí”, dije finalmente sorprendida por la certeza en mi voz. “Acepto”.

Una sonrisa radiante iluminó su rostro, y antes de que pudiera decir algo más, se inclinó hacia mí y me besó. Fue un beso suave pero lleno de emoción, y sentí cómo algo dentro de mí cedía, como si una barrera invisible se desmoronara.

“Gracias, Melanie”, susurró contra mis labios. “Prometo que no te arrepentirás”.

El resto de la noche pasó en un suspiro, entre risas, anécdotas y promesas para el futuro. Cada vez que miraba el anillo en mi dedo, una mezcla de incredulidad y felicidad me invadía.

“¿Sabes? Nunca pensé que sería así”, dije mientras salíamos del restaurante.

“¿Así cómo?”, preguntó Dwayne con una sonrisa curiosa.

“Viviendo una aventura tan fuera de lo normal con alguien que conocí bajo circunstancias tan... poco convencionales”.

Dwayne se detuvo y me miró, sus ojos reflejaban la luz de la luna.

“La vida tiene maneras extrañas de sorprendernos, Melanie. Y yo, por una vez, estoy agradecido por eso”.

Caminamos de regreso a su coche, disfrutando de la brisa nocturna. La confusión sobre mis sentimientos seguía allí, pero también había una extraña sensación de esperanza. Tal vez, solo tal vez, esto podría ser el comienzo de algo real, algo más allá de los contratos y las expectativas.



“FUTURA SEÑORA AMATO, HEMOS llegado a nuestro destino sin contratiempos”, bromeé, mientras aparcábamos frente a su apartamento después de una cena maravillosa en un encantador restaurante italiano. Apagué el motor del coche y me tomé un momento para reflexionar sobre la velada.

Melanie había firmado el contrato sin titubear, y luego habíamos conversado y reído con una naturalidad que no había sentido en mucho tiempo. La sorpresa del cantante que había contratado fue un éxito total; ver la expresión de asombro y felicidad en su rostro hizo que todo el esfuerzo valiera la pena.

“¡Vaya! La cena ha sido espectacular. Gracias, Dwayne”, dijo Melanie con una sonrisa mientras desabrochaba su cinturón.

“Me alegra que te haya gustado”, respondí, intentando mantener un tono casual a pesar de que una inesperada sensación de culpabilidad comenzaba a emerger en mi interior.

Mientras me inclinaba para abrirle la puerta del coche, me pregunté cómo había llegado a este punto. Malone había estado siguiendo nuestros pasos toda la noche, listo para capturar el momento en que le pidiera matrimonio a Melanie. La prensa se volvería loca con esa imagen, y aunque era parte de mis planes, no podía evitar sentirme manipulador y culpable. ¿Era esto realmente lo que quería?

“¿En qué estás pensando, Dwayne?”. La voz de Melanie interrumpió mis pensamientos. Me miraba con esos ojos curiosos que empezaba a encontrar irresistibles.

Suspiré y decidí ser honesto, al menos en parte.

“Pensaba en lo hermosa que estás esta noche”. Le sostuve la mirada, dejando que mis palabras llevaran un deseo genuino.

“Vaya, ¿eso es todo?”, respondió con un tono juguetón. “Porque tengo la sensación de que hay algo más en tu mente”.

“Tal vez también estaba pensando en cuánto te deseo”, confesé, sintiendo cómo el ambiente se cargaba de electricidad.

Melanie se rió suavemente, una risa que reverberó en mi pecho.

“Bueno, eso es algo que podemos arreglar. ¿Quieres subir a tomar otra copa?”. Su invitación era clara, y la química entre nosotros era innegable.

“Me encantaría”, respondí sin titubear.

Subimos las escaleras hasta su apartamento, la anticipación y el deseo palpables en el aire. Cada paso aumentaba la tensión entre nosotros, y cuando finalmente cruzamos la puerta, la pasión desbordó.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de nosotros, nuestras bocas se encontraron en un beso ardiente. Mis manos se deslizaron por su espalda, y ella respondió con una urgencia igual, llevando su deseo al siguiente nivel.

“Dwayne...”, jadeó entre besos, sus dedos jugueteando con los botones de mi camisa. “Esta noche ha sido perfecta”.

“Y aún puede mejorar”, susurré contra sus labios, tomando su rostro entre mis manos y besándola más profundamente.

Nos movimos hacia la cocina, guiados por un instinto compartido. Melanie se apoyó contra la encimera, y la intensidad de nuestros besos fue en aumento. Mis manos exploraron cada centímetro de su cuerpo mientras ella me atraía hacia sí, sus suspiros y gemidos alentándome a seguir.

“¿Estás seguro de esto?”, preguntó de repente, rompiendo el beso y mirándome con seriedad.

Asentí sin dejar de mirarla a los ojos.

“Más seguro de lo que he estado en mucho tiempo. Quiero este momento contigo, Melanie. Sin planes ni fotografías, solo nosotros”.

Ella sonrió, una sonrisa que iluminó la habitación.

“Entonces vamos a hacerlo bien”.

Melanie deslizó sus manos por debajo de mi camisa y la quitó con una destreza que me dejó sin aliento. La seguí, despojándola de su vestido, revelando la piel suave y cálida que había estado deseando tocar toda la noche.

Nuestros cuerpos se encontraron, piel con piel, y la conexión fue inmediata y eléctrica. La besé con una pasión que me sorprendió a mí mismo, y ella respondió con igual fervor, nuestras manos

explorando, nuestras bocas buscando cada vez más.

“Dwayne... te deseo tanto...”, susurró entre besos, notaba su aliento caliente contra mi piel.

“Yo también, Melanie. Te quiero para mí esta noche”.

La levanté y la senté en la encimera, nuestros cuerpos encajaban perfectamente. La intensidad del momento nos envolvió, y pronto nos encontramos perdidos el uno en el otro, nuestras caricias y besos hablaban más que cualquier palabra.

El deseo nos llevó a un baile apasionado, cada movimiento sincronizado, cada suspiro y gemido llenaba la cocina. La noche culminó en un acto de intimidad que superó cualquier expectativa, uniendo nuestras almas en una conexión profunda y real.

Después, mientras descansábamos aún entrelazados, sentí una paz que no había conocido antes. Melanie me miró, sus ojos brillando con una mezcla de amor y curiosidad.

“¿Qué estás pensando ahora, Dwayne?”, preguntó suavemente, acariciando mi rostro.

Sonreí y la besé en la frente.

“Estoy pensando en cuánto me gustas, Melanie, y en que quiero explorar esto sin más planes que estar contigo”.

Ella sonrió, una sonrisa que selló nuestra conexión.

“Me parece perfecto”. Su respuesta fue simple pero llena de promesas.

En ese momento, decidí dejar de lado los proyectos y centrarme en lo que realmente importaba: la relación que estaba desarrollando con Melanie. Y supe que estaba tomando la decisión correcta.



“¿YA TE VAS?”, QUISO saber Melanie con un tono dulce y seductor.

Me incliné hacia ella y la besé con pasión, un beso que decía: Desearía poder quedarme, pero el deber me llama. Agarré una servilleta que había por allí y le dejé mi dirección escrita, asegurándome que fuera legible. Luego le entregué la servilleta con una breve explicación.

“Sí, tengo que irme, pero aquí está mi dirección. Nos vemos mañana, ¿vale?”, dije intentando sonar casual, aunque una sensación de culpa empezaba a surgir en mí. “No hace falta que te recuerde que ya has estado en mi apartamento. ¿O tal vez si haga falta?”.

Melanie sonrió, dejando de lado su timidez.

“Me acuerdo perfectamente Dwayne”, respondió con picardía.

Me levanté del sofá y la besé de nuevo, como si aquel matrimonio de conveniencia no fuera nada más que una formalidad. Mientras la rodeaba por la cintura, Melanie correspondió al beso con una intensidad que hizo que mi cuerpo reaccionara. Sentí como mi polla se iba poniendo cada vez más dura y me di cuenta de que, si no paraba en ese momento, no habría vuelta atrás. No podía permitir que esto se descontrolara.

Finalmente logré que mi mente se impusiera sobre el deseo y me separé de Melanie, que ya había emitido un primer gemido. Nuestras miradas se cruzaron, llenas de lujuria y complicidad. Parecía que mantener las apariencias del matrimonio sería fácil.

Salí del apartamento con prisa, pero con satisfacción. En el pasillo, me encontré con el joven rapero que parecía más preocupado por su teléfono que por otra cosa. Levantó la vista y me miró con insolencia.

“¡Qué pasa, bro! Ya veo que le has pillado gustillo al barrio. ¿Entonces, la morenita de las tetas de escándalo es tu piba?”.

“Vete al carajo, niño”, respondí con firmeza, agarrándolo por su camiseta de baloncesto 5XL y empujándolo bruscamente contra la pared. “Y cierra la puta boca si no quieres que te borre la sonrisa de una ostia ¿vale?”.

“Eh tronco, tranqui”, me dijo mientras me llegaba a la nariz un claro y familiar olor a marihuana. “Solo quería decirte que tienes buen gusto”.

“No vuelvas a dirigirme la palabra, a menos que quieras alimentarte a base de sopa durante un mes, ¿te queda claro, cabrón?”, le dije cabreado, apartándolo de mí como si fuera una muñeca de trapo mientras continué bajando las escaleras.

“Vale tío, mensaje recibido”, me espetó. Preferí no responder y seguí caminando. Al abrir la puerta principal y respirar aire fresco, un destello de luz me cegó.

“¡Mira al pajarito! ¿Quién es la chica? ¿Tu nuevo juguete de la colección de muñecas de porcelana?”, preguntó la irritante voz del hijo de puta de Malone, que apareció frente a mí cuando recobré la visión tras el deslumbramiento.

Solté una carcajada espontánea. No me reía porque mi plan con Melanie estuviera funcionando, sino por la cantidad de idiotas que tenía que enfrentar. Primero el aspirante a *Mr. T*, y ahora Malone.

No pude evitar preguntarme qué otras sorpresas tendría el universo preparadas para mí aquel día. Lo peor de todo es que me alegraba de ver a aquel capullo allí, de hecho, me había hecho un favor ahorrándome una llamada incómoda.

Mientras me dirigía hacia Malone, vi cómo su cara se tensaba ante la inminente pelea.

“Tío, espera un momento, ¿vale? Tranquilo”, exclamó Malone cuando vio que me acercaba hacia él. Casi no escuché lo que me decía, estaba dispuesto a devolverme todas las putadas que me había hecho en los últimos meses.

Me abalancé sobre él, pero en lugar de golpearlo, mi puño impactó contra su cámara, que se hizo añicos en el suelo.

“¿Pero tú estás mal de la cabeza? ¿Sabes lo que vale una cámara así?”, se quejó Malone.

Aproveché que estaba distraído mirando los restos de la cámara para agarrarlo de la pechera y estamparlo contra un coche. Malone soltó un quejido infantil.

“Ahora cierra la puta boca y escúchame bien”, le dije con firmeza, señalando los restos de la cámara con el dedo índice. “Quiero hacerte una propuesta”.

Malone parecía desconcertado, pero recuperó algo de cordura.

“Bueno, soy un tipo razonable y de mente abierta”, dijo Malone, tratando de esbozar una sonrisita cómplice, la cual no surtió ningún efecto. Mientras miraba a aquel despojo humano me

preguntaba cómo coño funcionaba su procesador mono neuronal. A lo mejor aquel imbécil era un masoca y le gustaba que le pegaran.

Coloque mi rodilla entre sus piernas, para que sintiera que una respuesta equivocada podría convertirle en un eunuco en un visto y no visto.

“¿Has vendido ya las fotos que nos hiciste en el restaurante anoche?”.

“No”, sollozó con impotencia. “La prensa tiene fecha límite para los artículos con fotos. Tengo que esperar hasta mañana”, me explicó entre balbuceos.

“Espero por el bien de tus huevos que no me estés mintiendo”, le amenacé acercándome tanto a su cara que tuvo que girar el cuello.

“Sí, joder, te lo juro. ¿Qué coño quieres de mí?”, me preguntó desesperado. Volví a empujarlo contra el coche, recordando las enseñanzas de mi antiguo instructor de *Krav Maga*.

“Quiero todas las fotos que nos hayas hecho hoy a Mel y a mí”, le ordené. “Cuando digo todas, quiero decir TODAS. ¿Me entiende tu cerebro de orangután?”.

Malone soltó un gruñido. Estaba bastante claro que no tenía demasiadas opciones.

“Dame todo lo que te pido y te daré treinta mil dólares”, le dije sacando un fajo de billetes del bolsillo.

“¿De verdad crees que puedes comprarme?”, inquirió Malone, mirando el dinero con avidez.

“Si no me equivoco, tú sobornaste a un guardia para obtener fotos, ¿verdad?”, le respondí volviendo a mostrarle el dinero. “Así que te doy esto por las fotos y me entregas lo que tienes”.

Malone, asustado, accedió. Recogió lo que quedaba de su cámara, extrajo la tarjeta de memoria y me entregó otras cuatro tarjetas que tenía escondidas en sus bolsillos.

“Reconozco que eres un cabrón precavido, Malone. Pero al final del día, eres un cabrón a fin de cuentas”, le dije, entregándole el fajo de billetes de la manera más gánster posible. “Y ahora escucha, miserable. No publiques fotos más con Melanie. Ni del restaurante, ni del Wellington, ni de ningún otro sitio a partir de ahora. ¿Te queda claro, capullo?”.

“Eh, espera un momento. Eso no era lo que habíamos acordado”, protestó Malone.

“Te he preguntado si te queda claro”, siseé, acercándome de nuevo a él y colocando mi rodilla entre sus piernas para que sintiera el miedo de nuevo.

“Vale, vale, comprendido. No más fotos. No más artículos”, asintió Malone, resignado.

“Buen chico”, respondí.

Malone miraba el dinero con asombro, como si no pudiera creer su suerte.

“Joder”, dijo, maravillado ante el botín.

“Genial. Y ahora, si no te importa, lárgate de aquí. Tengo cosas que hacer”, dije, alejándome hacia mi coche. En cuestión de minutos, estaba de regreso en el centro de Manhattan.

Mientras me alejaba, podía ver a Malone contando los billetes a través del retrovisor, como una ardilla con sus nueces. No pude evitar reírme con desprecio. Estaba convencido de que no volvería a cruzarme con él. Los 30,000 dólares deberían ser más de lo que ese pobre diablo podría ganar en un año con su trabajo. De alguna manera, me sentía satisfecho. Había aprendido que, en este mundo, todo tiene un precio, y yo tenía suficiente dinero para alcanzar mis objetivos. Cuando me detuve en un semáforo en rojo, empecé a pensar en Melanie. De repente, me di cuenta de que no había razón para no seguir adelante con ella. Lo de Malone se había resuelto, y quizás había una oportunidad para otra noche apasionada en la mesa de su cocina. ¿Debería regresar? Pero si volvía, ¿qué le diría?

“No es buena idea”, me dije a mí mismo mientras aceleraba. Necesitaba enfocar las cosas de otra manera. Casi instintivamente, tomé el teléfono y, en un momento, sonó el tono de llamada por el altavoz.

“Hola, Dwayne, cariño”, respondió mi madre al otro lado. “Es un poco tarde para llamar, ¿no crees?”.

“Hola, mamá. Sí, soy consciente. Pero, ¿desde cuándo te vas a la cama antes de medianoche? ¿Tienes miedo de convertirte en calabaza?”, respondí, burlón.

“Me conoces demasiado bien, cariño”, contestó mi madre, y podía escuchar la sonrisa en su voz. “¿Qué necesitas?”.

“No es nada importante, mamá. Solo quería contarte que me he comprometido esta noche. Puedes avisar a papá de que todo va viento en popa”, dije, sonriendo ante el éxito del plan.

“Guau, qué rapidez”, exclamó mi madre, claramente sorprendida. “¿Y cómo se llama la señorita en cuestión?”.

“Melanie, ya nos conocíamos de antes y una cosa llevó a la otra, así que...”, vacilé durante un instante. “Vamos, que surgió el amor”, añadí para darle dramatismo al tema.

“Dwayne y Melanie, suena muy bien”, dijo mi madre, encantada. “Mi más sincera enhorabuena. Estaba convencida de que este ultimátum sacaría lo mejor de ti ¿Porque no la invitas a la cena con los Ruggeri, mañana? Me gustaría conocerla y seguro que a tu padre también”, me propuso directamente.

“Aunque sabes bien que no me gustan nada ese tipo de eventos, no lo descarto”, le respondí con calma. A pesar de que no era una gala benéfica, el concepto de ‘cena familiar’ en el universo de mi madre era un tanto particular.

El evento sería tan tedioso como cualquier gala benéfica organizada por mi padre, pero la cantidad de invitados lo hacía perfecto para presentar a Melanie en sociedad. Mis padres estarían demasiado ocupados entreteniendo a todos como para vigilarnos constantemente.

“Me parece magnífico. Me alegro por ti Dwayne”, canturreó alegremente mi madre. “Las vueltas que da la vida”.

No respondí, mi mente ya había vuelto a la carpeta de documentos que tenía en el asiento trasero. No estaba seguro de que mi madre aprobara ese retorcido plan, pero ¿quién dijo que debía saberlo todo?

Me despedí y, mientras esperaba en el semáforo, escribí un breve mensaje a Melanie: “Estoy pensando en ti. Mañana habrá sorpresa”.

Lo envié sin pensarlo demasiado, sorprendido por lo cierto que era. ¿Estaba comenzando a involucrarme más de lo planeado? Ni bien envié el mensaje, sonó el teléfono. Esta vez era Winston.

“¡Dwayne, joder!”, gritó Winston al otro lado de la línea. “¿Te acuerdas de la maldita floristería?”.

“Sí, sí, esos inquilinos que están más tiesos que todo un barrio obrero a final de mes. ¿Qué pasa ahora?”.

“Pues que me he pasado otra vez a ofrecerles dinero para que se larguen y los muy cabrones... ¡me han dicho que no!”.

“¿Qué no?”, me reí con incredulidad. “¿Desde cuándo los pobres tienen principios?”.

“No es eso. Han contratado a un abogado”.

“¿¡Un abogado!?”, entonces dejé de reírme. “Pero si no tienen ni para pipas”, respondí alarmado.

“¿De dónde demonios sacaron la pasta?”.

“Eso mismo me pregunto yo”, Winston sonaba casi ofendido. “Les pregunté y me dijeron que su hija les ayudó. No recuerdo el nombre, pero seguro que se las ingenió para conseguir el dinero”.

“¡Joder! ¿Y cómo coño lo hizo? ¿Vendiendo bragas usadas por internet?”.

“Ni puta idea, pero seguro que hay algo turbio. Nadie se hace rico de la noche a la mañana sin vender un riñón o dos”.

“Oye, hablando de cosas turbias, ¿qué harás mañana por la noche?”.

“No sé, probablemente masturbarme viendo alguna serie de mierda. ¿Por?”.

“Pues mejor ven a cenar con los Ruggeri. Mi madre ha organizado una cena de las suyas y voy a presentarles a Melanie. Necesito a alguien que me haga compañía mientras soportamos sus interminables historias sobre cómo ser ricos y aburridos”.

“¿Los Ruggeri?”, dijo Winston con sarcasmo. “¡Guau, qué honor! Habrá barra libre, ¿verdad?”.

“Obviamente. Y solo la comida cuesta más que tu coche”.

“Vale, me has convencido”, bromeó Winston. “Pero solo porque me debes una por lidiar con esos paletos de la floristería”.

“Claro, claro. Te debo una. ¿Qué tal si te envío unas cuantas flores para compensar?”.

Winston se echó a reír al otro lado de la línea y colgamos, ambos sabiendo que la noche siguiente sería cualquier cosa menos aburrida.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'MELANIE' is centered within this decorative area.

MELANIE

DESDE EL ASIENTO TRASERO del taxi, mientras acariciaba el anillo de diamantes que relucía en mi dedo, me encontré perdida en mis pensamientos. La lluvia tamborileaba suavemente contra la ventanilla, generando un sonido relajante que contrastaba con la frenética actividad de la ciudad. Observé a las personas pasar frenéticas con sus paraguas y agradecí no tener que unirme a ellas bajo esa molesta llovizna. ¿Cuándo fue la última vez que monté en un taxi? No podía recordarlo.

Mis pensamientos derivaron hacia la noche anterior: una cena en ese increíble restaurante elegido especialmente para mí, la música suave, el ambiente íntimo, y luego... el sexo. Una sonrisa se dibujó en mis labios al recordar esos momentos. La química entre Dwayne y yo era innegable. Me había sentido tan cercana a él, tan cómoda, que el acuerdo matrimonial que habíamos firmado no cruzó mi mente ni por un segundo. Todo se sentía tan natural, tan real.

Mis pensamientos vagaron hacia la noche anterior. La cena en ese restaurante increíble, elegido especialmente para mi plato favorito. La música suave, el ambiente íntimo, y luego... el sexo.

Una sonrisa apareció en mis labios. La química entre Dwayne y yo era innegable. Me había sentido tan bien, tan cercana a él. No había pensado ni por un segundo en el acuerdo matrimonial que habíamos firmado. Todo parecía tan natural, tan real.

Sin embargo, la duda pronto se infiltró. ¿Estaba siendo ingenua? ¿Era posible que esa atracción, esa chispa, fuera solo una consecuencia del contrato? ¿Estaba confundiendo mis sentimientos?

“Llegaremos a nuestro destino en unos minutos, señorita”, anunció el taxista, sacándome de mi ensimismamiento.

“Bien”, murmuré, aunque apenas salió el sonido de mis labios. Sentí la tensión crecer dentro de mí. Estaba emocionada, sí, pero también nerviosa. ¿Por qué? Quizá, me dije, porque deseaba más de Dwayne de lo que estaba dispuesta a admitir.

Mordí mi labio, mirando por la ventanilla cómo las gotas de lluvia se deslizaban por el cristal. ¿Qué quería realmente de él? ¿Era posible que estuviera empezando a enamorarme?

Un pitido me sacó de mi diálogo interno: era mi teléfono. Revolví en mi bolso para encontrar el móvil que sonaba insistentemente, preguntándome si sería Dwayne con más detalles sobre la sorpresa. Finalmente, logré sacarlo y vi el nombre de Helen en la pantalla.

“¡Helen!”, contesté con una sonrisa. “¿Cómo estás?”.

“¡Melanie! ¿Viste el artículo del *Daily News* esta mañana?”, preguntó emocionada.

Mi corazón dio un vuelco.

“No”, respondí, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda. “¿Estoy en el punto de mira otra vez?”.

“¡No, no hay fotos!”, rió Helen. “Solo hay un artículo sobre Dwayne y su propuesta de matrimonio anoche en un restaurante”.

“¡Uf, qué alivio!”, exhalé. “Pensé que había fotos mías o algo por el estilo”.

“No, tranquila”, dijo Helen con complicidad. “Solo quería asegurarme de que el artículo habla de ti, ¿verdad?”.

“Sí, lo es”, respondí sintiendo cómo se me quitaba un peso de encima. “¡Menudo susto!”.

“Estoy muy orgullosa de ti, Melanie”, dijo Helen sinceramente.

Me quedé en silencio, pensando en mi madre y si ella también estaría orgullosa. Sabía la respuesta, y me pregunté si debería llamarla para tomar un café como solíamos hacer.

“¿Ya sabes qué harás con todos esos millones?”, insistió Helen, sacándome de mis pensamientos.

“¡Oh, aún no lo he pensado!”, admití riendo. “Bueno, aparte de pagar los honorarios del abogado”.

“¿Tal vez unas vacaciones en las islas Fiyi con tu mejor amiga?”, sugirió Helen en tono juguetón.

“Lo pensaré”, respondí entre risas.

Mientras hablábamos, el taxi aminoró la velocidad y se detuvo.

“¿Qué pasa ahora?”, preguntó Helen.

“Voy a reunirme con él”, dije mientras el taxista me indicaba que habíamos llegado.

“¡Oh! Y, ¿qué vais a hacer? ¿Y qué más pasó ayer, aparte de lo que sale en los periódicos?”, preguntó Helen, ávida de detalles.

“¿Podemos hablar luego? El taxi ha parado y tengo que bajarme”, dije apresurada.

“Sí, pero dime una cosa más”, susurró Helen. “¿Te invitó a tomar un café en su casa?”.

“Le invité yo”, respondí con indiferencia mientras pagaba al conductor, esperando que mi tarjeta tuviera suficiente saldo.

El lector de tarjetas emitió un pitido y la luz verde se encendió. Suspiré aliviada.

“¡Melanie! Qué alegría”, suspiró Helen. “Quizá haya algo más después de todo...”.

“Ya veremos”, respondí con calma.

Nos despedimos, aunque a Helen le costó dejar de hacerme preguntas. Le prometí que hablaríamos pronto. Después de pagar al taxista, corrí los pocos metros hasta la casa que reconocí al instante. Mucho había cambiado desde la última vez que estuve allí.

Mi teléfono volvió a sonar. Comenzaba a irritarme. Nada más entrar en el enorme edificio, el aire cálido me envolvió y revisé mi móvil. Un mensaje de mi madre hizo que mi corazón diera un vuelco: *El abogado dice que el primer pago vence en quince días. ¿Todo va bien?*, preguntaba.

“Sí, mamá, todo está bajo control”, respondí, aunque la preocupación seguía conmigo.

Me dirigí al mostrador, donde el portero me sonrió ampliamente.

“Buenas tardes, señorita. Usted debe ser la prometida del señor Amato, ¿cierto?”, dijo con un tono cómplice.

“Eh, sí... yo... ¿Cómo lo sabe?”, tartamudeé.

“El señor Amato la describió y me dijo que llegaría sobre las diez; también me pidió que le entregara esto”, explicó, dándome una llave.

“¿Qué es esto?”, pregunté, levantando las cejas.

“La llave del ático, señorita. El señor Amato dijo que su prometida podía tener una”, añadió como si fuera lo más normal del mundo.

“Prometida, ¿eh? Bueno, supongo que eso me convierte en la dueña de sus secretos oscuros y de su control remoto”, bromeé, intentando aliviar la tensión mientras tomaba la llave.

El portero se rió.

“Sí, supongo que sí. Que tenga una buena noche, señorita”.

Suspiré y murmuré para mí misma: “¡Como si necesitara más estrés!”.

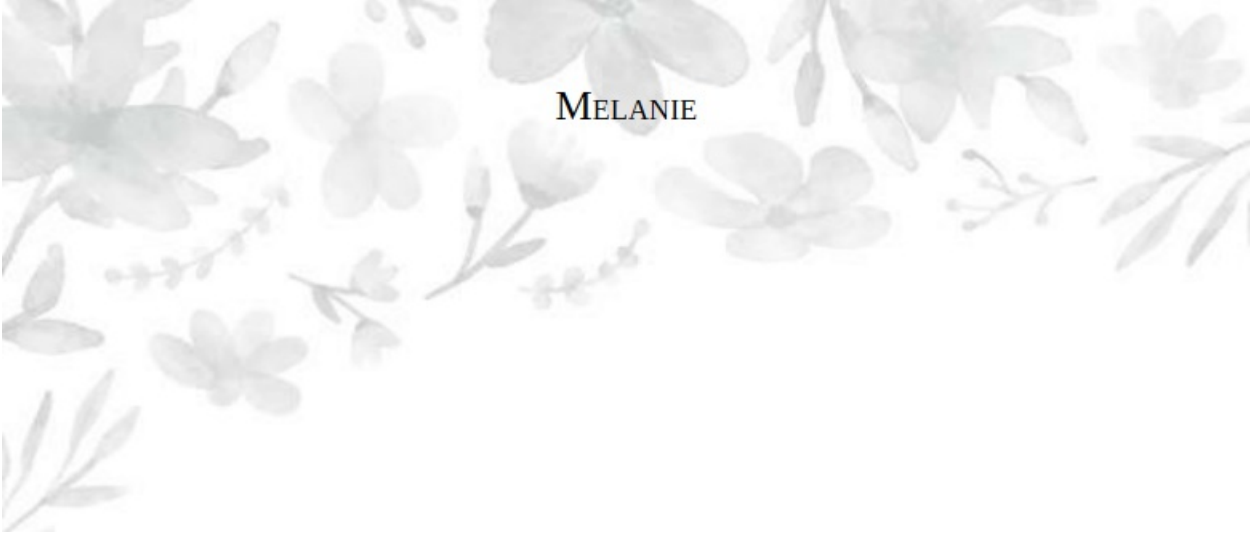
El ascensor llegó y entré. Dentro, me encontré con lo que parecía ser una vecina de Dwayne.

“Hola, me llamo Clara”, dijo con una sonrisa divertida. “¿Nuevo juguete?”, comentó señalando la llave.

“Sí, parece que he subido de nivel en el juego de las relaciones serias”, respondí con una sonrisa forzada. Clara rió.

“Oh, chica, no te preocupes. Si todo falla, siempre puedes cambiar la cerradura”.

Reímos juntas y por un momento, mis preocupaciones se desvanecieron. Me concentré en el presente, dejando de lado mis ansiedades, disfrutando de la compañía inesperada y de su sentido del humor.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'MELANIE' is centered within this decorative area.

MELANIE

AL TOCAR EL TIMBRE del ático, Dwayne me abrió la puerta casi de inmediato. Sin perder un segundo, me recibió con un beso profundo, uno que correspondí con la misma intensidad, como si de verdad ya fuera su esposa.

“¿El portero no te dio la llave?”, preguntó mientras tomaba mi bolso con una naturalidad que me hizo sentir como en casa. Asentí mientras cruzaba el umbral, pero me detuve un instante, con el corazón latiendo con fuerza.

“Sí, pero, me pareció extraño entrar sin más”, confesé, sintiendo una ligera vergüenza por no corresponder del todo a la confianza que Dwayne me había dado.

“No te preocupes. Ya estás aquí”, dijo con una sonrisa tranquila.

Dejó mi bolso junto a una cómoda y se acercó a mí con una mirada que me hizo temblar, la misma que me había desarmado la primera vez que nos vimos. Comenzaba a sentir de nuevo la energía entre nosotros, una corriente eléctrica que se activó cuando me tomó por la cintura y me atrajo hacia él.

“La próxima vez, entra con la llave como si ya vivieras aquí”, susurró, acercándose hasta que nuestros cuerpos estuvieron completamente juntos. Pude sentir su erección a través de los pantalones, y el calor subió a mis mejillas mientras él se inclinaba hacia mí. Mis dudas, mis miedos... todo se desvaneció. Lo deseaba con cada fibra de mi ser, y lo supe en el momento en que nuestros labios se unieron de nuevo, esta vez con más pasión, más urgencia.

Sin prisa, pero sin pausa, me desabrochó la blusa mientras me guiaba hacia el sofá del amplio salón. Cada beso se volvía más intenso, más desesperado. Mi blusa cayó al suelo, seguida de mi sujetador, que Dwayne desabrochó hábilmente con una sola mano. Por un segundo, me pregunté cuántos sujetadores habría desabrochado antes, pero deseché el pensamiento. Ninguna de esas mujeres había recibido una llave de su ático o un anillo de diamantes en el dedo.

Dwayne me empujó suavemente hacia el sofá, su mirada cargada de deseo. Cuando comenzó a deslizar mis vaqueros y mi tanga por mis muslos, supe que estaba completamente desnuda ante él, vulnerable pero también poderosa, consciente de cuánto me deseaba.

“Relájate, cosita”, me susurró, levantando mi cabeza para besarme de nuevo, esta vez con una ternura que contrastaba con el fuego que ardía en sus ojos. Sus labios comenzaron a recorrer mi cuerpo, cada caricia más lenta e intensa que la anterior, como si estuviera descubriéndome por primera vez.

“Mmmmm”, gemí mientras él masajeaba un pecho y acariciaba el pezón del otro, primero con la lengua, luego mordisqueándolo juguetonamente.

Su boca continuó descendiendo, y yo me perdí en la sensación de sus manos y su lengua explorando cada centímetro de mi piel. Cuando finalmente llegó a mi clítoris, jugueteando con su lengua mientras me acariciaba los labios y la entrada de la vagina con los dedos, todo pensamiento coherente desapareció.

Dwayne era un maestro del placer, y yo estaba completamente entregada, percatándome de lo muy mojada que estaba ya. La tensión en mi cuerpo creció hasta que creí que no podría soportarlo más. Justo cuando pensé que iba a perder el control, Dwayne me penetró con dos dedos, presionando mi punto más sensible mientras su lengua seguía su danza sobre mi clítoris.

“Ahhh...”, jadeé, intentando contenerme, pero era imposible. Cada movimiento suyo me llevaba más cerca del clímax, y no pude evitar mover mi pelvis al ritmo de sus embestidas. Seguí gimiendo. Me mordí los labios y eché la cabeza hacia atrás. Me entregué completamente a él, a lo que quisiera hacerme. Me sentía tan bien, tan deseada.

“Te deseo. Te he deseado todo el día”, susurró Dwayne al cabo de unos minutos. Intentaba no gritar, pero no conseguía evitarlo, el sonido salía involuntariamente de mi boca. Sentía el deseo irrefrenable de que me penetrara en ese mismo momento, pero él hacía ligeros movimientos circulares dentro de mí que conseguían mojarme todavía más.

Un instante después, Dwayne me soltó. Instintivamente levanté la vista para ver qué ocurría y sentí que mi respiración se ralentizaba. Fue entonces cuando pude ver su mirada lujuriosa. Dwayne se quitó la camisa de un tirón. Los botones salieron volando y quedaron esparcidos por toda la habitación. Al mismo tiempo se quitó los pantalones. Me quedó bastante claro que era lo que quería y por qué tenía tanta prisa. Solo de imaginar su polla dentro de mí, embistiéndome, mi clítoris comenzaba a latir cada vez más desesperado.

El hombre del que me estaba enamorando se había quedado completamente desnudo delante de mí, y yo admiraba complacida su maravilloso cuerpo. La escena era increíblemente sensual, y

para añadir gasolina al fuego, pude ver unas gotas de sudor resbalando sobre su sexy abdomen. Su polla estaba dura y firme, lista para la acción. Todo aquello era un espectáculo digno de ver. Me tumbé frente a él, lista para lo que venía. Con las piernas abiertas aspiré profundamente y empujé mi pelvis hacia su esbelto cuerpo. Nunca había estado tan excitada como en aquel momento.

Dwayne se colocó frente a mí, me agarró las piernas por los tobillos, levantándome a horcajadas y finalmente las apoyó sobre sus hombros. Yo observaba todo aquello con una lujuria desbocada, mientras sentía como mi boca estaba entreabierta. La excitación recorría cada célula de mi cuerpo.

Dwayne me lanzó una mirada lasciva con sus ojos azules como el hielo. Aquello me distrajo hasta el punto que cuando me di cuenta, su pelvis ya tocaba con la mía y me estaba penetrando con fuerza.

Su polla parecía enorme dentro de mí y él me empujaba sin piedad. Una oleada de calor me invadió, todo mi cuerpo empezó a estremecerse de placer. Era tan intenso que por un instante pensé que ya se había corrido. Pero no, aquello no había hecho más que empezar, y Dwayne empezó a moverse lentamente dentro de mí mientras me sujetaba los pies.

“Dwayne”, susurré mientras me miraba fijamente y me penetraba cada vez con más pasión. Yo respiraba agitada y profundamente, él parecía disfrutar mucho viéndome totalmente entregada.

“Eres preciosa, Melanie. Eres una mujer muy especial”, susurró mientras aumentaba el ritmo, sus ojos azules fijos en los míos. ¿Sería así el cielo?

Mis pensamientos se interrumpieron cuando Dwayne cambió de posición, llegando con sus ágiles manos a mi culo y a mi clítoris al mismo tiempo. Sus embestidas no cesaban, cada vez eran más rápidas y profundas. Comencé a notar como el clímax se acercaba. Mis piernas comenzaron a flojear y mi cuerpo se estremecía involuntariamente. Me dejé llevar por aquel tsunami de placer y emití un grito como jamás había hecho, mientras disfrutaba del orgasmo más grande de mi vida.

Mi coño estaba mojadísimo, el sonido húmedo de su polla entrando y saliendo solo constataba aún más la increíble corrida que acababa de experimentar.

Al parecer aquello encendió aún más a Dwayne. Noté como él también se corría dentro de mí, llenándome de su líquido caliente.

Nos quedamos tumbados, recuperando el aliento, el sonido de nuestras respiraciones el único testigo de lo que acababa de suceder.

Después de un momento, Dwayne se levantó y me sonrió. “Vamos, duchémonos juntos”, dijo con una sonrisa traviesa.

“Qué considerado”, respondí. “Me encanta cómo te preocupas por mi higiene personal, ¿sabes?”.

“Es un talento natural”, replicó él, tomándome de la mano y guiándome hacia el cuarto de baño, que parecía más un salón de baile que un baño.

“Guau, esta ducha es más grande que mi primer apartamento”, comenté, mirando a mi alrededor. Dwayne ajustó la temperatura del agua y rió.

“Siempre supe que tenías altos estándares”, dijo mientras el agua comenzaba a caer sobre nosotros.

“Entonces, ¿cuál es la sorpresa que mencionaste antes?”, pregunté mientras él comenzaba a enjabonarme.

“Ah, sí. Mañana tenemos una cena con mis padres y los Ruggeri. Nuestra primera actuación como pareja”, respondió casualmente.

Una mezcla de emoción y temor me invadió.

“Oh, genial. Nada como conocer a los suegros en un escenario improvisado”.

“No te pongas nerviosa. Será divertido”, dijo mientras me besaba de nuevo, me agarró por las nalgas con ambas manos. Su tacto era tan familiar que mis dudas comenzaron a desvanecerse.

“Además, ¿qué es lo peor que podría pasar?”.

“¿Aparte de un colapso nervioso? Nada”, respondí tratando de sonar más confiada de lo que me sentía. “Esto va muy rápido, ¿no crees?”.

“Tal vez, pero es parte del contrato, ¿recuerdas?”, dijo Dwayne besándome fervientemente.

“Sí, el contrato. Ese pequeño detalle”, murmuré contra sus labios.

“Quédate conmigo esta noche”, añadió Dwayne besándome de nuevo como si supiera exactamente qué botones presionar en mí. “Prometo no robarte el edredón”.

“No puedo creer que esté considerando esto”, dije suspirando mientras me rendía al calor de su abrazo. “Veo que debo ser la persona sensata en esta relación”, murmuré, aunque ya sabía que me quedaría.

“Definitivamente”, dijo Dwayne con una sonrisa.

El agua caliente caía sobre nosotros como una cálida lluvia de verano. Dwayne no perdió la oportunidad de enjabonarme por todas partes, y debo admitir que disfruté de su suave masaje con la espuma.

“¿Te entrenaste en masajes de ducha o es un talento innato?”, pregunté riendo.

“Talento innato”, dijo él guiñándome un ojo. “Igual que tú con el sarcasmo”.

“Gracias. Me esfuerzo mucho”, respondí, masajeando su pecho con gel de ducha.

Claramente, estábamos listos para la siguiente ronda. Me empujó contra la pared de la ducha mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros. Mi respuesta fue un beso apasionado, mientras me daba la vuelta para que él pudiera contemplarme desde todos los ángulos posibles. Antes de que pudiera darme cuenta, estábamos follando de nuevo.

LA NOCHE ANTERIOR HABÍA sido increíble. Melanie y yo apenas podíamos despegarnos el uno del otro, y cuando finalmente amaneció, caímos exhaustos, pero felices. La mañana siguiente fue todo lo contrario: una calma absoluta, como si lleváramos juntos toda la vida. Desayunamos tarde, ella con una de mis camisas y yo en pantalones cortos, disfrutando de la tranquilidad compartida

Mientras nos preparábamos para la cena con mis padres, noté que Melanie estaba más nerviosa de lo habitual. Intenté tranquilizarla.

“¿Lista, Melanie?”, le pregunté apretando suavemente su mano mientras nos deteníamos frente a la imponente puerta principal de la casa de mis padres.

“Creo que sí”, respondió con una sonrisa nerviosa.

“Vamos, no es como si fuéramos a una entrevista de trabajo”, dije, intentando aliviar la tensión.

“No, pero tus padres son... bueno, tus padres”, dijo ella mirándome con esos ojos verdes que tanto me gustaban.

“¿Qué tiene de malo que sean mis padres?”, pregunté, riendo. “¿No sería peor que fueran, no sé, extraterrestres o algo así?”.

Melanie soltó una carcajada.

“Bueno, si fueran extraterrestres, al menos tendría una excusa para meter la pata”, bromeó, tratando de relajarse.

“Estoy completamente seguro de que mi madre te va a adorar”, dije, tomándole la mano y dándole un apretón reconfortante. Ella me observó con sus ojos inocentes, esbozó una sonrisa tímida y asintió, como si intentara animarse a sí misma.

Nos dirigimos hacia la puerta y vi al hombre del traje rojo, uno de los empleados de mis padres, acercarse para ayudarnos con el coche.

“Gracias, Charles”, le dije, lanzándole las llaves del coche. “Aparca esto en el espacio reservado para los hijos prodigios que traen a sus novias a cenar”.

“Por supuesto, señor Amato”, respondió Charles, riendo mientras tomaba las llaves.

Melanie me miró divertida.

“¿De verdad tienes un espacio reservado solo para eso?”, preguntó.

“No, pero si lo tuviera, sería el mejor aparcamiento de todos”, respondí, sonriendo.

Entramos al vestíbulo, opulentamente adornado con cuadros valiosos y jarrones de nuestros viajes por todo el mundo. Melanie se detuvo un momento, maravillada por el lugar.

“Vaya, esto es... impresionante”, dijo, abrumada.

“Sí, impresionante... si eres un fanático de los museos aburridos”, respondí con tono irónico.

“Cuando era niño, odiaba este lugar. No había un solo rincón para jugar al escondite”.

“¿Así que eras un niño rebelde en una casa de lujo?”, preguntó Melanie, riendo.

“Algo así. Pero mírame ahora, todo un caballero”, contesté, haciendo una exagerada reverencia.

Su risa fue un alivio; la sentí un poco más relajada.

Atravesamos el vestíbulo decorado con lujo, una colección de cuadros valiosísimos, pero sin ningún lugar para la diversión. Probablemente por eso siempre me había importado más la sencillez que el lujo. No me gustaban esas ostentaciones.

Nos dirigimos a la sala principal, de donde provenía la música. La decoración, con alfombras rojas y numerosos cuadros, recordaba a una sala barroca. En un rincón, detrás de una cortina de terciopelo, se encontraba una vitrina discreta. Al otro extremo de la sala, una banda de música interpretaba una versión moderna de la canción que habíamos bailado por primera vez en el Wellington.

Al entrar, sentí las miradas inquisitivas de mi familia desde una esquina. Tomé la mano de Melanie y la atraje hacia mí, ignorando deliberadamente a mis hermanos y a mis padres.

“¿Te apetece bailar?”, le pregunté, sonriendo.

“¿Aquí? ¿Ahora?”, respondió Melanie, riendo nerviosa.

“Sí, ¿por qué no?”, dije, encogiéndome de hombros y comenzamos a movernos al ritmo de la música. “¿Te sientes más calmada y menos asustada por conocer a mis padres?”.

“Un poco, sí”, admitió con una sonrisa. “Supongo que el baile ayuda”.

“Buena táctica, ¿verdad?”, dije, girándola con elegancia.

“Sí, realmente. Y pensar que todo esto es solo una actuación”, dijo con una chispa picardía en los ojos.

“Exacto. Un espectáculo de Broadway de bajo presupuesto, si es necesario”.

“¿De verdad crees que se lo están creyendo?”, preguntó fingiendo preocupación.

“Con mi talento innato para la actuación, seguro que sí”, respondí, guiñándole un ojo. “Además, siempre se han tragado mis historias, como aquella vez que les dije que una tarta desaparecida fue robada por un invitado”.

“Ah, sí, tu legendaria habilidad para improvisar”, dijo ella, sarcástica. “A este paso, terminaremos en Hollywood”.

“¿Quién necesita Hollywood cuando tienes el salón de mis padres como escenario?”, repliqué riendo. “Además, el matrimonio falso es solo un pequeño detalle en esta gran producción”.

“¿Y cómo crees que terminará esta ‘gran producción’?”, preguntó con una sonrisa traviesa.

“Con un aplauso de pie, por supuesto”, respondí, dándole un último giro.

“Eres imposible, Dwayne”, dijo ella, riendo mientras se enderezaba.

“Y tú, Melanie, eres una excelente compañera de baile en esta mentira”, concluí, sonriendo mientras la música llegaba a su fin.

Nos quedamos ahí, riendo juntos, olvidándonos momentáneamente del público expectante. Por un instante, por más fingido que fuera, todo parecía casi perfecto.

De repente, algo llamó mi atención. ¿Era...? No podía ser. Malone y su maldita cámara. Lo vi por el rabillo del ojo, oculto en una esquina, casi cubierto por una cortina.

“¿Qué coño hace Malone aquí?”, intenté susurrar, sin éxito, asustando a Melanie.

“¿El fotógrafo que nos arruinó la noche en el Wellington?”, preguntó ella.

“Sí, ese. Cree que por tener una cámara puede entrar a cualquier lado. ¡Maldito capullo!”.

“Genial, y, ¿qué vamos a hacer?”, quiso saber Melanie.

“Voy a partirle la cara”, dije, pero antes de poder moverme, Winston, a quien había visto previamente, se acercó a mí.

“Dwayne, tenemos que hablar urgentemente”, susurró, mirando de reojo a Melanie.

“¿Ahora? ¿En serio?”, respondí, intentando mantener la compostura.

“Sí, es sobre el club de striptease”, dijo lo suficientemente bajo para que Melanie no lo oyera.

“¿Qué cojones, Winston?”, exclamé. Luego bajé la voz al ver la mirada de Melanie. “No puedo hablar de eso ahora”.

“Es importante. Muy importante”, insistió Winston.

“¿Qué está pasando?”, preguntó Melanie, mirando a Winston con sospecha.

“Nada, cariño, solo... temas de trabajo”, respondí, riendo nerviosamente.

“Sí, cosas de trabajo. Nada que deba preocuparte”, añadió Winston, intentando sonreír.

“Escucha, Winston, antes de hablar de negocios en una ocasión como esta, ¿no crees que debería presentarte a mi prometida?”, dije, acercando a Melanie hacia mí.

“No, Dwayne”, interrumpió Winston con seriedad. “Esto tiene que ver con Melanie. La mujer con la que te has prometido no es quien crees que es. Todo este lío trata precisamente de eso”.

Por suerte, Melanie no nos escuchó. La miré, probablemente con una expresión bastante estúpida, y ella me devolvió una agradable sonrisa. Luego volví la mirada a Winston, todavía atónito.

“¿De qué coño estás hablando?”.

“Escúchame, Dwayne. Ven conmigo y te lo contaré todo. Es más, te mostraré las pruebas”.

“¿Pruebas? ¿Qué pruebas?”. Estaba al borde de perder la paciencia, así que me dirigí a Melanie y le expliqué que necesitaba ausentarme un momento con Winston para discutir un asunto urgente, pero que volvería enseguida.

Una vez nos alejamos lo suficiente para que Melanie no pudiera oírnos, le dije a Winston:

“Más vale que todo esto sea importante, cabrón. Esta noche me juego mucho. A ver, ¿qué coño pasa?”.

Justo cuando Winston estaba a punto de contarme todo, vi a mi madre acercarse a Melanie y extenderle la mano para saludarla. Esa situación no me preocupaba; habíamos ensayado nuestra actuación para esa noche. Lo que realmente me estaba poniendo de los nervios era la paranoia de Winston

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

MELANIE

OBSERVÉ A DWAYNE ALEJARSE con un hombre que parecía conocer bien, aunque yo no tenía ni idea de quién era. La situación me resultaba extraña. Desde la distancia, pude ver cómo la expresión de Dwayne se transformaba en sorpresa. ¿Qué le estaría diciendo aquel tipo? La música estaba tan alta que no pude captar ni una sola palabra de su conversación, pero algo en la manera en que ese hombre me miraba me puso incómoda. Sentí su mirada fija en mí, lo que me generó una inquietud creciente.

De repente, una voz interrumpió mis pensamientos.

“Tú debes ser la prometida de mi hijo Dwayne, ¿verdad?”.

Al girarme, vi a una mujer mayor, elegantemente vestida, con el cabello canoso y una mirada que reflejaba la misma intensidad que los ojos de Dwayne. Me extendió la mano con una sonrisa educada.

“Efectivamente”, respondí con la mayor educación posible mientras le estrechaba la mano.

“Usted debe ser la madre de Dwayne, Maria, ¿no es así?”. Apenas terminé de hablar, noté que su apretón de manos se volvía inusualmente fuerte.

“Escucha, niña, para ti sigo siendo la señora Amato”, replicó, transformando su tono de inmediato, de amable a autoritario. “¿Acaso crees que salir en unas cuantas fotos de revistas del corazón te da el derecho de tutearme?”.

Su respuesta me golpeó como una bofetada, pero antes de que pudiera reaccionar, la señora Amato se acercó aún más y me susurró algo al oído que me heló la sangre. ¿Cómo podía saber sobre nuestro plan? Dwayne me había asegurado que nadie estaba al tanto. Me quedé paralizada, incapaz de articular palabra.

“Te tengo calada”, continuó, señalándome con el dedo. “No eres más que otra muerta de hambre. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? ¿Es por eso que armaste aquel espectáculo en la gala del Wellington?”. Vaciló un momento antes de continuar su ataque. “¿O acaso eres una periodista de tercera intentando ganar un *Pulitzer* a costa de mi familia?”.

“No, yo... esto...”, apenas pude balbucear, desconcertada por la mezcla de acusaciones y verdades que me lanzaba. Busqué desesperadamente la mirada de Dwayne y, cuando la encontré, vi que estaba absorto en la pantalla del móvil de aquel hombre, ignorando por completo lo que me estaba sucediendo.

“Ya veo que no puedes responderme. No me sorprende. No eres la primera, ni serás la última”, prosiguió la señora Amato, su tono implacable. “Entonces dime, ¿qué significa todo esto para ti? Si no me equivoco, solo se trata de dinero”, dijo con desprecio. “¿Cuánto vales?”.

La miré, sin entender completamente lo que insinuaba. Notando mi confusión, sacó un talonario de su pequeño Louis Vuitton.

“Escuche, señora”, respondí, intentando recuperar la compostura. “Yo no quiero su dinero”, dije mientras buscaba a Dwayne con la mirada, desesperada.

“¿Crees que soy estúpida, o que nací ayer? Venga, mosquita muerta, deja de fingir y dime cuánta pasta quieres. No eres más que una aprovechada con un anillo que le queda demasiado grande”, dijo señalando el anillo de compromiso que Dwayne me había dado.

¿Qué demonios estaba pasando? Todo se sentía como un mal sueño. Para la madre de Dwayne, no era más que una oportunista que había atrapado a su hijo en una noche de desenfreno. Por un momento, consideré decirle la verdad, pero estaba tan asustada que no lograba encontrar las palabras.

“Mira pobretona, deja de hacerme perder el tiempo”, su voz volvió a atacarme. “Dime cuánto quieres y lárgate”.

Respiré hondo y finalmente contesté: “¿Es así como resuelven todo en su familia? ¿A base de talonarios?”.

Sus ojos, fríos como el hielo, se clavaron en los míos con furia contenida. Mis palabras la habían irritado más de lo que esperaba. “¿Qué insinúas, niñata? No tienes ni idea de cómo funciona nuestro mundo”.

Ya no podía soportar más. Decidí buscar a Dwayne, mientras la señora Amato seguía lanzando improperios a mi espalda. Me detuve un instante, envuelta en una reflexión amarga. Tal vez ella tenía razón, tal vez yo solo era una desesperada detrás del dinero. Después de todo, toda esta farsa valía 4 millones de dólares.

Cuando finalmente levanté la vista, Dwayne ya no estaba. Solo quedaba el hombre con quien había hablado. Me saludó y me indicó que me acercara. A pesar de mi confusión, decidí aceptar su invitación. Tal vez él sabría dónde estaba Dwayne y, con suerte, esta vez no me encontraría con otra avalancha de insultos.



“MIRA, TÍO, ME ENCONTRÉ en mi escritorio una carta de *Spencer & Moore*, o, mejor dicho, del mismísimo señor Spencer”, dijo Winston, visiblemente molesto, mientras señalaba a Melanie.

“Todo gracias a ella y esa maldita carta”, concluyó Winston, casi sin aliento.

“Si el jefe de un bufete de abogados anula un desahucio de un día para otro, con todo lo que eso implica, tiene que haber mucho dinero en juego. ¿No crees?”, sugirió Winston, mientras continuaba con su argumento. “¿De dónde crees que vino ese dinero, Dwayne? ¿Nunca se te ocurrió que podría ser tu propio dinero?”, añadió al final.

“¿Cómo? ¿De dónde sacas esa mierda?”, pregunté, incrédulo. “¡Eso sería una locura!”.

“Puedo unir los puntos”, replicó Winston. “Tú me enviaste a ofrecer más dinero a los propietarios para que se fueran más rápido, ¿lo recuerdas?”.

“Claro que lo recuerdo”, respondí, afectado por lo que estaba escuchando. “Pero ¿qué demonios tiene eso que ver con todo esto?”, añadí, cada vez más impaciente. “No te andes con rodeos, joder”.

“También te dije que tenían una hija”, continuó Winston.

“Sí, ¿y qué?”, le respondí, haciéndole un gesto para que fuera directo al grano.

“Cuando entré en la floristería, vi una foto en el mostrador. Eran los dos viejos con una joven en un vestido azul en medio”, Winston hizo una pausa. “Esa joven es tu prometida. ¡Esa chica es su hija!”.

“¡Imposible!”, exclamé, abriendo los ojos de par en par mientras trataba de asimilar lo que Winston acababa de decir.

“Sí, es ella. Compruébalo tú mismo”, dijo Winston, desbloqueando su teléfono, abriendo la galería y mostrándome la foto.

“Siempre tuve la sensación de que su cara me sonaba, pero nunca imaginé que fuera la mujer del Wellington, tu ‘supuesta esposa’. No lo supe hasta que la vi aquí con el mismo vestido”. Continuó.

“Es ella, Dwayne. Ella está pagando a ese maldito abogado. ¡Con tu dinero! Tu falsa esposa está financiando a la otra parte y asegurándose de que olvidemos la idea del club en ese lugar”, prosiguió Winston, mientras yo seguía mirando la foto, sin querer creerlo.

¿Esa era la única razón por la que se había involucrado? ¿Todo esto había sido un maldito juego para aprovecharse de mí? ¿Cómo pude ser tan ingenuo al pensar que los últimos días habían significado algo? Las mujeres podían ser tan despiadadas como los hombres, y siempre había sido mejor usarlas y no involucrarse más.

“Gracias, Winston. Eres un cabrón, pero también un buen amigo”, le dije, agradecido, dándole una palmada en la espalda.

“No es nada”, respondió. “Te envié la foto. Quizá puedas hacer algo con ella”, dijo mientras guardaba su teléfono en el bolsillo.

Asentí en silencio.

“¿Qué quieres que haga? ¿Hablo con ella? Tal vez tenga una buena explicación”, sugirió Winston.

.

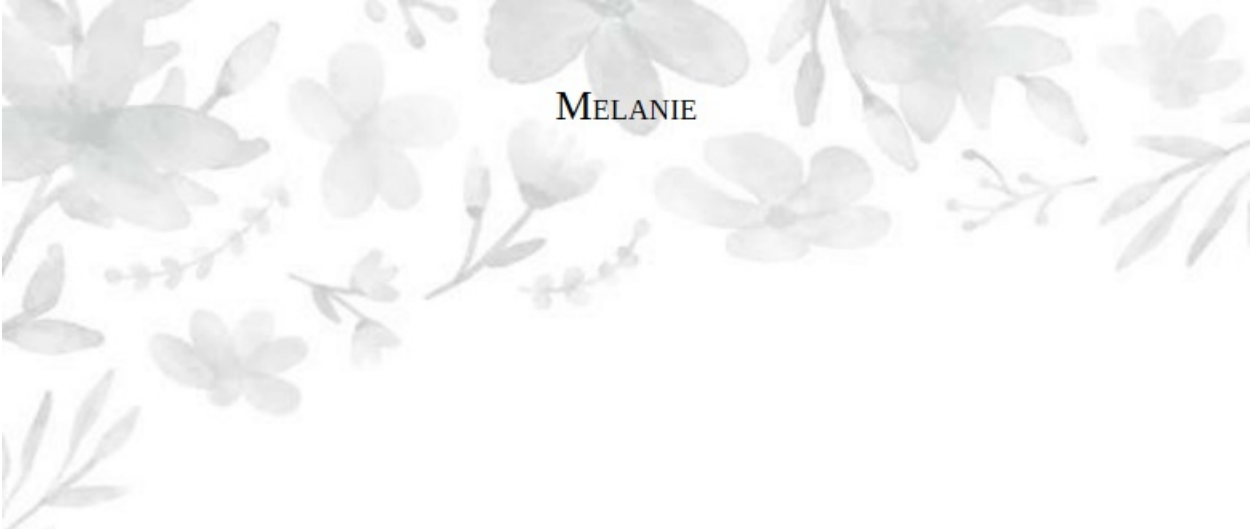
“No, tranquilo. Lo haré yo mismo”, refunfuñé, buscando a Melanie con la mirada para ver si mi madre seguía con ella. De repente, un movimiento junto a la cortina de terciopelo del vestidor me hizo detenerme.

Giré lentamente la cabeza, preguntándome si mis sentidos me engañaban. Pero la cortina se movió de nuevo, descubriendo a Malone besándose apasionadamente con mi secretaria. No parecían estar en su primera vez, las caricias se veían demasiado familiares.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Se había vuelto loco el mundo?

“Vuelvo en un momento”, le dije a Winston mientras me dirigía rápidamente hacia la cortina.

Fuera lo que fuese, Malone no se me escaparía esta vez, aunque tuviera que sacarle la verdad a golpes.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The word "MELANIE" is centered within this border.

MELANIE

ME ACERQUÉ CON CAUTELA al hombre que había estado conversando con Dwayne, ahora desaparecido, mientras el zumbido de la música y el bullicio de las conversaciones llenaban el ambiente.

“Disculpa”, dije, intentando sonar casual. “¿Sabes dónde está Dwayne?”.

Antes de que pudiera responder, la señora Amato apareció de la nada, interrumpiendo nuestra conversación con su tono estridente y su mirada severa, dirigiéndose directamente a Winston.

“Winston, querido, págale a esta tipa para que se largue de una vez”, dijo, mirándome con desdén. “No queremos más escándalos esta noche”.

Winston se sonrió mientras la señora Amato se alejaba, dejándonos en un silencio incómodo. Miré a Winston, esperando algún atisbo de empatía o disculpa, pero lo que vino después fue completamente diferente.

“No creo que sea buena idea que sigas buscando a Dwayne”, dijo Winston, su mirada descendiendo lentamente hasta mi escote. “Dime una cosa, ¿cuánto te paga Dwayne por follarte?”.

Sentí cómo mi estómago se hundía y mi corazón comenzaba a latir desbocado. No podía creer lo que estaba escuchando. Antes de que pudiera reaccionar, Winston sacó unos billetes de su cartera y los agitó frente a mí.

“¿Qué te parecen trescientos dólares?”, ofreció, acercándose más de lo que me resultaba cómodo.

“Estás bastante buena, pero creo que 300 pavos son más que suficientes”.

Empecé a dudar, preguntándome si Dwayne le había contado a Winston sobre nuestro matrimonio falso. ¿Había distorsionado nuestra historia de alguna manera? Winston se acercó aún más y me tocó la cadera; el calor de su mano contra mi piel me dio un repugnante escalofrío.

“Por favor, para”, logré decir con una voz temblorosa. “No soy una puta”.

Las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos, y antes de darme cuenta, estaba llorando. La sala parecía cerrarse a mi alrededor, el ruido de la fiesta se desvanecía mientras me concentraba en la desesperación de mi situación. Retrocedí, intentando apartar la mano de Winston, pero él la mantenía firmemente en su lugar.

“¡Suéltame!”, grité con fuerza, tratando de recuperar algo de mi dignidad.

Finalmente, Winston levantó las manos como si fuera el inocente en toda esta escena.

“Está bien, está bien”, respondió, dando un paso atrás, pero su mirada lasciva seguía clavada en mí.

“Eres un hijo de puta”, solté entre sollozos, mientras las lágrimas de rabia y vergüenza llenaban mis ojos.

¿Acaso Dwayne le había hecho creer que me pagaba por sexo, y había sugerido que me preguntara? En mi mente, veía a los dos riéndose de la ingenua chica del Bronx, burlándose de mí. De repente, me sentí asquerosamente sucia, como cualquier prostituta en las calles de Nueva York.

“Eh, espera, guapa. No tan rápido”, dijo Winston, cogiéndome de nuevo con fuerza del antebrazo para que me volviera hacia él.

“¿De verdad creíste que una putita como tú podría ser la prometida de Dwayne?”, soltó, esta vez con odio y desprecio evidentes en su voz. ¿De verdad pensaba que podía comprarme con su sucio dinero? ¿Acaso todos en esta casa creían que el dinero resolvía todos los problemas del mundo?

“Creo que estás bastante confundido”, repliqué, intentando parecer desafiante. Pero ni siquiera yo sabía ya qué creer. ¿Me había estado tomando el pelo Dwayne todo este tiempo? ¿Por qué pensaba que podía comprarme? ¿Por qué su madre era tan cabrona conmigo? ¿Acaso todo el mundo sabía la verdad y yo era la única imbécil que se lo tragaba?

“¡Despierta!”. Winston se rió, echando la cabeza hacia atrás. “Dwayne está a punto de abrir la mayor cadena de clubs de striptease de la ciudad, y ese anillito que llevas en el dedo no significa absolutamente nada, así que no te hagas ilusiones”, añadió, mirándome con desprecio.

“¡Suéltame cerdo!”, grité, liberándome de su zarpa con un movimiento frenético y corriendo hacia el vestidor. Salir de allí era mi único pensamiento.

Al apartar una cortina, me sorprendí al ver a Dwayne de pie entre chaquetas y abrigos, sujetando a un hombre por el cuello. Se giró brevemente para mirarme, pero su expresión no cambió en absoluto al verme.

Yo solo quería largarme de allí, pero algo me decía que eso no mejoraría las cosas. Estaba delante de mí y tenía derecho a saber por qué su amigo, o lo que fuera Winston, pensaba que yo era una puta.

“Tenemos que hablar”, le ordené enfadada.

“¿Tenemos? No veo de qué más tenemos que hablar”, me respondió Dwayne, sus fríos ojos azules clavados en mí, provocándome un escalofrío. Tenía la misma mirada que su madre. Ya no había ningún signo de afecto, ni siquiera compasión. ¿Por qué era así? No tenía derecho a serlo. Me alejé rápidamente, buscando algún rincón donde pudiera recomponerme. La fiesta continuaba a mi alrededor, ajena a mi tormento. Mientras me secaba las lágrimas, solo podía pensar en cómo había llegado a ese punto y qué podía hacer para escapar de esa pesadilla.



“¡PERO QUÉ COÑO...!”, GRITÉ sorprendido.

Mónica saltó, casi tirando a Malone al suelo, y trató de recomponerse mientras él, con esa cara de idiota que siempre tenía, se quedaba allí parado, con la camisa abierta y los pantalones a medio bajar.

“Dwayne, esto no es lo que parece”, balbuceó Mónica, aunque era evidente que era exactamente lo que parecía.

“Ah, ¿no? Entonces, ¿qué es? ¿Una clase de primeros auxilios en caso de atragantamiento?”.

Malone se levantó y trató de arreglarse la ropa con una sonrisa de suficiencia, la misma que siempre me había dado ganas de patearle el culo.

“Vamos, Dwayne, no seas tan dramático. Solo estábamos... tomándonos un pequeño descanso”.

“¿Un pequeño descanso? ¡Mis cojones!”, respondí. “En la fiesta de mis padres, y con mi secretaria. ¡Esto es un puto circo!”.

Mónica me miró con ojos de cordero degollado.

“Es que... Dwayne, necesito decirte algo importante...”, susurró.

“¿Más importante que meterle mano a este payaso?”, pregunté, señalando a Malone.

“Estamos prometidos”, soltó de repente.

Parpadeé, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

“¿Prometidos? ¿Con este imbécil?”. Malone levantó una mano.

“Oye, oye, tampoco es para tanto...”.

“¡Tú te callas, cabrón!”, le grité. “Esto ya es lo último que me faltaba”.

Mónica, desesperada por calmar la situación, levantó la mano mostrando un anillo brillante.

“Mira, Dwayne, llevo su anillo. Malone y yo... hemos estado juntos desde hace un tiempo”.

Me quedé boquiabierto, sin saber si reír o llorar.

“¿Y no me lo habías dicho porque...?”.

“Porque...”, Mónica dudó, mordiéndose el labio. “Porque Malone me pidió que le pasara tu calendario para poder sacarte fotos y sacar un buen dinero con ellas. Pero no quería que te enfadaras”.

Sentí que mi cabeza iba a explotar.

“¿Así que me estabas vendiendo a este cretino?”.

“¡Es que la pasta es buena, tío!”, intervino Malone sin una pizca de vergüenza. “Pero Mónica se puso toda sensible con eso de la ética y la privacidad, y al final tuve que pedirle matrimonio”.

“¡Eres un puto avaricioso, Malone!”, gritó Mónica, girándose hacia él. “No todo se trata de dinero. ¡Tú solo quieres sacar más y más fotos! ¿Es eso por lo único que te comprometiste conmigo?”.

“¡No, nena! Es negocio, pero no todo es blanco y negro”.

Miré a los dos, discutiendo como niños de colegio, y me pregunté si el mundo se había vuelto completamente loco.

La cortina del vestidor se abrió de golpe y Melanie apareció frente a mí con el rostro tenso. Me quedé mirándola, incrédulo.

“Tenemos que hablar”, dijo con voz firme y decidida. Yo resoplé, tratando de mantener la calma que ya sentía desmoronarse dentro de mí.

“No tenemos absolutamente nada que hablar, Melanie”, contesté, mirándola fijamente. “Has estado aprovechándote de mí. Lo sé todo. Utilizaste mi dinero para pagar al abogado de tus padres y has estado poniendo obstáculos a mis negocios”.

Vi cómo sus ojos se agrandaban, pero no de sorpresa. Parecía más bien una mezcla de vergüenza y desafío.

“Podrías haberme comentado lo de la floristería de tus padres directamente. ¿Por qué no lo hiciste?”, le pregunté, con la voz cargada de una tristeza que no pude ocultar. “Hacer cosas a mis espaldas... me sentí traicionado. Y para colmo, ahora me arrepiento profundamente de haber organizado ese estúpido plan de la boda falsa contigo”.

En ese momento, Mónica se acercó al escuchar mis últimas palabras.

“¿Boda falsa?”, dijo con una mezcla de indignación y sorpresa. “Melanie, a mí también me propuso la misma oferta de matrimonio falso. Y déjame adivinar, seguramente yo me haya follado a Dwayne más veces que tú en la mesa de su despacho”, concluyó con una voz victoriosa.

La cara de Melanie se tornó pálida. Yo me quedé helado, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

Melanie intentó hablar, pero las palabras parecían haberse atascado en su garganta. Finalmente, respiró hondo y me miró con lágrimas en los ojos.

“No era mi intención herirte así”, dijo suavemente. “Solo quería ayudar a mis padres y pensé que...”.

“¿Pensaste qué?”, la interrumpí, sintiendo cómo la rabia se acumulaba en mi pecho.

“¿Pensaste que podías manipularme a tu antojo? ¿Que nunca descubriría lo que estabas haciendo?”.

“¡No!”, exclamó Melanie, la desesperación evidente en su voz. “Yo... yo realmente te quería. Pero cometí errores, lo sé. Y ahora...”.

“Y ahora nada”, dije cortándola. “No hay nada que puedas decir para arreglar esto”.

Me di la vuelta, sintiendo el peso de las miradas de Mónica y Malone sobre nosotros. La escena se había convertido en un espectáculo público, y todo lo que quería era salir de allí y olvidar que alguna vez confié en Melanie.

“Esto se acabó, Melanie”, dije finalmente, sin mirarla. “Se acabó”.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'MELANIE' is centered within this decorative area.

MELANIE

“DWAYNE, ¿ES VERDAD QUE también le pediste matrimonio a Mónica?”.

Dwayne me miró con frialdad, como si la pregunta no tuviera la menor importancia.

“Por supuesto”.

El mundo pareció detenerse. En un instante, todos los momentos recientes pasaron por mi mente, y me di cuenta de que el hombre que tenía delante no era el que yo creía conocer. No había rastro de afecto en su mirada.

“¿Cómo puedes ser tan frío?”, le dije con la voz temblorosa. Mi mente buscaba desesperadamente una explicación. ¿Acaso era por el dinero que usé para pagar a los abogados de mis padres? ¿No entendía que solo quería ayudarles? Para mí, eso era lo más natural del mundo.

“Dime, Dwayne, ¿también le has dicho a todo el mundo que soy tu puta y que me pagas por acostarte conmigo? ¿Aunque sea mentira?”.

Antes de que Dwayne pudiera responder, Malone intervino.

“A Dwayne siempre le ha gustado aprovecharse de las mujeres”, dijo con una sonrisa torcida.

Dwayne se volvió hacia él con furia en sus ojos.

“¡Cállate, hijo de puta!”, pero antes de que pudiera hacer algo, lo interrumpí.

“No, quiero saber qué significa eso. ¡Explícate!”, le dije a Malone, mirando fijamente.

Malone sacó su cámara y me mostró un vídeo. En él, alguien le preguntaba a Dwayne si yo era su nueva putita. Dwayne se reía a carcajadas. Ver esa risa sucia me revolvió el estómago. No podía creer lo que veía. El hombre del que pensaba estar enamorándome no era en realidad quien creía.

Justo después de que Malone me mostrara el vídeo, Dwayne se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo. La violencia del golpe me hizo retroceder. Me quité el anillo que Dwayne me había

dado y se lo lancé con desprecio.

“Tienes razón, Dwayne. Yo tampoco quiero saber nada más de esto”, le dije, mirándolo con asco. “Este plan de boda falsa queda anulado. Conseguiré la ayuda para los abogados de mis padres de otra manera, pero no quiero saber nada más de ti”.

Malone empezó a reírse. “Esto será un gran titular: 'Multimillonario abandonado por falsa esposa' jaja”.

Dwayne, fuera de sí, se lanzó nuevamente sobre Malone y lo estampó contra una pared. Mónica intentó detenerlo.

“¡Basta, Dwayne!”, gritó Mónica, tratando de separarlos.

Desesperada, aproveché la confusión para salir de allí. Justo cuando salía del vestidor, un flash de cámara me cegó. Cuando recuperé la vista, vi la cara sonriente de otro fotógrafo, que me miraba triunfante.

“Sonríe para la cámara, Melanie”.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, el teléfono sonó con insistencia.

“¡Melanie! ¿Has visto las noticias?”. Su voz chillona rebotó en mi cabeza, sacándome del letargo.

“¿Qué noticias?”, respondí, dirigiéndome al escritorio donde estaba mi portátil.

“¡Enciende tu ordenador y ve a la página principal de noticias! Tienes que ver esto”.

Helen siempre tenía una manera de hacer que todo sonara más urgente de lo que probablemente era. Mientras el ordenador arrancaba, jugueteé nerviosa con un bolígrafo, tratando de recordar si había algo escandaloso que pudiera haber salido en las noticias.

“¿De qué se trata?”, pregunté, esperando alguna pista.

“Solo... solo míralo, por favor. Es importante”.

Finalmente, la pantalla se iluminó y abrí el navegador. Escribí la dirección del sitio de noticias y esperé a que la página cargara.

“Bien, ya estoy aquí. ¿Y ahora qué?”.

“Ve a la sección de actualidad, es el primer titular”.

Mis ojos recorrieron la pantalla, y ahí estaba: ‘Millonario agrade a fotógrafo en una fiesta’. Sentí como si me hubieran echado un cubo de agua fría.

“No puede ser...”, susurré mientras hacía clic en el artículo.

La imagen que acompañaba el titular mostraba a Dwayne, con el rostro desencajado, a punto de golpear a un fotógrafo en el suelo. No podía creer lo que estaba viendo.

“¡Dios mío, Helen!”, grité. “¿Cómo han podido publicar esto?”.

“Lo sé, Melanie. ¡No podía creerlo cuando lo vi!”.

Me quedé paralizada, mirando la pantalla sin poder procesar lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo había sucedido algo así? Y más importante aún, ¿quién había captado esa imagen? Recordé la

fiesta de anoche. Fue un caos total, pero nunca imaginé que...

“Helen, yo...”, empecé a decir, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

“¿Estás bien?”, preguntó, su tono tornándose más preocupado.

“No, no estoy bien. ¡Estaba allí! ¡Estaba justo allí cuando sucedió!”, dije, reviviendo la escena caótica que había presenciado.

“¡Tenemos que vernos!”, exclamó Helen. “¡Cuéntamelo todo ahora mismo! ¡Yo también tengo cosas que contarte sobre mi última cita!”.

Justo en ese momento, el móvil empezó a vibrar de nuevo. Miré la pantalla y vi el nombre de mi madre. Un nudo se formó en mi estómago.

“Helen, mi madre está llamando. Te llamo más tarde, ¿vale?”.

“Claro, hablamos luego. Cuídate”.

Respiré hondo y contesté la llamada.

“Hola, mamá”.

“¡Melanie!”, la voz de mi madre sonaba más aguda de lo habitual. “¿Qué demonios ha pasado? ¡He visto las noticias, la foto! ¿Por qué nos estás haciendo esto a tu padre y a mí?”.

El peso de su decepción me golpeó como un mazazo. Me mordí el labio, tratando de mantener la compostura.

“Mamá, no es lo que piensas. Yo... me lié con Dwayne para conseguir el dinero para pagaros el abogado”.

Hubo un silencio mortal al otro lado de la línea antes de que mi madre hablara de nuevo, su tono helado.

“¿Cómo puedes decir eso, Melanie?”, su voz temblaba de indignación. “Está bien que quieras ayudarnos, pero ¿cómo has caído tan bajo como para liarte con un hombre por dinero? ¡Y no cualquier hombre, sino el que está tratando de echarnos del negocio!”.

La culpa me atravesó como un cuchillo, y las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos.

“Lo sé, mamá, lo sé... cometí un error. Pensé que podría manejarlo”. Mi voz se quebró. “Era una boda de mentira para obtener el dinero”.

Mi madre soltó una risa amarga que me desgarró aún más.

“¡Qué vergüenza, Melanie! ¿No te das cuenta de lo que has hecho? Esto ha afectado a tu padre muchísimo. Ha vuelto a beber y está perdido por los bares otra vez. ¡Es un desastre!”.

Las lágrimas comenzaron a caer libremente por mis mejillas. Me sentía impotente, atrapada en una situación que se había descontrolado por completo.

“Mamá, lo siento. Nunca quise que esto sucediera. Solo quería ayudar...”.

“Ayudar, sí”, me interrumpió, su voz cargada de amargura. “Lo mejor sería que no hablásemos durante un tiempo hasta que las cosas se calmen. No quiero saber de ti hasta entonces”.

“¡Mamá, no!”, supliqué, sintiendo que mi corazón se rompía en mil pedazos. “No puedo... no quiero alejarme de vosotros. Por favor, no me hagas esto”.

“Es lo mejor, Melanie”. Y sin más, colgó.

Me quedé mirando el teléfono, la mente en blanco y el pecho apretado por la angustia. Todo a mi alrededor se desmoronaba. Había cometido errores, pero nunca pensé que las consecuencias serían tan devastadoras.

Las lágrimas seguían cayendo mientras me abrazaba a mí misma, buscando algún consuelo en medio del caos. Tenía que arreglar esto de alguna manera, pero en ese momento, la desesperación era lo único que sentía.

Un pitido agudo me sacó de mis pensamientos. Miré la pantalla de mi móvil y vi un recordatorio de una cita hospitalaria para ese mismo día. Claro, porque tenía que venir todo a la vez, ¿verdad? Sentí una mezcla de culpa y resignación. Mis padres habían pagado todas mis facturas médicas y yo les había fallado con esta farsa de boda y con Dwayne. ¿Por qué lo hice? ¿Qué esperaba lograr con esa mentira?

¿Cómo podía enderezar este desastre?

Respiré hondo, tratando de reunir la fuerza suficiente para vestirme y salir de casa. Primero, la cita médica rutinaria. Luego, iría a ver a Helen. Necesitaba contarle todos los detalles de lo sucedido la noche anterior y de la conversación con mi madre. Quizás ella pudiera ofrecerme algún consuelo, alguna solución que yo no podía ver en ese momento.

Al salir de mi apartamento, noté algo que sobresalía del buzón. Un sobre que no estaba allí la noche anterior. Me acerqué y lo saqué. Era del banco. El banco al que había solicitado el préstamo para costear mis estudios universitarios. Sentí un nudo en el estómago mientras rasgaba el sobre, casi rompiendo la carta en sí. ¿Qué podría ser ahora?

Comencé a leerla por encima, hasta que mis ojos se detuvieron en un párrafo que me dejó helada. El banco me apercibía de que, como no había realizado el último pago, iban a proceder al embargo de mis bienes. ¡Perfecto! ¿Podría empeorar el día aún más?

Mi mundo estaba colapsando y yo me sentía totalmente impotente. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a solucionar todo esto? Pensé en mis padres, en cómo se sentirían al saber esto.

Pensé en Dwayne, en cómo toda esa farsa había salido tan mal. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? La vida me golpeaba de nuevo, y yo no podía hacer nada para detenerla. ¿Cómo había llegado a este punto?

Me quedé allí, en el pasillo, con la carta en la mano y el corazón hecho trizas. No sabía si tenía la fuerza para seguir adelante, pero una cosa era segura: no podía continuar así. Algo tenía que cambiar. Pero, ¿qué? ¿Cómo? Y, sobre todo, ¿cuándo?



SENTADO EN MI DESPACHO, tamborileaba con los dedos sobre la superficie pulida del escritorio de roble. Los recuerdos de la última fiesta aún ardían en mi mente. Melanie, deslumbrante en su vestido azul, había captado todas las miradas hasta que la confesión de Winston y la pelea con Malone lo echaron todo a perder. El anillo que ella me había arrojado aún reposaba sobre el escritorio, un cruel recordatorio de mi fracaso.

Lo recogí, dejándolo girar entre mis dedos mientras contemplaba si debía arrojarlo al cajón. Justo entonces, una voz me hizo dar un respingo.

“Esa mujer no era la indicada de todas maneras”, reconocí de inmediato la voz de mi madre. Me volví bruscamente.

“¡Mamá!”, exclamé, sorprendido de verla allí. “¿Cómo demonios entraste sin que me diera cuenta?”.

“Dwayne, por favor. He estado entrando y saliendo de tus despachos desde que eras un crío”, replicó con una sonrisa indiferente mientras se sentaba frente a mí. “Y sinceramente, Melanie no era para ti. Demasiado drama”.

Suspiré, dejando caer el anillo sobre la mesa.

“Lo sé, mamá. Pero estoy atrapado. Necesito casarme para cumplir con las condiciones de papá, pero Mónica tampoco es la indicada. No sé qué hacer”.

“Mónica, ¿eh? La eficiente secretaria que siempre llega a tiempo. No, ella tampoco es la adecuada”, dijo mamá con una suave risa. “Pero no estoy aquí solo para criticar tus elecciones amorosas”.

“¿Entonces para qué estás aquí?”, inquirí, sintiendo una mezcla de curiosidad y temor.

“Tu padre no puede decírtelo en persona, pero necesitas saber algo importante. Hay una nueva cláusula en el ultimátum para que no te desherede a ti y a tus hermanos”, dijo, su tono

volviéndose más serio.

“¿Qué más puede añadir?”, quise saber, sintiendo un nudo formarse en mi estómago.

“El matrimonio debe ser por amor, no puede ser un arreglo de conveniencia o una farsa. Tu plan de casarte solo por el dinero no va a funcionar”, me explicó clavando en mí sus ojos fríos y desafiantes.

Me recliné en la silla, procesando la información. Todo mi plan se había desmoronado.

“Esto es... complicado. Muy complicado”.

“La vida siempre lo es, querido. Pero créeme, vale la pena encontrar a alguien a quien realmente ames”. Se levantó, acercándose para darme un beso en la frente. “Deberíamos cenar en familia. Un día de estos”.

La observé salir del despacho, dejándome solo con mis pensamientos. El anillo seguía ahí, como un recordatorio. Mis pensamientos volvieron a Melanie. ¿Alguna vez había sentido algo real por ella, o todo había sido por el dinero?

Recordé nuestra primera cena juntos. Ella, radiante en un vestido que le sentaba como un guante, riéndose de mis chistes malos. Luego, la primera noche en mi apartamento, cuando todo parecía perfecto y lleno de promesas. ¿Había algo más que simple conveniencia en esos momentos?

Me pregunté si las cosas habrían sido diferentes si hubiéramos tenido sentimientos genuinos el uno por el otro.

Miré el anillo una vez más antes de arrojarlo finalmente en el cajón, casi de la misma manera en que Melanie, despechada, me lo había lanzado la noche anterior. Era hora de buscar algo real, algo verdadero. Y aunque no sabía por dónde empezar, sabía que tenía que intentarlo. Por mí, y por mis hermanos.

Apenas mi madre salió del despacho, el teléfono sonó insistentemente. Miré la pantalla; era Winston, llamando en el peor momento posible. Contesté a regañadientes.

“Dwayne, colega, ¿ya viste el último escándalo en las noticias?”. La voz de Winston resumaba sarcasmo. “Acabo de encontrarme con una joyita titulada: ‘Millonario agrede a fotógrafo en una cena de gala’. ¡Y la foto...! Estás a punto de darle una ostia a Malone. ¿Es en serio?”.

La rabia comenzó a burbujear dentro de mí. Traté de mantener la calma, pero fue inútil.

“Winston, deja de decir gilipolleces. No tengo tiempo para tus tonterías ahora”.

Hubo un breve silencio antes de que Winston replicara, con un tono que intentaba ser comprensivo, pero que solo lograba irritarme más.

“¿Qué te pasa, Dwayne? ¿Estás pensando en esa putita de Melanie?”, se rió ajeno a todo.

“Te lo dije ayer, compañero. Esa zorra no es para ti. Le expliqué claramente que eras demasiado para ella y para nuestro plan de montar una cadena de clubs de striptease por toda la ciudad. ¿Te lo puedes creer? Rechazó mi oferta de follar por 300 dólares. Vaya desagradecida”.

Cada palabra que salía de su boca me enfurecía más. Apreté el puño, deseando poder atravesar el teléfono y golpearlo.

“Eres un gilipollas, Winston. No te atrevas a hablarme así nunca más, ¿me oyes?”.

Winston soltó una carcajada, como si lo que acababa de decir fuera lo más divertido del mundo.

“Vamos, Dwayne. No es la primera vez que nos follamos a la misma tía. No te pongas sentimental ahora”.

“Cierra la puta boca, Winston”, repliqué, mi voz temblando de ira. “Y olvídate del proyecto del club de striptease. Está cancelado. No quiero tener nada que ver contigo”.

Colgué el teléfono sin esperar respuesta, mi mente enredada en una maraña de rabia e incredulidad. Winston siempre había sido un cabrón, pero eso superaba todo lo demás. ¿Cómo se atrevía a hablar así de Melanie? ¿Cómo pudo haberle hecho una proposición tan repugnante?

Me hundí más en el sillón, sintiendo el peso del día finalmente abrumándome. Aunque todo se había ido al carajo, Melanie no merecía ese tipo de trato. Nadie lo merecía.

Respiré hondo, intentando calmarme. Sabía que tendría que enfrentarme a las consecuencias de mis palabras con Winston, pero en ese momento, no me importaba. Había hecho lo correcto.

Unos golpes fuertes en la puerta de mi despacho interrumpieron mis pensamientos. ¿Qué carajo pasaba ahora? ¿Podría empeorar aún más mi día?

“¡Adelante!”, grité, ya sin paciencia.

La puerta se abrió de golpe y entraron Joe y Joker, mis hermanos. Sus caras reflejaban el desastre que estaba a punto de desatarse.

“Tenemos que hablar, Dwayne”, dijo Joe, cruzando los brazos, su voz daba escalofríos.

“¿Tienes idea de la que has armado?”, añadió Joker, poniéndose las manos en la cintura, como si estuviera a punto de soltar una bomba.

Suspiré. No era el mejor momento, pero ellos no parecían dispuestos a esperar.

“Chicos, no es un buen momento...”, intenté decir, pero Joe me interrumpió.

“¡No me importa si es buen momento o no!”, gruñó. “Nos estás llevando a la ruina”.

Joker me señaló con un dedo acusador.

“¿Cómo pudiste ser tan gilipollas para tratar de organizar una boda falsa?”, dijo, su voz cargada de sarcasmo.

“Lo tenía todo bajo control, era la única manera de cumplir con el ultimátum de papá...”, intenté justificarme, pero ellos no estaban para excusas.

“Bajo control, dice”, Joe soltó una risa amarga. “Te recuerdo que, si vuelves a cagarla, no solo tú serás desheredado, sino que nosotros también”.

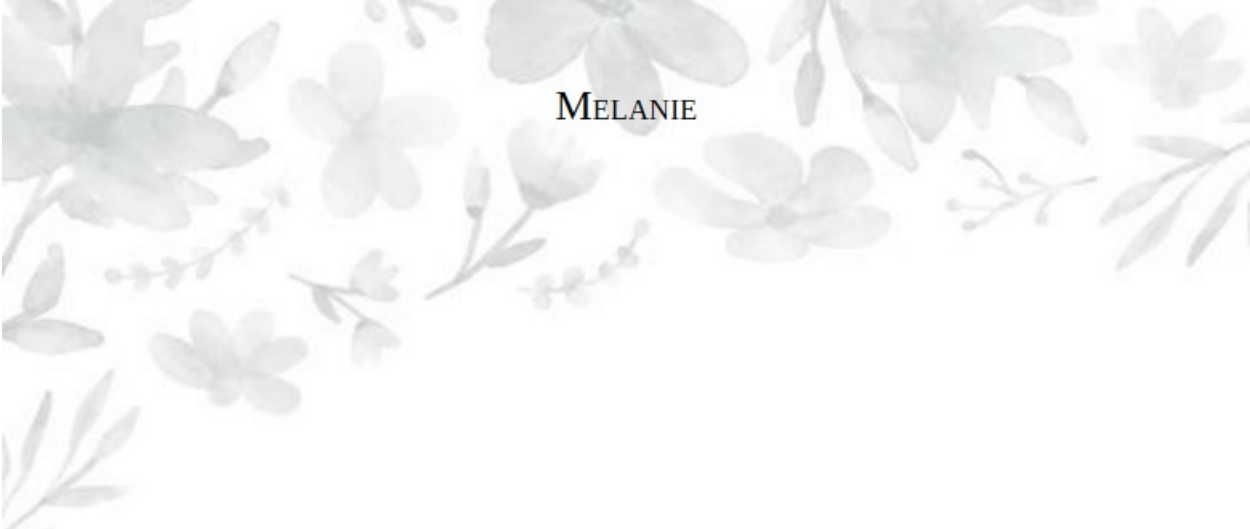
“Y créeme, no pienso pasar el resto de mi vida en la miseria por tus estupideces”, añadió Joker, su tono más serio que nunca.

Intenté mantener la calma, respirando hondo.

“Lo tengo todo bajo control. Resolveré la situación cuanto antes”.

Joe y Joker intercambiaron miradas incrédulas antes de salir del despacho. Me quedé solo, con el eco de sus palabras resonando en mi cabeza. ¿Cómo demonios iba a resolver esta situación?

Miré alrededor de mi despacho, sintiéndome más perdido que nunca. ¿Era realmente posible salir de este lío sin arrastrar a todos conmigo? Los días se acortaban y la presión aumentaba. Necesitaba un plan B y lo necesitaba ya, porque la nueva cláusula de mi padre acababa de sellar mi destino. Me estaba yendo al carajo, y bien rápido.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The word "MELANIE" is centered within this border.

MELANIE

EL MÉDICO ENTRÓ EN la consulta, un hombre de mediana edad con el cabello grisáceo, una bata blanca impecable que contrastaba con su expresión agotada. Sus ojos, normalmente llenos de profesionalismo, ahora mostraban una ligera vacilación mientras me miraba.

“Melanie, los resultados de tus análisis no son alentadores. Debemos ajustar tu tratamiento para controlar la endometriosis y evitar complicaciones”, dijo, evitando el contacto visual directo y enfocándose en los papeles que sostenía. Su voz, que usualmente transmitía seguridad, ahora sonaba con una extraña vacilación.

“Doctor, por favor, dígame lo que ocurre sin rodeos. Puedo manejarlo”, respondí, intentando mantener la calma mientras la ansiedad crecía dentro de mí.

El doctor suspiró profundamente, como si buscara las palabras correctas.

“Melanie, ¿confirmaste que estás soltera en la entrevista preliminar?”, preguntó con una seriedad que me desconcertó aún más.

“Sí, estoy soltera. ¿Por qué es relevante eso ahora?”, repliqué, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda mientras cruzaba los brazos.

“La nueva medicación no es segura para mujeres embarazadas”, dijo, titubeando, casi susurrando.

Lo miré fijamente, intentando comprender lo que insinuaba mientras mi corazón se aceleraba.

“¿Está diciendo que... estoy embarazada?”, pregunté, sintiendo un nudo formarse en mi estómago.

“Sí, Melanie. Las pruebas lo confirmaron. Dada la rareza de un embarazo en alguien con tu condición, repetimos los análisis cuatro veces mientras esperabas”, explicó, abriendo un dossier para mostrarme los resultados.

Me señaló una radiografía, indicando el tejido que había crecido, pero apenas podía concentrarme en sus palabras. Mis pensamientos revoloteaban entre la última relación que tuve y el impacto que esta noticia tendría.

“Dios mío, ¿qué van a pensar mis padres?”, murmuré, sintiéndome abrumada por la situación.

El médico, notando mi angustia, adoptó un tono más compasivo.

“Melanie, entiendo que esto es mucho para asimilar. Tendremos que vigilar tu embarazo de cerca. Hay riesgos tanto para ti como para el bebé”, dijo, con la intención de calmarme.

“¿Está insinuando que no debería tener al bebé?”, pregunté, asustada, con la voz temblorosa.

“No estoy sugiriendo eso, Melanie. Solo que debemos ser extremadamente cautelosos y encontrar un tratamiento que proteja al bebé mientras controlamos la endometriosis, especialmente en el útero”, explicó, intentando tranquilizarme.

Mientras el médico continuaba hablando, mi mente luchaba por procesar toda la información. Me sentía atrapada entre la culpa por lo que mis padres pensarían y la realidad de enfrentar un embarazo inesperado.

La consulta parecía volverse más fría y distante, con el zumbido del aire acondicionado resonando en el fondo. Podía escuchar mi respiración acelerada y el leve tic-tac del reloj en la pared, marcando el tiempo que parecía haberse detenido para mí.

“Melanie, sé que esto es difícil, pero no estás sola. Trabajaremos juntos para encontrar la mejor solución para ti y tu bebé”, dijo el médico, inclinándose hacia adelante para intentar conectarse conmigo de manera más personal.

“Gracias, doctor. Solo... necesito tiempo para procesarlo”, respondí, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a llenar mis ojos.

El médico asintió comprensivo.

“Lo entiendo. Tómame el tiempo que necesites. Estamos aquí para apoyarte en cada paso del camino”.

Me levanté lentamente, sintiendo el peso de la noticia sobre mis hombros. Al salir de la consulta, el médico me dedicó una leve sonrisa de aliento.

¿Embarazada de Dwayne? Su nombre resonaba en mi mente como una campana ensordecedora. ¿Cómo iba a manejar esto? Apenas comenzaba a asimilar la noticia cuando mi teléfono comenzó a vibrar insistentemente en mi bolsillo. Miré la pantalla, y mi corazón dio un vuelco. Era Dwayne.

¿Por qué me estaba llamando ahora? Después de lo que pasó en la fiesta de sus padres, ¿qué podía querer de mí? ¿Había descubierto que usé el dinero que me adelantó para pagar al abogado

que estaba evitando su desalojo?

Miré el teléfono, indecisa. ¿Contestar o no? ¿Qué le diría? ¿Cómo podría explicarle todo esto? Sentí el pánico subir por mi garganta, paralizándome. Finalmente, el teléfono dejó de sonar, dándome un breve respiro de alivio.

Salí del hospital, tratando de calmarme; el aire fresco golpeó mi rostro, ayudándome a despejar la mente. Pero justo cuando empezaba a sentirme un poco mejor, un destello me cegó. Alguien había tomado una foto. Parpadeé, intentando enfocar la vista, pero la figura ya se estaba alejando rápidamente.

¿Quién podría ser? ¿Malone? ¿Me estaba siguiendo? El shock me dejó atónita. ¿Qué estaba ocurriendo? Mi vida se había convertido en una mezcla de drama y comedia absurda.

Necesitaba respuestas. ¿Cómo me enfrentaría a Dwayne? ¿Qué haría si descubría que estaba embarazada de él? Y, por Dios, ¿quién me había sacado esa foto?

Caminé perdida en mis pensamientos, intentando encontrar un poco de claridad en medio del caos. ¿Qué haría a continuación? ¿En quién podía confiar? Lo único que sabía era que necesitaba respuestas, y las necesitaba pronto.



MOMENTOS ANTES...

“Hola, hermano. ¿De nuevo por aquí?”, dijo el aspirante a gánster, apoyado en la pared a unos metros de la puerta principal de Melanie. Ya me había saludado cuando bajé de mi Porsche, ese con la capota aún jodida, que aparqué en un hueco al otro lado de la calle. Ese tipo siempre estaba allí, como si fuera el guardián de la puerta del infierno, con su chaqueta de cuero y esa sonrisa chulesca.

“¿Podrías abrirme la puerta, por favor?”, le pedí, decidiendo ignorar su lenguaje de mierda.

Tenía cosas más importantes que hacer que iniciar una guerra con un matón del Bronx. Pero tampoco quería arriesgarme a que Melanie no me abriera si llamaba al timbre. No estaba allí para hablar con ella a través de un interfono; necesitaba explicarle cara a cara por qué había venido.

“La puerta siempre está abierta, tronco. Solo empuja fuerte”, respondió, acompañando sus palabras con un gesto, donde sus anillos brillaron bajo la tenue luz del atardecer.

“Gracias”, asentí en silencio y empujé la puerta. Se abrió con un sonoro chasquido. Mientras subía los peldaños de dos en dos, mis pensamientos se centraban en lo que había estado rondando mi mente durante todo el trayecto desde la oficina.

“Maldita sea, qué situación más caótica”, pensé mientras subía. Las palabras de mis hermanos seguían resonando en mi cabeza. Sentía cómo me habían afectado en cuanto salieron de la oficina. Me preguntaba cómo había logrado bloquear la realidad de que todo eso no solo me involucraba a mí.

Era el hermano mayor de Joe y Joker. Yo era el director general de la empresa, un puesto que mi padre seguramente me había dado. Por eso, bajo ninguna circunstancia permitiría que los desheredaran por mi culpa. Eso no podía pasar.

El mensaje que mi madre me envió de parte de mi padre fue un maldito golpe. Al principio, me pareció una completa locura, algo totalmente inalcanzable. Pero cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que mi mal humor no se debía solo a esa noticia.

Me sentía traicionado por todo: el dinero, el abogado, sus padres. Pero, aun así, maldita sea, tenía unas ganas tremendas de hablar con ella. No sabía si eso era estar enamorado o qué demonios me pasaba, pero no podía sacarla de mi cabeza.

Finalmente, me encontré frente a su puerta, con la mano a punto de golpear la madera desgastada, dudando si realmente era lo correcto o si estaba actuando como un imbécil otra vez. Las imágenes de Melanie se agolpaban en mi mente. No, esta vez no estaba allí para hacer un trato o insistir en el contrato. Solo quería hablar con ella y entender qué había pasado.

Al tocar la puerta, sentí que mi corazón se aceleraba, como si quisiera salirse de mi pecho. Sí, estaba en el lugar adecuado, lo sabía. No hubo respuesta. Llamé varias veces, grité su nombre, todo en vano.

Me alejé de la puerta, frustrado y confuso. ¿Por qué no pensé antes en llamarla o enviarle un mensaje? Saqué el móvil del bolsillo y decidí llamarla, pero solo conseguí que saltara el maldito buzón de voz. Pensé en enviarle un mensaje por WhatsApp, pero ¿qué coño iba a decirle?. No era de los que aclaran estas cosas por texto.

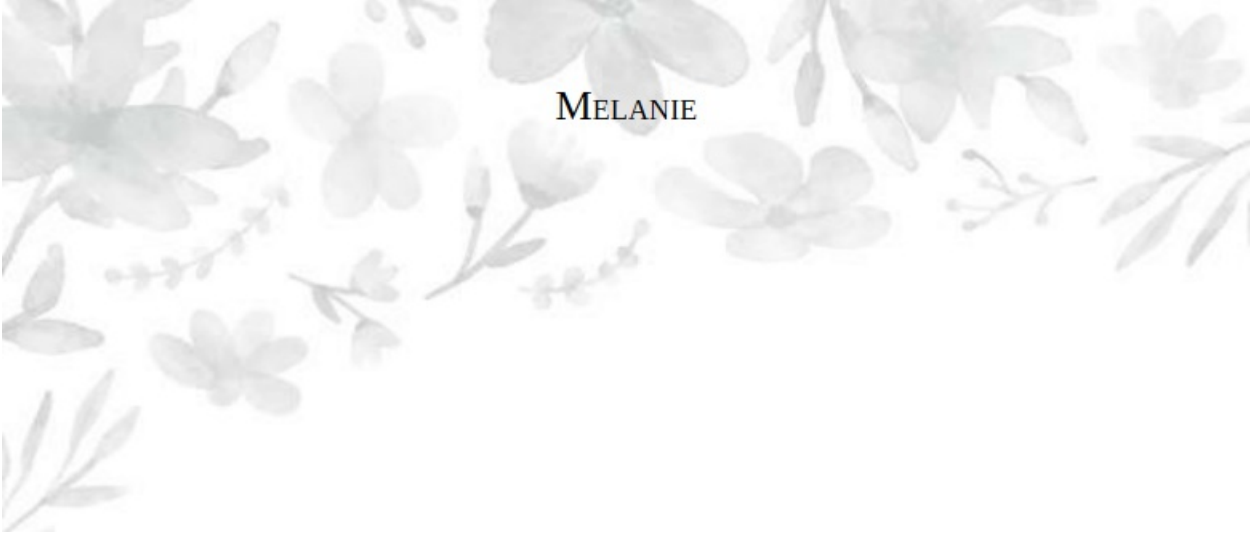
Justo entonces vi el chat con Winston y noté un mensaje sin leer. Recordé la foto que me envió de Melanie con sus padres. Decidí que, en lugar de enviarle un mensaje inútil, podría preguntar a sus padres por su paradero, a pesar de su evidente hostilidad hacia mí.

Sin embargo, tenía un as bajo la manga y creía que la propuesta que tenía en mente para la madre la calmaría. Después de todo, estaba decidido a abandonar el proyecto de la cadena de clubes de striptease con Winston. Esa idea había causado muchos problemas, y aunque tenía que agradecerle a ese cabrón por señalarme la dirección correcta, el proyecto de los clubes había sido uno de los detonantes de que todo mi plan se fuera al carajo.

Bajé las escaleras a toda prisa.

“¿Qué pasa, hermano? ¿Al final encontraste a tu chica o qué?”, escuché que el intento de gánster gritaba tras de mí, pero no me detuve a escuchar el resto. Salí corriendo y me metí rápidamente en el coche, busqué el destino correcto en el historial de mi *GPS* y me abrí paso entre el tráfico como un loco. Quince minutos después, aparqué cerca del lugar donde conocí a Melanie y casi la atropello aquel bendito, o maldito, día. Justo cuando estaba a punto de salir del coche, comenzó a llover. Intenté activar el techo del descapotable, pero como siempre, no funcionó.

“A la mierda”, dije, y salí del coche, dejando el descapotable abierto. Dejé que el coche se mojara, porque en ese momento, no podría importarme menos. Mi única preocupación era encontrar a Melanie y aclarar de una vez por todas este maldito lío.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color. The name 'MELANIE' is centered within this border.

MELANIE

CAMINABA POR LA CALLE con la mente en un torbellino, abrumada. Sentía que el mundo entero se había alineado en mi contra, y mi paranoia me decía que alguien me seguía. Cada sombra y cada persona que pasaba me hacían girar la cabeza con rapidez, tratando de disimular mi nerviosismo.

De repente, una conversación cercana me sacó de mi espiral de pensamientos oscuros. Una madre y su hija caminaban delante de mí. La niña, con una voz llena de entusiasmo, decía:

“Gracias, mamá, por la muñeca. ¡Es la más bonita de todas!”.

La madre sonrió y respondió con ternura.

“De nada, mi amor. Sabes cuánto te quiero. Era obvio que te compraría la muñeca que tanto querías”.

Ese diálogo me golpeó el corazón. Pensé en mi propia madre y nuestra última conversación. Su frialdad resonaba en mi mente: “Es mejor que no hablemos durante un tiempo”.

Me invadió una oleada de culpa. ¿Cómo habíamos llegado a este punto?

Saqué el teléfono con manos temblorosas y marqué su número, desesperada por escuchar su voz, por arreglar las cosas, pero sonó el tono de llamada ocupado. Eso nunca pasaba. Mi madre siempre contestaba o al menos enviaba un mensaje. Su actitud era inquietante.

Me quedé parada en medio de la acera, rodeada por el ruido de la ciudad, pero sintiéndome completamente sola. Mis pensamientos eran un caos: “¿Tan mal lo hice? ¿Por qué no puede perdonarme? ¿Estará bien?”.

El eco de la conversación entre la madre y la hija seguía resonando en mi mente. Me preguntaba si alguna vez podríamos volver a tener la misma relación, si alguna vez lograríamos reconciliarnos.

Continué caminando con el corazón pesado y la mente aún más confusa. Me di cuenta de que estaba sola con mis pensamientos, perdida en un mar de dudas y arrepentimientos.

El ruido de la ciudad se convirtió en un murmullo distante mientras intentaba encontrar un camino, una manera de arreglar las cosas, pero todo parecía incierto.

El teléfono sonó y vi el nombre de Helen parpadeando en la pantalla. Sabía que había salido en una cita la noche anterior, y la conversación se había interrumpido cuando mi madre me llamó y cortó la llamada. Estaba ansiosa por escuchar los detalles. Contesté rápidamente.

“¡Helen!”, exclamé, tratando de sonar entusiasmada a pesar de mi estado de ánimo.

“¡Melanie!”. Su voz irradiaba alegría. “No te imaginas cómo fue la cita de anoche”.

“Cuéntamelo todo”, le dije, intentando sonar animada.

Helen comenzó a narrar su noche, y mientras lo hacía, sentí una mezcla de felicidad por ella y tristeza por mí misma.

“Fue absolutamente maravilloso, Mel”, explicó, y podía imaginar su sonrisa solo por el tono de su voz. “Este hombre es increíble. Parecía que nos conocíamos de otra vida. Hablamos durante horas, y todo fue tan... natural”.

Visualicé la expresión radiante de Helen mientras hablaba. Sus ojos brillaban y sus gestos eran animados. Me dolía un poco no poder compartir completamente su entusiasmo, pero me esforcé por sonar convincente.

“¡Suena genial, Helen!”, respondí, esforzándome. “Me alegro mucho por ti”.

“¿Y tú? ¿Cómo fue tu conversación con tu madre?”.

Sentí que mi estómago se encogía. No quería arruinar su felicidad, pero no podía mentirle.

“Fue bastante mal. Mamá dijo que necesitábamos un tiempo sin hablarnos. Me recriminó por todo lo publicado en los periódicos, por lo de Dwayne...”.

“Oh, Mel, lo siento tanto”, dijo ella con la voz llena de preocupación. “Aquí estoy yo tan eufórica con mis noticias, y tú pasándolo mal”.

“No te preocupes, Helen. Estoy contenta de que estés bien”.

“¿Sabes qué? Estoy en un bar celebrando sola mi cita de ayer. Por favor, ven conmigo. Necesitamos hablar cara a cara. Te invito a una copa de champán”.

Sonreí a pesar de todo.

“No puedo beber alcohol, Helen. Mucho me temo que debo rechazar tu oferta del champán”.

Ella se quedó en silencio por un momento.

“¿Por qué no puedes beber alcohol?”, preguntó, finalmente.

“Porque...”, tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta. “Porque acabo de descubrir que estoy embarazada de Dwayne”.

Hubo un silencio sepulcral en la línea. Podía escuchar su respiración entrecortada al otro lado del teléfono.

“Dios mío, Melanie. ¿En serio?”. Su voz denotaba sorpresa y preocupación.

“Sí, en serio”, suspiré. “Necesito hablar contigo. Estoy hecha un lío”.

“Ven al bar donde estoy. Necesitamos hablar de todo esto en persona. No me perdonaría si no estuviera allí para ti ahora mismo”.

Accedí, siguiendo la ubicación que me había enviado Helen. Mientras lo hacía, no podía sacudirme la sensación de que alguien me seguía. Mi diálogo interno me decía que no era real, pero no podía evitar mirar hacia atrás cada pocos pasos.

Las calles estaban llenas de vida, con personas apresuradas, coches pasando y luces de neón parpadeando. La noche era cálida, pero una brisa ligera hacía que mi piel se erizara. Cuando estaba a punto de llegar al bar donde se encontraba Helen, vi a Malone de lejos. Me pregunté si me había seguido hasta allí, si estaba al tanto de la publicación de la noticia. Me quedé paralizada justo delante de la puerta del bar, incapaz de moverme.

Helen debió de verme desde dentro, porque salió rápidamente a mi búsqueda.

“¿Estás bien?”, me preguntó con preocupación.

“Hay un fotógrafo que me ha seguido”, le dije, señalando en la dirección donde había visto a Malone. Pero la sombra ya no estaba allí. “Se fue”.

Helen me abrazó con fuerza.

“Vamos adentro. Necesitas sentarte y relajarte”.

Nos sentamos en una mesa acogedora en una esquina del bar, alejada del bullicio. La iluminación era suave, con luces cálidas que creaban un ambiente íntimo. Pedí un té y Helen un agua mineral, respetando mi decisión de no beber alcohol. Mientras sorbía mi té, comenzamos a comentar todo lo que había pasado. Le conté la conversación con mi madre, mi embarazo y el miedo de enfrentarme a Dwayne. Helen escuchaba con atención, asintiendo de vez en cuando y ofreciéndome palabras de apoyo.

“Creo que deberías volver a hablar con tu madre”, sugirió. “Tal vez podáis reconciliaros. Y definitivamente debes contactar a Dwayne para darle la noticia de que estás embarazada”.

Suspiré, dándome cuenta de que tenía toda la razón.

“Sí, tienes razón. Debería intentar reconciliarme con mi madre”.

Helen sonrió, levantándose de la mesa.

“Vamos, te acompañaré a la floristería donde seguramente esté tu madre”.

Justo cuando íbamos a salir, Helen recibió un mensaje en su teléfono. Observé cómo se le iluminaba la cara e intuí inmediatamente de quién era.

“¿Es un mensaje de tu nuevo novio?”, le pregunté sonriendo.

“Así es”. Helen no podía ocultar su felicidad.

“Es mejor que vaya a ver a mi madre sola”, le propuse. “Tú disfruta de la compañía de tu nuevo novio. Te lo mereces”.

“¿Estás segura, Mel?”.

“Sí, estoy segura”, le respondí convincentemente. “Tengo que enfrentarme a este problema con mis padres por mí misma”.

Helen me miró con gratitud y preocupación.

“Toma esto”, dijo, dándome un billete de 20 dólares. “Coge un taxi y haz lo que tengas que hacer. Luego me cuentas todo”, concluyó, abrazándome.

“Gracias, amiga”, respondí.

Ya en la calle, levanté el brazo para llamar a un taxi y, de inmediato, un coche se detuvo frente a mí. Mientras entraba en el taxi, mi mente se disparó preguntándome cómo recibiría mi madre. Estaba segura de que me recriminaría todo lo que había salido en los periódicos, pero tenía que intentar reconciliarme con ella. Perdida en mis pensamientos, me dirigí hacia la floristería.

CUANDO ENTRÉ EN LA floristería, el aroma a flores frescas me dio la bienvenida. La campanilla sobre la puerta tintineó con un sonido alegre, que contrastaba con la tensión que se sentía en el lugar. Al otro lado del mostrador, vi a la señora Civic, la madre de Melanie. Inmediatamente, levantó la vista de unos papeles que estaba organizando. Pude ver como su expresión pasaba de la sorpresa al enojo en un segundo. Sus ojos se entrecerraron y sus labios se fruncieron en una fina línea. Su mirada podía haber atravesado una pared.

“¡Tú!”, exclamó, agarrando un trapo sucio del mostrador. Me lo agitó en la cara como si fuera un exorcista espantando demonios. “¡Fuera de mi tienda, ahora mismo!”.

El trapo había perdido su color original bajo capas de manchas y suciedad. Traté de no respirar el olor que desprendía, una mezcla de productos de limpieza y flores marchitas.

Al girar el cuello, observé la tienda. Llena de flores, colores vibrantes: rosas rojas como rubíes, tulipanes en tonos pasteles, lirios blancos y naranjas. Me sorprendí de la belleza del lugar al mirarlo con detenimiento esta vez, era encantador, un pequeño paraíso floral en medio del caos urbano.

“Señora Civic, por favor, solo quiero hablar”.

“¿Hablar?”, escupió ella, elevando su voz que resonó en el modesto local. “¿Hablar sobre cómo vas a convertir nuestro hogar en un antro de perdición? Ya se lo dije a tu compañero Winston, no me iré de aquí antes de tiempo. No sé dónde voy a poner todo esto. No tengo dinero para pagar a un abogado. No puedo detener el desahucio. ¡Todo esto es una locura!”.

“Señora Civic, no tengo intención de desahuciarla. Quiero proponerle algo”.

“¿Proponerme qué?”, me interrumpió, el trapo aún seguía balanceándose peligrosamente cerca de mi cara, liberando una nube de polvo.

Repasé lo que quería decirle, mientras ella seguía gritándome. La idea del club de striptease de Winston era una gilipollez monumental. Además, lo que realmente quería era recuperar a Melanie. Sí, esa era la verdad. Y ahora estaba aquí para arreglarlo, no para empeorarlo.

“Escuche, no estoy aquí para hacerle daño. Solo quiero ayudar”. Intenté calmarla, pero ella me miraba como si fuera el mismo diablo, su rostro se había convertido en una máscara de ira y desconfianza.

“¡No te creo!”, me espetó. “Solo quieres que firmemos esos malditos papeles”.

“Deme un trozo de papel y algo para escribir. Se lo demostraré”, dije con firmeza, casi con autoridad.

Con una mueca de desconfianza, se agachó y sacó un papel arrugado de debajo del escritorio. Lo alisó sobre el mostrador, un mueble de madera desgastada. Me lanzó una mirada de advertencia antes de entregármelo junto con un bolígrafo que parecía a punto de quedarse sin tinta. Comencé a escribir con mi mejor letra: “Yo, Dwayne Amato, paralizo el desahucio de la floristería Civic a partir de hoy. Firmado, Dwayne Amato: Propietario”.

Le entregué el papel y vi cómo sus ojos se abrían con incredulidad. Lo leyó y lo relejó, como si esperara que desapareciera en cualquier momento. Justo entonces, su teléfono empezó a sonar. Miró la pantalla, pero decidió ignorarlo.

“¿Dónde está Melanie?”, pregunté aprovechando que había bajado la guardia.

Ella me observó nuevamente con desconfianza, pero finalmente respondió.

“No lo sé. Últimamente no tenemos la mejor de las relaciones, pero su amiga Helen probablemente sabrá dónde está”. Agarró otro trozo de papel, esta vez más limpio, y escribió una dirección.

“Lo siento. No tengo su número de teléfono”, añadió. “Parece que has despertado un interés bastante grande por mi hija; por favor, no le hagas daño. No se lo merece”, continuó con la gravedad de una madre preocupada.

“Señora Civic, le garantizo que lo último que quiero es hacerle daño”. Con estas palabras, di por concluida nuestra conversación.

Tomé el papel y lo guardé en mi bolsillo. Me despedí cordialmente, aunque con prisa. Al salir, comprobé que mi Porsche estaba empapado. El agua se acumulaba en los asientos de cuero, creando pequeñas piscinas en los huecos. ¡Perfecto! No me gustaba ver mi joyita así, pero no tenía tiempo que perder. Debía encontrar a Melanie a toda costa.

Al ver el estado de mi coche, decidí que lo mejor era llamar un taxi. Levanté el brazo como cualquier neoyorquino y silbé para luego gritar “¡Taxi!”. En pocos instantes, uno de esos

icónicos vehículos amarillos estaba parado justo delante de mí, mientras la lluvia seguía haciendo de las suyas.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

MELANIE

LA LLUVIA CAÍA CON furia, transformando la ciudad en un mar de charcos. El taxi se detuvo frente a la floristería de mis padres, y el conductor, un hombre de rostro cansado y ceño fruncido, apagó el motor.

“Son quince con cincuenta”. Habló sin mirarme.

Le entregué un billete de veinte y esperé el cambio. Con un ademán algo brusco, me devolvió el cambio.

“Gracias”, murmuré, guardando el dinero en mi cartera.

El taxista me lanzó una mirada bastante antipática.

“¿Eso es todo? ¿Ni una propina por conducir en medio de este diluvio?”.

Le sonreí forzosamente. “Lo siento, pero así están las cosas”.

El hombre refunfuñó algo ininteligible mientras yo abría la puerta del taxi y me zambullía en la tormenta. Apenas mis pies tocaron el pavimento, el agua fría se filtró en mis zapatos. Corrí hacia la tienda, pero algo captó mi atención: un coche descapotable, un Porsche clásico, estaba aparcado justo enfrente de la floristería. Aunque la lluvia golpeaba con fuerza, lo reconocí al instante. La capota estaba rota y el interior se empapaba.

“¿Qué demonios hace el coche de Dwayne aquí?”, me pregunté, mientras me acercaba. ¿Por qué estaría aquí? Y, más importante, ¿dónde estaba?

La lluvia parecía intensificarse, cada gota era como un pequeño martillo sobre mi cabeza. Me detuve frente al coche y miré dentro. El asiento de cuero marrón estaba oscurecido por la humedad, y pequeñas lagunas se formaban en el suelo del vehículo.

“Qué desastre”, pensé. Siempre tan descuidado con las cosas importantes.

Miré hacia la tienda de mis padres. La luz cálida del interior parecía una promesa de refugio en medio del caos exterior. Sin embargo, la curiosidad me mantenía allí, bajo la lluvia.

¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora? La última vez que vi a Dwayne, nos habíamos despedido con un agrio intercambio de palabras. Aquel desencuentro volvía a mi mente: la tensión, la incomprensión mutua. Dwayne siempre intentando ser el héroe de su propia película, pensé, mientras sentía una mezcla de irritación y nostalgia.

Un trueno retumbó en la distancia, sacándome de mis cavilaciones. La floristería parecía tan cerca y, sin embargo, mis pies estaban anclados al suelo. Cada vez que pensaba en moverme, surgía una nueva pregunta en mi mente.

¿Vendría a disculparse? ¿A pedir una segunda oportunidad? ¿O tal vez solo necesitaba flores para otra chica? La última idea me revolvió el estómago. “No, no seas estúpida, Melanie”, me dije. Finalmente, respiré hondo y decidí entrar a la tienda. Empapada y confundida, me dirigí hacia la puerta, pensando en que las posibles respuestas quizás me esperaban dentro.

Mientras me preparaba para cruzar el umbral, una última idea me atravesó la mente: Ojalá haya venido por mí. Ojalá haya venido a demostrarme que puede cambiar.

Empujé la puerta de la floristería, la campanilla tintineó y el aroma familiar de las flores frescas me envolvió. Pero antes de entrar completamente, miré una vez más hacia el Porsche empapado y me prometí a mí misma que descubriría la verdad, sin importar cuál fuera.

Dentro, el aroma de las flores me transportó a los días felices de mi infancia.

Las rosas, los lirios y los jazmines componían una sinfonía de fragancias que me resultaba tan familiar y reconfortante. Era como si cada flor susurrara un recuerdo.

Desde la trastienda, escuché la voz de mi madre. “¡Ahora voy!”. Su tono era animado y profesional mientras hablaba con un cliente sobre un pedido. Podía imaginarme su expresión concentrada y amable, el mismo rostro que había visto tantas veces mientras trabajaba.

Esperé unos momentos en el mostrador, observando la floristería. Las rosas rojas y amarillas, los lirios blancos y anaranjados, y los jazmines de un blanco puro llenaban el lugar con una paleta de colores que alegraba la vista y el alma.

La puerta de la trastienda se abrió y mi madre apareció con su rostro iluminándose al verme.

“¡Melanie! ¡Qué sorpresa!”, exclamó con una gran sonrisa mientras se acercaba.

Sus ojos brillaban con alegría, pero al acercarme, algo en mi interior se rompió y las lágrimas comenzaron a brotar sin control.

“Mamá, por favor, perdóname”, sollocé, tratando de encontrar las palabras adecuadas. “Lo que hice con Dwayne fue simplemente por dinero... para ayudarlos”.

Mi madre trató de interrumpirme, sacudiendo la cabeza suavemente. “Melanie, no importa”.

“Sí importa”, continué, mi voz temblando. “Lo siento muchísimo”.

“No pasa nada, cariño. Eso está en el pasado. Todo está bien ahora”.

Las lágrimas seguían corriendo por mis mejillas.

“Mamá, aparte del desorden que he causado, mi relación con Dwayne se acabó y... estoy embarazada de él”.

Mi madre se detuvo, sus ojos llenándose de lágrimas también.

“¿Voy a ser abuela?”, preguntó con una mezcla de incredulidad y emoción.

Asentí, incapaz de hablar, y ella se acercó rápidamente, envolviéndome en un abrazo cálido y reconfortante. Sentí el aroma de su perfume mezclado con las flores, ese olor tan familiarmente tranquilizador. Ese abrazo significaba muchísimo para mí. Todo el peso de mis preocupaciones parecía disminuir entre sus brazos.

“Melanie”, dijo suavemente mientras me apartaba un poco para mirarme a los ojos, “sé que con tu problema médico el embarazo será complicado, pero ten fe. Todo irá bien y estaré aquí para ayudarte en todo lo que pueda”.

“Gracias, mamá. Realmente lo aprecio. Pero hay algo más. Dwayne no sabe nada todavía, y con los fotógrafos que han estado persiguiéndome, probablemente vea la noticia publicada en la prensa mañana. Sinceramente, no sé qué hacer”.

Mi madre me sostuvo las manos firmemente, sus ojos llenos de compasión.

“Habla con él”. Me quedé sorprendida ante su respuesta tan directa.

“¿Hablar con él? ¿Después de todo lo que ha pasado?”. Ella asintió con firmeza.

“Él ha estado aquí, en la floristería. Paró el desahucio por ti”. Señaló un papel arrugado sobre el mostrador. “Hasta me escribió un documento”.

No daba crédito a lo que decía mi madre.

“¿Dwayne estuvo aquí buscándome?”, pregunté, sintiendo una mezcla de confusión y esperanza.

“Sí, cariño. Le di la dirección de Helen cuando no sabía dónde encontrarte. Seguramente os habéis cruzado”.

De repente, la imagen del coche descapotable que había visto antes frente a la floristería cobró sentido. Esta vez fui yo la que envolvió a mi madre en un abrazo profundo y le expresé cuánto significaba para mí su apoyo.

“Melanie, ve a casa de Helen. Estoy segura de que Dwayne estará allí esperándote”.

Justo antes de irme, le pregunté por mi padre.

“¿Cómo está papá?”.

“Mucho mejor”, respondió ella con una sonrisa cálida. “Desde que supo que podíamos quedarnos con la floristería, ha mejorado muchísimo”.

La abracé de nuevo antes de salir a la calle. Pensé en llamar a Helen, pero decidí enviarle un mensaje en su lugar: “Salgo para tu casa ahora mismo”.

Con el corazón acelerado, levanté el brazo para llamar un taxi. Mientras esperaba, jugué nerviosa con el bolso y mis dedos, tratando de calmarme. Las luces de la ciudad se reflejaban en los charcos, creando un caleidoscopio de colores en movimiento. Finalmente, un taxi se detuvo y subí, respirando hondo y preparándome para lo que vendría.

Sentada en el asiento trasero, observé cómo la floristería se alejaba. El sonido de la ciudad quedaba lejano, mientras pensaba en las palabras de mi madre. ¿Cómo reaccionaría Dwayne al saber que iba a ser padre? ¿Y cómo podría afrontar yo el futuro con mi problema médico?

El taxi avanzaba lentamente por las calles llenas de vida. Los cláxones, las conversaciones y la música distante, formaban una banda sonora perfecta. Mis pensamientos eran un torbellino, pero el amor y el apoyo de mi madre me daban fuerzas. Me aferré a esa esperanza mientras el taxi continuaba su camino, sabiendo que, pase lo que pase, no estaba sola.



CUANDO EL TAXI SE detuvo frente al edificio de apartamentos, el conductor me lanzó una sonrisa de oreja a oreja.

“Gracias, amigo. ¡Esto no me había pasado en toda mi vida!”.

Bajé del taxi y lo miré confundido hasta que recordé que se refería a que yo había decidido no pedirle cambio por los 100 dólares que le había dado.

“Sí, sí, no hay problema”, dije con un gesto rápido mientras me dirigía a la entrada del edificio.

Frente al interfono, dudé un momento. Mi estómago se retorció. Apreté el botón y una voz femenina, claramente no Melanie, contestó al otro lado.

“¿Quién es?”.

“Soy Dwayne Amato, estoy buscando a Melanie”, respondí con voz firme, aunque internamente me sentía como un adolescente en su primera cita.

“Ah... Dwayne...”, dijo la voz.

Mi mente estaba en ebullición. *Genial, Dwayne, ¿y ahora qué? Nunca debiste aceptar la oferta de Winston y, sí, paraste el desahucio de los padres de Melanie a tiempo. Pero esta tal Helen debe pensar que eres un completo idiota por todo el lío del desalojo y por dejar a Melanie cuando descubriste que había usado el dinero para pagar al abogado. ¿Por qué eres así?, me pregunté.*

“Sube a la primera planta, apartamento B”, irrumpió Helen con una voz inesperadamente alegre.

Subí las escaleras oscuras del inmueble. En el primer piso, encontré la puerta con una placa dorada que había visto mejores días, con la letra B desgastada. Toqué el timbre y, tras unos momentos, apareció una joven.

“¿Eres Helen?”, pregunté.

“Sí, soy yo”, asintió, evidentemente nerviosa.

“¿Está Melanie aquí? Necesito hablar con ella urgentemente. Fui a la floristería de sus padres, pero no estaba allí”.

“La madre de Melanie me dio esta dirección. Pensaba que tal vez la encontraría aquí”, continué sin dejarla hablar. Helen seguía mirando hacia el interior de su apartamento, inquieta.

“¿Está todo bien?”, inquirí, tratando de no parecer demasiado suspicaz.

“Sí, sí, todo bien. Es solo que... en fin, vi a Melanie esta mañana, pero luego se fue a ver a su madre y ahora no sé dónde está”, balbuceó. De repente, el teléfono de Helen vibró, pero aquello no pareció importarle demasiado.

Mi mente empezó a generar teorías frenéticamente. ¿Dónde podía estar Melanie? Algo no encajaba. Y, además, la actitud de Helen me parecía cada vez más sospechosa.

“¿Hay alguien más en el apartamento?”, pregunté de golpe.

Helen se estremeció y negó con la cabeza.

“No, no hay nadie más aquí”.

No le creí ni una palabra. Decidí tomar medidas drásticas.

“¡Melanie! ¿Estás ahí?”, grité, esperando cualquier tipo de respuesta. El silencio fue absoluto.

La tensión en el ambiente era palpable. Helen se mordía el labio, visiblemente nerviosa. Yo intentaba mantener la compostura, aunque mi mente seguía lanzando hipótesis tras hipótesis. ¿Dónde estaba Melanie y por qué Helen estaba tan inquieta?

“Esto se pone interesante”, pensé, mientras Helen me miraba con una mezcla de nerviosismo y algo que podría ser...compasión, ¿tal vez?

Los ruidos en el apartamento eran cada vez más evidentes. Tenía la certeza de que había alguien más allí, y albergaba la esperanza de que fuera Melanie. Aproveché que Helen estaba distraída mirando su teléfono para entrar en su apartamento y seguir los misteriosos ruidos. Caminé hacia la puerta entreabierta. Justo cuando estaba a punto de asomarme, Helen levantó la vista del móvil.

“¿Adónde vas, Dwayne?”, demandó saber, con una mezcla de curiosidad y alarma en la voz.

Traté de inventar una excusa rápida, pero mis palabras se quedaron atrapadas en mi garganta.

Dando cinco zancadas me acerqué a la habitación de donde procedían los ruidos y con un movimiento decidido, abrí la puerta. ¡Voilà! Allí estaba Malone, sentado en un sillón tomando notas con una concentración digna de un erudito. Mis ojos se abrieron como platos.

“¿Qué coño haces aquí, Malone?”, solté casi gritando.

Malone dio un grito ahogado, dejó caer su bolígrafo, casi atragantándose del susto. Helen también había entrado en la habitación, observando la escena con incredulidad.

“¡Dios mío! ¿Qué está pasando aquí?”, exclamó Helen, mirando de uno a otro como si acabara de entrar en una escena de una película de *Hitchcock*. “¿Estamos todos locos?”.

Señalé a Malone con gran indignación.

“¡Helen! ¿Qué hace este tipo aquí? ¿Cuánto te ha pagado para tenderme una trampa?”.

Helen, confundida y enfadada, se volvió hacia Malone.

“¿Por qué me dijiste que le abriera la puerta? ¿Es porque dijiste que le sacara información para tus investigaciones?”. Helen hizo comillas en el aire y luego se giró hacia mí. “¿Y tú? ¿Cómo te atreves a acusarme y luego amenazar a mi novio?”.

Me quedé perplejo, sin poder creer lo que estaba oyendo.

“¿Novio?”, repetí aturdido. “¿Malone es tu novio?”.

Helen asintió con los ojos llenos de furia.

“Sí, Dwayne. No llevamos mucho tiempo, pero eso no es importante. Lo que importa es el delito en el que estáis involucrados tú y Melanie, porque ambos sois parte de la investigación de Malone”.

“¿De qué diablos estás hablando?”, repliqué, la confusión consiguió nublar mi mente. “No sé de qué estás hablando. Malone es solo un paparazzi de poca monta que nos acosa a Melanie y a mí con fotos inoportunas y luego las vende a la prensa”.

Helen lanzó una mirada fulminante a Malone, que comenzó a sudar visiblemente. Sin previo aviso, Helen le arrebató el bloc de notas de las manos y empezó a leer en voz alta.

“‘El señor Amato, en busca de su esposa perdida’. ‘El señor Amato pide perdón a la madre de su esposa. El millonario abandonado’”. Su voz se volvió más alta y aguda con cada frase hasta que finalmente Helen explotó.

“¡Eres un hijo de puta, Malone! ¡Te aprovechaste de mí!”, gritó, lanzando el bloc de notas al suelo. “¡Todos los hombres sois unos cerdos!”.

La habitación quedó sumida en un silencio tenso. Malone, sin saber qué hacer, se encogió de hombros, intentando esbozar una excusa que jamás pronunció. Yo solo podía mirar a Helen, sintiendo una mezcla de lástima y alivio por haber desenmascarado al verdadero villano de esta historia, que se tornaba cada vez más surrealista.



LOS SIGUIENTES ACONTECIMIENTOS PARECÍAN transcurrir a cámara lenta. Helen golpeaba a Malone con una fuerza impresionante, como si estuviera entrenando para este momento.

Malone trataba de calmarla con un ‘Helen, por favor, no es lo que parece’, pero ella no tenía intención alguna de escucharle.

“Helen”, dije con la voz más tranquila que pude, sorprendentemente logrando que se detuviera. Helen soltó a Malone, quien se alejó rápidamente, apretándose la camiseta como si hubiera escapado de un toro enfurecido.

“¿Qué?”, espetó Helen, con los ojos brillando de furia.

“¿Por qué no le das la oportunidad de explicarse?”, sugerí, señalando a Malone, quien ahora parecía buscar refugio en una planta en la esquina de la habitación.

Debo admitir que aconsejarle a Helen que dejara en paz a Malone no fue fácil. Si alguien merecía una paliza, era él. Pero necesitaba saber por qué estaba realmente allí. Además, necesitaba que Helen confiara en mí para encontrar a Melanie.

“No voy a creer nada de lo que me digáis ninguno de los dos”, refunfuñó, entre dientes, señalándonos con un dedo amenazador. La situación estaba empeorando.

“Malone”, dije en voz baja, “sal de ahí de una vez y explica qué está pasando; actúa como un hombre por una vez en tu vida”.

Malone se quedó paralizado un momento, como un niño congelado por el miedo. Finalmente, salió arrastrándose de su escondite, con una expresión tan dolorida que casi me hizo sentir pena. Casi.

“Está bien, está bien”, respondió, dándose por vencido. “Es verdad. Solo estoy aquí por la historia”, admitió, moviendo su mirada nerviosa entre Helen y yo, como si se estuviera

preparando para el siguiente golpe. “Y sí, también me lié con tu secretaria”, añadió. Aquello fue la guinda del pastel.

Para mi sorpresa, vi algo parecido a arrepentimiento en sus ojos. ¿Malone con conciencia? No podía creérmelo, pero antes de poder preguntarle, Helen lo interrumpió con un chillido y le lanzó un pesado libro que había cogido de la estantería más cercana.

“Helen, por favor, yo...”, jadeó Malone, levantando los brazos para protegerse la cara, pero sin oponer resistencia.

“Helen, lo ha admitido, ¿verdad? Déjalo ir”, intenté razonar con calma. Sí, porque la calma siempre resuelve todo en estas situaciones, ¿verdad? Me pregunté a mí mismo irónicamente, tratando de entender todo ese caos.

“¿Cómo dices?”, preguntó sin caber en su asombro. Se giró hacia mí con la cara roja. “Sois iguales. Un par de hijos de puta que hacéis que las mujeres bailen a vuestro ritmo, sin que os importe nada más. Solo le hiciste la oferta a Melanie por tu orgullo herido, ¿no?”, rechinó entre dientes, levantando otro libro hacia mí.

No dije nada y me limité a devolverle la mirada. Supuse que no había nada que pudiera calmar sus sentimientos heridos en ese momento. Al menos, ni Malone ni yo podíamos hacer nada.

“¿No te das cuenta de que Melanie está en este puto lío por tu culpa?”, empezó a decir. La situación seguía siendo un desastre, pero al menos, por ahora, nadie más había sido golpeado. Bueno, exceptuando Malone, pero él siempre fue un caso perdido. Llevaba mucho tiempo mereciéndose un par de ostias, y hoy se había llevado muchas más.

El timbre de la puerta del apartamento sonó, rompiendo el silencio expectante que reinaba. Helen, con su habitual energía, se levantó rápidamente del sofá. El ligero aroma a vainilla de su perfume dejó un rastro en su camino, mezclándose con el olor a café recién hecho.

“Voy a abrir la puerta, y una vez que lo haga, vosotros dos podéis iros al carajo”, sentenció.

La observé mientras se dirigía a la entrada. Las luces del pasillo proyectaban sombras alargadas, añadiendo un aire teatral a la escena.

“¿Es Melanie la que ha llamado?”, pregunté, con ansiedad.

Helen no se molestó en responder, y su figura desapareció por el pasillo, dejándome solo con Malone. Él estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera con una expresión pensativa. Los rayos del sol de la tarde se filtraban a través de las cortinas, dibujando patrones dorados en el suelo.

Mi mente comenzó a divagar, una marea de pensamientos inundaba mi conciencia. ¿Podría ser Melanie la que estaba a la puerta? ¿Qué habría pasado para que se presentara de manera tan

inesperada? La incertidumbre me tenía nervioso, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho.

Malone interrumpió mis pensamientos, su voz grave rompió el hechizo de mis cavilaciones.

“Estoy al corriente de lo que le pasa a Melanie”, aseguró, sin apartar la vista de la ventana.

Lo miré con la incredulidad claramente reflejada en mi rostro.

“No me creo absolutamente nada de lo que dices. Eres un maldito mentiroso”, espeté con rabia, mi voz cortaba el aire como una navaja.

Malone suspiró y se volvió para mirarme directamente. Sus ojos oscuros y cansados parecían contener un peso invisible.

“Estoy en una situación similar. Mi mujer está enferma también”, dijo, su voz más suave.

Lo miré con desdén, cruzando los brazos sobre mi pecho en un gesto defensivo.

“¿Por qué me debería importar que tu mujer esté enferma?”, respondí, mi habitual tono frío.

Malone se acercó un poco, sus pasos resonando suavemente sobre el suelo. La luz de la tarde acentuaba las líneas de preocupación en su rostro.

“Porque mi mujer es la hermana de Mónica, tu secretaria”, concluyó, dejando sus palabras suspendidas en el aire.

Me quedé pasmado, intentando procesar la información. Todo lo que había sucedido comenzó a desfilar por mi mente: la manera en que Mónica actuaba, sus extrañas conversaciones, y cómo trataba a Malone cuando aparecía en la oficina. Todo empezaba a tener sentido, como si las piezas de un rompecabezas se estuvieran colocando en su lugar.

“Entonces... ¿Mónica no es en realidad tu prometida?”, pregunté, aún incrédulo.

Malone negó con la cabeza. Su expresión parecía grave.

“Absolutamente no. Pensamos que el juego del anillo surtiría efecto para ejecutar el plan”.

“¿Este es otro de tus cuentos chinos que estás tratando de venderme?”, repliqué, sintiendo la desconfianza correr por mis venas.

Malone negó una vez más, con una seriedad que parecía sincera.

“No, es la verdad. Lo que queríamos era conseguir el dinero por el matrimonio falso para pagar las cuantiosas facturas médicas de mi mujer”.

Pese a mis reservas, algo en su voz me hizo creer que estaba siendo honesto esta vez. Decidí darle el beneficio de la duda, al menos por el momento.

“¿Qué pasa con Melanie?”, quise saber, notando de nuevo, un nudo en el estómago. “¿Cómo sabes que le pasa algo?”.

Malone vaciló un momento antes de hablar, y sus siguientes palabras me helaron la sangre.

“Melanie está embarazada de ti. Además, sufre de endometriosis, lo que hace que el embarazo sea de alto riesgo”.

Sentí que el suelo se desmoronaba bajo mis pies. Sus palabras resonaban en mi cabeza mientras intentaba asimilar la magnitud de lo que acababa de escuchar. ¿Podría ser cierto eso? Sea como fuere, era algo enorme, una verdad que cambiaría todo.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'MELANIE' is centered within this decorative area.

MELANIE

LLEGUÉ AL APARTAMENTO DE Helen y me detuve frente a la puerta, sintiendo una tensión en el aire. El pasillo estaba apenas iluminado por una lámpara de pared que parpadeaba de forma intermitente, que proyectaba sombras inquietantes en las paredes de un beige deslucido. Un olor a madera vieja y a limpiador barato impregnaba el ambiente, intensificando mi sensación de malestar. Mis pensamientos se arremolinaban mientras intentaba calmar mis nervios. Tomé aire y toqué el timbre. La espera, aunque breve, la sentí interminable. Finalmente, escuché pasos apresurados desde adentro, y Helen abrió la puerta, jadeante.

“¡Melanie!”, exclamó de inmediato, su voz cargada de desesperación.

Sus ojos, rojos e hinchados, y su cabello, normalmente perfecto, estaban desordenados. Me abrazó con fuerza, casi aplastándome contra su pecho. El aroma de su perfume se mezclaba con el salado de sus lágrimas. “¿Cómo estás? Tienes que ser muy fuerte. Todo irá bien”, me consoló, su voz se quebraba con cada palabra.

Mi mente se aceleró, tratando de comprender la gravedad de la situación. ¿Por qué tanto dramatismo? ¿Qué había sucedido?

“Helen, ¿qué pasa? ¿Por qué no me invitas a entrar?”, intenté mantener la calma, aunque la preocupación me consumía.

“No creo que sea una buena idea”, respondió con la voz temblorosa. Sus manos frías y temblorosas me sujetaban, transmitiéndome su angustia.

“¿Por qué no?”, repliqué, empujando ligeramente la puerta con el pie. Al asomarme, vi la sala de estar desordenada, pero nada que pareciera fuera de lo común.

“Melanie, por favor, no”. Su voz se quebró y me miró con los ojos llenos de lágrimas, el labio inferior temblando. Algo no encajaba, y mi mente luchaba por encontrar respuestas.

“¿Es por Dwayne? ¿Ha estado aquí? ¿Te ha hecho algo?”. Las imágenes de la última fiesta en casa de los padres de Dwayne, donde había golpeado a Malone brutalmente, me invadieron.

Me estremecí al recordar la violencia de esa noche, la sangre, los gritos.

“No, no, no ha sido brusco conmigo. Pero... todavía está aquí”. Mi corazón se aceleró aún más. Necesitaba entender qué estaba pasando.

“Helen, dime qué sucede. ¿Por qué estás llorando?”, quise saber, agarrando sus hombros con firmeza, sintiendo la fragilidad en su cuerpo.

“Estoy muy disgustada... por la conducta de mi nuevo novio, Malone”. Su confesión me dejó atónita. ¿Malone? El nombre era demasiado familiar. ¿Novio? ¿Ese hombre que parecía hacerla tan feliz?

“¿Qué pasa con ese tal Malone?”, pregunté, tratando de encajar esa última confesión.

“Él es el tío del que te hablé cuando fuimos a celebrarlo”, explicó, estremeciéndose. “Pero me ha estado engañando. No ha sido más que una mentira”.

“¿Engañándote cómo?”. Mi mente intentaba procesar la traición. Sentí un mareo al enfrentar la realidad de sus palabras.

“Me dijo que era un investigador, que estaba tratando de resolver un delito en el que tú y Dwayne estabais involucrados. Pero en realidad, solo es un paparazzi de poca monta. Me ha utilizado para sacar información sobre vosotros y publicarla en la prensa rosa”.

Las palabras de Helen cayeron sobre mí como un jarro de agua helada. Mi respiración se volvió superficial mientras mi mente regresaba a la última fiesta.

“¿Malone está aquí?”, inquirí, sintiendo un escalofrío desde la cabeza hasta los pies.

Helen asintió, su mirada estaba llena de dolor y súplica. Las dudas me asaltaron de repente. No podía dejar a mi amiga sola, pero tampoco quería que Dwayne descubriera mi embarazo a través de ese fotógrafo miserable. La situación era insostenible.

“Tenemos que irnos, Melanie”, dijo Helen, rompiendo el silencio con una determinación sombría. “Los hombres son todos unos hijos de puta y no merecen la pena”.

Su voz era firme, pero su rostro reflejaba una mezcla de dolor y decisión.



MALONE ESTABA AL BORDE de un colapso nervioso. Sus ojos se movían sin cesar, su respiración era rápida, y sus manos temblaban ligeramente.

“No puedo creerme nada de esto, Malone. Todo suena a un plan loco para sacarme dinero”, afirmé, manteniendo un tono seguro.

Mi mente comenzó a divagar, imaginando un futuro incierto pero tentador. Si lo que Malone decía era cierto, iba a ser padre.

Me vi formando una familia con Melanie, viviendo una vida sin secretos ni mentiras. Me imaginé llevando a nuestro hijo al parque, sus risas llenando el aire, mientras Melanie y yo compartíamos miradas cómplices.

El hecho de que ella arriesgara su salud para seguir adelante con el embarazo significaba algo real. Necesitaba encontrar los mejores ginecólogos para ella. Pero, ¿cómo podía confiar en Malone? Después de todo, era un fotógrafo corrupto que haría cualquier cosa por dinero.

“Entiendo que no me creas, Dwayne”, dijo Malone. “Pero te juro que es la verdad”.

Vi en sus ojos enrojecidos un atisbo de sinceridad, una vulnerabilidad que no esperaba. Entonces, Malone sacó su smartphone del bolsillo y, sin decir más, inició una videollamada.

“Ahora sí que me vas a creer”, comentó, acercando la pantalla hacia mi cara.

Miré la pantalla sin entender nada. De repente, apareció una mujer vestida con una bata en lo que parecía ser una habitación de hospital. Las paredes blancas y estériles, el zumbido suave de las máquinas médicas. Cada vez la situación más incomprensible.

“Hola, cielo”, dijo la mujer, confundíendome con Malone.

“¿Quién eres?”, pregunté, aún más perturbado.

“Esa es Susanna, mi prometida”, aclaró Malone.

La mujer en la pantalla me miró con curiosidad.

“¿Quién eres tú?”.

“Soy Dwayne Amato”, respondí, todavía tratando de comprender la situación.

“Susanna, no te preocupes. Todo está bien. Este es Dwayne, un compañero de negocios”, explicó Malone. “Cuéntale lo que estábamos haciendo, el plan completo y el porqué. No omitas ningún detalle, cariño”.

Susanna respiró hondo, ajustándose la máscara de oxígeno.

“Padezco una enfermedad grave y las facturas médicas son exorbitantes. Malone, mi prometido, y mi hermana Mónica idearon un plan para recaudar fondos. Sabían que un hombre rico, alguien que atrajera a la prensa, podría generar las fotos e historias necesarias para conseguir el dinero”.

Mientras Susanna hablaba, escuché una voz familiar detrás de ella.

“¿Dwayne?”.

“Sí, soy yo”, respondí con firmeza, mientras aparecía en la pantalla, tratando de detener a Susanna.

“Deja de hablar, Susanna. Estás hablando con Dwayne, el millonario al que intentamos sacarle dinero”.

“Te creo, Susanna. Gracias por tu honestidad. Espero que te recuperes pronto”, le dije, terminando la conversación.

Le devolví el *smartphone* a Malone y, sorprendentemente, le di las gracias.

“¿Es verdad que Melanie está embarazada? Necesito hablar con ella. Es urgente”.

“Sí, es verdad. Tengo pruebas para respaldarlo”, respondió Malone, sacando una tarjeta de memoria y entregándomela. “Aquí están todas las pruebas: grabaciones del hospital, conversaciones con los médicos, todo”.

Le agradecí sinceramente, sintiendo una mezcla de alivio y culpa. Al final, este tipo no era tan cabrón como creía. De hecho, me daba lástima.

“El dinero no es problema. Te ayudaré a pagar las facturas médicas de Susanna”, afirmé, entregándole una tarjeta de visita.

En ese momento, un ruido en la puerta nos hizo girar a ambos. Al hacerlo, no podía creer lo que veía: allí estaba Melanie. Su cabello caía en suaves ondas sobre sus hombros, y su rostro mostraba una mezcla de emociones que no podía descifrar. Sentí un impulso incontrolable de abrazarla, pero su mirada severa me detuvo en seco.

“Melanie, me alegra tanto que estés aquí. Tenemos que hablar de muchas cosas. Tenemos que arreglar todo esto”.

Ella cruzó los brazos y me miró fijamente, esperando una explicación.



OBSERVÉ CON DETENIMIENTO A Melanie, recordando su inclinación a meterse en líos con hombres sin pensar en las consecuencias. Suspiré, trayendo a mi memoria lo que me dijo una vez en el Wellington.

“¿No eras tú la que me dijo que era hora de que pensara más en mí misma?”, le recordé, levantando una ceja. Helen asintió con una expresión resignada.

Finalmente, se apartó de la puerta.

“Tienes razón. Pasa”.

Abrí la puerta y mi corazón se detuvo por un instante. La última vez que había visto a Dwayne y Malone juntos, Dwayne lo estaba golpeando sin piedad. Ahora, escuchaba a Dwayne decirle tranquilamente: “El dinero no es problema”.

Dwayne se giró al escucharme entrar, y me miró con sorpresa.

“Melanie, me alegro mucho de que estés aquí. Tenemos que hablar de muchas cosas. Tenemos que arreglar todo esto”.

Cada paso que daba hacia mí hacía que mis nervios se tensaran más. Levanté la mano, indicándole que se detuviera.

“No estoy segura de querer saber qué demonios te traes entre manos con Malone”, le espeté con mi voz firme pero temblorosa.

“Absolutamente nada”, respondió Dwayne, deteniéndose. “Solo le estaba ofreciendo dinero a Malone para cubrir las facturas médicas de su mujer”.

Giré la cabeza hacia Helen.

“¿Malone está casado? ¿Qué está pasando aquí?”.

“Los hombres hacemos muchísimas gilipolleces por amor”, intervino Dwayne, intentando calmarme. “Malone solo quería proteger a su esposa”.

Malone tomó la palabra.

“Es verdad. Dwayne está locamente enamorado de ti. Déjame explicar lo de las fotos y la campaña en las revistas. Mi esposa está enferma, y necesitaba dinero para sus tratamientos. Por eso hice lo que hice”.

Me quedé paralizada, tratando de encajar todo lo que estaba ocurriendo. Mi mente se llenó de preguntas. ¿Podía creer todo esto? ¿Qué significaba para mí, para Dwayne, y, sobre todo, para mi futuro bebé? La voz de Dwayne interrumpió mis pensamientos.

“Melanie, estoy loco por ti. Todo esto fue un error, pero mi amor por ti es real”. La sinceridad en sus ojos azul hielo me desarmó.

“Es verdad, Dwayne haría cualquier cosa por ti. Por favor, intenta entenderle”, agregó Malone.

La confusión seguía reinando en mi mente, pero había algo que estaba claro: la verdad, por dolorosa que fuera, había que enfrentarla. No podía seguir huyendo. Tomé aire, consciente de que la decisión que tomara en ese momento cambiaría mi vida para siempre.

Justo cuando pensaba que todo estaba dicho, Dwayne añadió: “Por cierto, ya sé que estás embarazada”.



"LO SÉ, MELANIE. SÉ que estás embarazada", dije, intentando mantener la voz firme, aunque no pude evitar que se llenara de emoción. Mis ojos se clavaron en los suyos, buscando alguna señal de aceptación, de entendimiento.

La reacción de Melanie fue inmediata; soltó un resoplido de incredulidad, y su rostro pasó de la sorpresa al enfado, mezclado con una desesperación que me desgarró el corazón.

"¿Quién te lo ha dicho? ¿Helen?", preguntó al aire, con la voz temblorosa, incapaz de disimular su vulnerabilidad.

Negué con la cabeza, sintiendo el peso de lo que iba a decir a continuación.

"Fue Malone".

Al mencionar a Malone, un torrente de recuerdos me invadió, llevándome de vuelta a la vez que lo vi, cuando mi ira estalló en forma de una bofetada. Qué irónico, pensé, que ahora nos encontráramos del mismo lado.

"Pero lo importante no es quién me lo dijo, sino por qué me lo dijo. Malone lo hizo porque estaba preocupado por ti. Desapareciste, Melanie, y me volví loco buscándote".

Helen, que hasta entonces había permanecido en silencio, dejó escapar un suspiro exasperado desde su rincón, apoyada contra la pared decorada con fotos y cuadros. Pude ver la molestia reflejada en sus ojos oscuros, que lanzaban dagas en mi dirección.

"Te agradecería que dejases de fingir que te importo", espetó Melanie, mirándome con esos ojos que siempre me habían fascinado, ahora llenos de lágrimas que luchaban por no caer. "Si realmente te importara, no habrías permitido que Winston me humillara de esa forma".

"Winston es un gilipollas", contesté rápidamente, sintiendo una oleada de vergüenza y rabia mezclarse en mi pecho. "Te prometo que no volveré a hacer negocios con él. Lo que hizo fue inaceptable".

Melanie pareció vacilar, su confusión palpable en el aire, como una nube espesa que oscurecía todo a su alrededor. Se mordió el labio, un gesto que siempre había encontrado entrañable, pero que ahora solo añadía más peso a mi culpa.

"Y dime Dwayne, ¿esperas que trabaje en uno de esos clubes de striptease que planeas abrir?".

"¡Por supuesto que no! ¡Ni siquiera va a haber clubes de striptease!", exclamé, herido por la insinuación. "El tiempo que pasé contigo fue lo más cercano a la perfección que he conocido. Sí, cometí errores, pero quiero arreglarlo, volver a lo que teníamos antes de esa maldita noche en casa de mis padres, durante la cena con los Ruggeri".

Di un paso hacia ella, extendiendo la mano para acariciar su mejilla con suavidad. Sentí su piel cálida bajo mis dedos, una sensación que me llenó de nostalgia y una renovada esperanza.

"Te amo, Melanie. Y también amo al bebé que llevas dentro. Nuestro bebé".

Vi cómo sus mejillas se sonrojaban y sus ojos se llenaban de lágrimas, pero esta vez no eran de dolor, sino de algo más profundo. Melanie no dijo nada al principio, pero yo sentí la urgencia de aclararlo todo.

"Convenceré a tu madre de que esto es lo mejor para todos nosotros".

Ella levantó la vista, y por un breve instante, vi un destello de esperanza en sus ojos que iluminó la habitación.

"¿Qué es lo mejor para todos, Dwayne?".

Respiré hondo, sintiendo el peso de mis próximas palabras como una piedra en el pecho.

"Cásate conmigo, Melanie. Pero hazlo por amor, no por el dinero ni por el contrato de mi padre".

Por el rabillo del ojo, vi a Helen emocionarse, cubriéndose la boca para ahogar un sollozo. Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas, y en ese momento, toda la tensión que había en la habitación pareció desvanecerse. Melanie me miró, mordiéndose el labio inferior de nuevo.

"De acuerdo. Lo haré", susurró.

Por primera vez en toda la noche, una pequeña sonrisa apareció en su rostro, una luz en medio de toda la oscuridad. Me acerqué y, con ternura, sequé sus lágrimas con un beso.

"¿Puedo volver a ponerte el anillo, señora Amato?", me atreví a insinuar.

Asintió, y con manos temblorosas, deslicé el anillo en su dedo. Nos besamos, un beso lleno de promesas y redención, sellando nuestro futuro.

Mientras nuestros labios se encontraban, escuché un suave "Lo siento" detrás de nosotros. Era Malone, disculpándose con Helen. Pero en ese instante, su voz era solo un murmullo lejano, casi irrelevante.

Nada más importaba en ese momento. Solo Melanie, y el bebé que llevaba en su interior.



TRES MESES DESPUÉS.

El salón resplandecía con miles de luces tenues, creando un ambiente que parecía sacado de un cuento de hadas. Los invitados conversaban y reían, llenando el aire con una vibrante sensación de celebración y alegría. Los camareros, impecablemente vestidos en blanco y negro, se deslizaban entre las mesas, llevando bandejas de champán y canapés con una gracia casi coreografiada. Los arreglos florales, elaborados en forma de diversos animales, añadían un toque único y encantador al lugar.

Me encontraba al borde de la pista de baile, observando a la banda. Habíamos tenido una suerte increíble al poder contratarlos con tan solo tres meses de antelación, justo el tiempo que nos tomó organizar la boda desde el momento en que decidimos dar el ‘Sí, quiero’. Parecía casi un milagro, sabiendo lo solicitados que estaban. Pero allí estaban, afinando sus instrumentos y preparando el escenario para nuestro primer vals nupcial.

El vocalista, un hombre de mediana edad con una voz tan profunda que parecía capaz de derretir el hielo, se acercó al micrófono y, con una sonrisa que iluminó toda la sala, anunció:

“Señoras y señores, es un honor para nosotros ser parte de esta noche tan especial. Ahora, por favor, dirijan su atención a la pista de baile para el primer baile de los recién casados, el señor y la señora Amato”.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar esas palabras. Miré a Melanie, mi esposa, y su visión me dejó sin aliento. Vestida de blanco, estaba radiante, como un ángel bajado del cielo. Su vestido, delicadamente adornado con encajes y perlas, brillaba bajo las luces, y su rostro, iluminado por una felicidad serena, tenía un resplandor que eclipsaba todo a su alrededor. La noche anterior habíamos estado en urgencias, preocupados por su embarazo, pero en ese instante, Melanie era la imagen perfecta de la serenidad y la alegría.

“¿Me concede este baile, señora Amato?”, le pregunté, extendiendo mi mano con una sonrisa que ocultaba mi nerviosismo.

“Será un placer, señor Amato”, respondió ella con una risita y un brillo en sus ojos que me hizo sentir el hombre más afortunado del mundo.

Mientras la banda comenzaba a tocar las primeras notas, el peso de los últimos meses parecía desvanecerse. Nadie habría sospechado con lo que habíamos lidiado la noche anterior. Pero ahora, en este día de nuestra verdadera boda, Melanie estaba perfecta, parecía que todo lo demás hubiera sido solo una pesadilla. La tomé de la mano y la guié a la pista de baile. Nos movíamos al ritmo de la música, girando y deslizándonos en una canción que parecía sacada de un sueño.

“¿Quién hubiera dicho que nos casaríamos solo tres meses después de tomar la decisión?”, me susurró Melanie al oído, con una voz llena de ternura y una pizca de incredulidad.

“Nadie lo habría imaginado”, respondí, sonriéndole con complicidad.

La besé de nuevo, y los invitados estallaron en aplausos, igual que lo habían hecho cuando intercambiamos los anillos en la iglesia. Al mirar alrededor, vi rostros felices y ojos brillantes de emoción. Realmente habíamos tenido una suerte increíble al encontrar a la mejor organizadora de bodas de Nueva York, que, a pesar de las prisas, había logrado organizar todo a la perfección. Mi única preocupación era que Melanie supiera que la amaba de verdad, más allá de cualquier ultimátum o herencia familiar. A estas alturas, la fortuna de mi padre me importaba poco. Lo único que quería era a mi esposa y al hijo que esperábamos.

Mientras seguíamos bailando, Melanie me comentó lo hermosos que eran los arreglos florales.

“Mira, esas formas de animales, ¡son adorables!”, dijo con una sonrisa. Asentí, aunque en realidad mi atención estaba completamente en ella.

“Sí, son maravillosos, pero no tanto como tú”. La besé con ternura.

Cuando la música llegó a su fin, los invitados volvieron a aplaudir. Me separé brevemente de Melanie y me dirigí al bar, necesitaba un trago. Al llegar, inevitablemente me encontré con mi padre, quien sostenía un vaso de whisky con hielo.

“Uno igual”, le ordené al camarero, señalando el vaso de mi padre.

“Felicidades, hijo”, exclamó mi padre, levantando su vaso hacia mí. “Has hecho una sabia elección. Melanie es, sin duda, una esposa perfecta”.

Era raro oír a mi padre hablar de forma tan emotiva; siempre había sido un hombre reservado, forjado por la dureza de la vida.

“Gracias, papá”, respondí, levantando mi vaso en señal de brindis.

Mi padre me miró con una mezcla de orgullo y algo más que no pude descifrar del todo.

“Tu madre y yo teníamos serias dudas sobre si ibas a intentar engañarnos de nuevo y organizar una boda falsa para esquivar el ultimátum de la herencia”, confesó, mirando su vaso. “Pero has demostrado que has aprendido la lección. Ahora, tus hermanos también necesitan aprender”.

Seguí su mirada hasta ver a mis hermanos. Joker estaba en una esquina, absorto en su smartphone, seguramente siguiendo el mercado de valores. Joe, por otro lado, estaba distraído mirando a las camareras que pasaban a su lado.

“Están muy verdes y necesitan un correctivo”, continuó mi padre con tono severo. “Voy a poner en marcha un nuevo ultimátum. Tanto Joe como Joker deberán casarse como tú lo hiciste, o quedarán desheredados. Y si no cumplen, tú también podrías perderlo todo”.

Increíblemente, en ese punto, la herencia me importaba muy poco.

“Me parece bien, papá”, respondí, manteniendo la calma.

Sabía que perder la herencia sería un golpe, pero tenía fe en mí mismo. Había invertido con éxito en la tienda de los padres de Melanie, y confiaba en mi capacidad para seguir adelante, reinventándome cuantas veces fuera necesario.

“Debo volver con mi esposa”, le dije a mi padre, terminando mi whisky.

“Por supuesto, hijo”, respondió con una sonrisa. “Yo hablaré con tus hermanos”.

Mientras volvía hacia Melanie, vi a mi madre hablando con ella. Al ver que me acercaba, su tono cambió.

“Realmente eres una mujer maravillosa, y lamento mucho lo que ocurrió aquella noche en la cena de los Ruggeri”. Mi madre extendió la mano hacia Melanie, quien sonrió.

“No pasa nada, todo está en el pasado. Apenas me acuerdo de aquello”, respondió con amabilidad sincera.

Cuando estaban a punto de darse la mano, mi madre dijo:

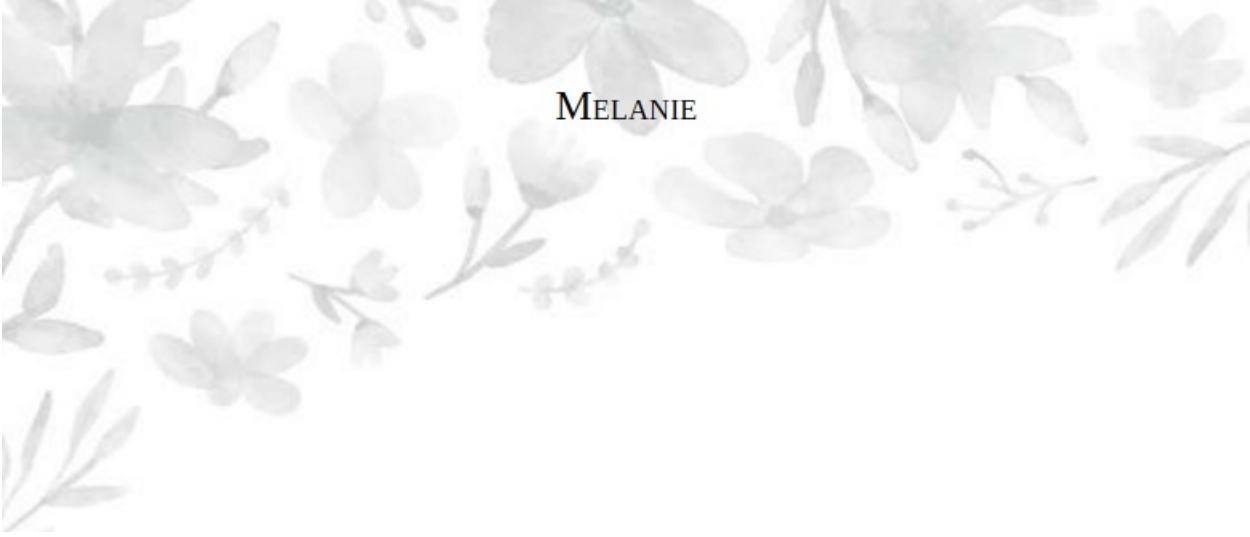
“Qué demonios”, y tiró de la mano de Melanie, envolviéndola en un abrazo emotivo. “Nunca había visto a Dwayne tan feliz y centrado. Eso me hace muy feliz a mí también”.

“Es cierto, jamás había estado tan estable y feliz en toda mi vida”, confirmé, acercándome a ellas.

Mi madre nos miró a ambos con ojos llenos de lágrimas contenidas.

“Espero que sean muy felices juntos. Se lo merecen”.

En ese momento, supe que todo había valido la pena. La herencia, las inversiones, el ultimátum... nada de eso importaba. Lo único que importaba era Melanie, nuestro futuro hijo, y el amor que nos unía.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

MELANIE

UN AÑO DESPUÉS.

La tienda y la oficina estaban casi listas, y el pequeño armario encajaba a la perfección en la esquina que Dwayne y mi padre habían escogido. La luz del sol de la tarde entraba por las amplias ventanas, bañando la habitación en un cálido resplandor dorado.

“Dwayne, ¿puedes girar un poco más el armario?”, le pedí mientras acunaba a Stephanie en mis brazos. Su risa burbujeante resonó en la habitación, como si aprobara la nueva disposición.

“Claro, amor. Solo un poco más y estará perfecto”, respondió Dwayne con una sonrisa mientras ajustaba el pesado mueble. Mi padre, jadeando y sudando, se enderezó para secarse la frente.

“¿Algún otro mueble pesado que necesite mover, Melanie?”, preguntó mi padre, esbozando una sonrisa agotada.

“Eso es todo por hoy, papá. Gracias”, respondí, devolviéndole la sonrisa.

Mientras Dwayne hacía los últimos ajustes, Stephanie comenzó a agitar sus pequeñas manitas, balbuceando con emoción. Dwayne se acercó y le dio un tierno beso en la frente.

“Vamos, pequeña, ven con papá”, dijo, extendiendo los brazos. Stephanie soltó un grito de alegría cuando Dwayne la tomó en sus brazos.

“¿Ves, Dwayne? No solo tiene tus ojos, sino que también prefiere estar en brazos de su papá”, comenté, fingiendo indignación mientras le entregaba a Stephanie. Dwayne me devolvió una mirada juguetona.

“¿Y quién podría culparla? Soy bastante encantador”, bromeó, guiñándome un ojo.

Mi madre, que estaba organizando algunas pertenencias detrás del mostrador, levantó la vista y nos miró con una expresión preocupada.

“Melanie, ¿estás segura de que puedes manejar todo esto? La tienda, la agencia de bodas y cuidar de Stephanie... Es una carga pesada”, dijo, frunciendo el ceño.

“Todo va bien, mamá. Dwayne y yo hemos encontrado un buen equilibrio”, respondí, tratando de sonar más segura de lo que realmente me sentía.

Dwayne se acercó a mi madre, acariciando suavemente las mejillas de Stephanie.

“Han pasado solo tres meses, pero Melanie se ha ganado este descanso. ¿Recuerdas cuánto tiempo ha soñado con unas vacaciones en un lugar cálido durante el invierno?”, dijo, tratando de tranquilizarla con una sonrisa.

Mi madre suspiró y asintió lentamente.

“Sí, lo sé. Pero no puedo evitar preocuparme”, admitió.

Dwayne me lanzó una mirada de apoyo antes de volver a hablar.

“Yo estaré aquí para ayudar en todo. Melanie necesita este tiempo para recargar energías. Stephanie y yo nos ocuparemos de todo mientras ella se relaja”, dijo con determinación.

“Sí, mamá. Dwayne tiene razón. Necesito este tiempo para recargar las pilas”, añadí, sintiendo una profunda gratitud por el apoyo incondicional de mi marido.

Mi madre me abrazó con una sonrisa suave.

“Tienes un marido maravilloso, Melanie. Cuídalo bien”, dijo con un brillo en los ojos antes de volver a sus tareas.

“Lo haré”, respondí, mirando a Dwayne. Él me guiñó un ojo, animándome.

Mientras nos preparábamos para cerrar la tienda por el día, me invadió una inmensa gratitud por mi familia y por todo lo que habíamos logrado juntos. Cada pieza de este nuevo capítulo de nuestra vida parecía encajar perfectamente, como el pequeño armario en la esquina, y sabía que, con Dwayne a mi lado, podría enfrentar cualquier desafío que se presentara.

De repente, Dwayne apareció cargando una caja de suministros. Sus ojos azules brillaban con entusiasmo.

“¡Melanie, mira lo que he encontrado para la oficina!”, exclamó, depositando la caja sobre el mostrador.

Me acerqué, curiosa, y vi que contenía una variedad de objetos de papelería, una pequeña planta en maceta y una cafetera de diseño retro.

“¿En serio, una cafetera? Eres un tesoro, Dwayne”, le dije, sonriendo mientras colocaba la planta en el escritorio.

“Bueno, alguien tiene que mantenerte con energía”, respondió con una sonrisa, acercándose para darme un beso en la frente. “¿Cómo va todo con la página web?”.

“Increíble. Los programadores de Amato hicieron un trabajo espectacular. Ya hemos recibido varias consultas de parejas interesadas. ¿Quién hubiera imaginado que nuestro negocio de citas

despegaría tan rápido?”, respondí, aún maravillada por nuestro éxito.

“Sabía que sería un éxito. Después de todo, somos la prueba viviente de que el amor real existe”, dijo Dwayne, guiñándome un ojo.

En ese momento, mi madre salió de la trastienda, nerviosa mientras miraba su reloj.

“Melanie, Dwayne, tenemos que irnos ya. El avión sale en un par de horas y aún tengo que pasar por el piso”, dijo apresuradamente, señalando hacia la puerta trasera. “Hemos vaciado la trastienda como pediste. ¿Todo bien?”.

“Sí, mamá, todo está perfecto”, respondí, tratando de calmarla.

Mi madre se acercó y me abrazó con fuerza.

“Ya os echo de menos a ti y a la pequeña Stephanie”, dijo, secándose una lágrima.

“Solo será por poco tiempo, mamá. Dwayne tiene razón, te has ganado estas vacaciones”, le aseguré, devolviéndole el abrazo.

Dwayne, con Stephanie dormida en sus brazos, se acercó y le dio un beso en la mejilla a mi madre.

“Disfruta del viaje. Nosotros cuidaremos todo aquí”, dijo con un tono tranquilizador.

Mis padres nos dieron un último abrazo antes de salir de la tienda, tomados de la mano.

“Gracias por apoyarme tanto en todo esto”, le susurré a Dwayne, cuyos ojos azul hielo me seguían cautivando como el primer día.

“Haría cualquier cosa por ti”, respondió en voz baja, asegurándose de no despertar a Stephanie mientras me daba un tierno beso.

La tienda quedó en silencio, bañada por la suave luz del atardecer que se filtraba por las ventanas, creando un ambiente acogedor y sereno. Me giré hacia Dwayne, que estaba colocando a Stephanie en su cuna portátil.

“¿Sabes, Dwayne?”, dije, apoyándome en el mostrador. “Nunca imaginé que estaríamos aquí, haciendo esto juntos. Después de lo de la floristería, pensé que te darías por vencido”.

“¿Darme por vencido? Contigo y con Stephanie a mi lado, nunca”, respondió, caminando hacia mí y tomando mis manos. “Además, esta agencia de bodas es genial. Me encanta ver a las parejas felices y saber que ayudamos a formar nuevas familias. Y quién dijo que lo de la floristería no funcionaría”, añadió con una sonrisa. “El 80% de tus clientes te encargan los arreglos florales. Es todo perfecto, tan perfecto como tú”.

“Es bastante romántico, ¿verdad?”, le dije, feliz.

“Sí, pero no más romántico que nuestra historia”, contestó Dwayne, acercándose para darme otro beso. Nos quedamos abrazados, disfrutando de la tranquilidad y del éxito que habíamos

construido juntos.

El zumbido de mi smartphone me sacó de nuestro momento. Era un mensaje de Helen. Suspiré y sonreí, sabiendo lo que iba a decir antes de leerlo.

“Creo que esta vez sí es el elegido. Si no, tendrás que ponerme en tu agencia, ¿vale?”.

No pude evitar reírme. Había perdido la cuenta de cuántas veces Helen había dicho lo mismo en el último año. Giré el teléfono hacia Dwayne, que estaba ajustando una lámpara de escritorio.

“¿Qué dice ahora?”, preguntó, levantando una ceja, curioso.

“Que esta vez sí es el hombre de su vida. Y si no, quiere solicitar los servicios de nuestra agencia”, respondí.

Dwayne soltó una carcajada.

“Crucemos los dedos por ella. Si no sale bien, ¿le haces descuento?”.

“Es mi amiga. Por supuesto que no tiene que pagar nada”, respondí, dándole un pequeño pellizco en el hombro.

Antes de que pudiera contestar, otro zumbido llegó. Esta vez era de Malone.

“Estaré en tu casa en dos horas y llevaré mi equipo. Gracias de nuevo por esta oportunidad”.

“El agradecimiento va más para ti”, dije, mostrándole el mensaje a Dwayne. “Tú fuiste quien trajo a Malone a bordo. Necesitábamos un fotógrafo profesional para las fotos de los clientes, y él puede usar la habitación de atrás como estudio”. Dwayne asintió.

“Sí, y además su esposa está mejorando. El último tratamiento parece haber funcionado bien”.

Antes de que pudiera responder, el smartphone vibró de nuevo. Dwayne se rió.

“Si esto sigue así, no estaría tan mal que te llame gerente después de todo”, bromeó.

Miré la pantalla y vi un correo electrónico automático de nuestro formulario de contacto. Mi sonrisa se desvaneció al leer el nombre del remitente, para transformarse en una carcajada irónica.

“Mira esto”, le dije a Dwayne, mostrándole el mensaje.

En la pantalla aparecía la foto del antiguo compañero de Dwayne, Winston

“Algunas personas nunca cambian”, murmuró Dwayne, negando con la cabeza con una mezcla de incredulidad y resignación.

Como si estuviera en sintonía con el ambiente, Stephanie soltó una risita suave desde los brazos de Dwayne, aún dormida pero evidentemente soñando con algo divertido. Decidí borrar el mensaje, sin querer que perfiles como ese ensuciaran nuestra agencia.

En ese momento, el smartphone de Dwayne vibró. Lo sacó del bolsillo con cuidado, miró la pantalla y se quedó pensativo.

“Es mi padre”, dijo, girando el dispositivo hacia mí, donde el nombre de Amato Senior parpadeaba en la pantalla.

“¿Has tenido noticias de Joe o de Joker últimamente?”. No pude evitar preguntar.

“No”, respondió Dwayne, sacudiendo la cabeza. “Seguramente querrá hablar de eso mismo”.

Me dio un beso suave y, antes de contestar la llamada, formó un "Te quiero" con los labios. Lo observé mientras comenzaba a hablar, sintiendo una profunda mezcla de amor y gratitud por tenerlo en mi vida.

Lo que había comenzado como un accidente se había transformado en algo hermoso. Ahora, éramos una familia.

Fin